

La Palabra

Meditación y poesía (ciclo A)

PEDRO JARAMILLO RIVAS
JOAQUÍN FERNÁNDEZ MARTÍN

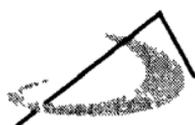


La Palabra: meditación y poesía

Ciclo A

Pedro Jaramillo Rivas

Joaquín Fernández Martín



SAN PABLO

Pedro Jaramillo Rivas, sacerdote de la diócesis de Ciudad Real es doctor en Teología bíblica por la Universidad Gregoriana y licenciado en Sagrada Escritura por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Apenas puesta en marcha la reforma litúrgica fue el secretario-coordinador de los Comentarios Bíblicos editados por Coeditores Litúrgicos. Su producción bibliográfica se centró después en todo lo referente a la Pastoral Social por su vinculación a Cáritas en sus diferentes niveles (del Parroquial al Internacional). Son numerosos sus artículos en revistas especializadas y su intervención en diferentes congresos y encuentros. En la actualidad desarrolla su ministerio pastoral en una parroquia periférica de la ciudad de Guatemala y es Delegado Episcopal de Cáritas de Guatemala.

Joaquín Fernández Martín es sacerdote de la diócesis de Ciudad Real. Fue el primer director de la emisora de la COPE en la diócesis y estuvo siempre muy cercano al mundo de la radiodifusión. Es autor de varias obras poéticas. Los sonetos de este libro que publicó originariamente en la Hoja Diocesana recogen la esencia de las lecturas bíblicas y confieren originalidad a esta obra.

Fruto de su colaboración es en esta misma colección *La Palabra meditación y poesía* dedicados a los Ciclos B y C.

© SAN PABLO 2007 (Protasio Gómez 11-15 28027 Madrid)

Tel 917 425 113 - Fax 917 425 723

E-mail secretaria.edit@sanpablo.es

© del texto Pedro Jaramillo Rivas 2007

© del poemario Joaquín Fernández Martín 2007

Distribución SAN PABLO División Comercial

Resina 1 28021 Madrid

Tel 917 987 375 - Fax 915 052 050

E-mail ventas@sanpablo.es

ISBN 978-84-285-3207-5

Depósito legal SE-3990-2007 Unión Europea

Printed by Publidisa

Printed in Spain Impreso en España

Introducción

Metido en la Palabra, a uno le suena bien que «los primeros sean los últimos»... Así le ha pasado al «Ciclo A». Siendo el primer Ciclo, ha sido el último en «ver la luz». Los *sonetos* ya los tenía confeccionados nuestro poeta, Joaquín Fernández Martín. Pero el comentario «acaba de salir del horno».

Y nunca mejor dicho lo del «horno»... Bien se puede decir que los he hecho «en caliente»... En un barrio periférico de la ciudad de Guatemala, en donde estoy ayudando a un venerable monseñor honorífico de 86 años de edad... Los dos «solos ante el peligro»: 100.000 habitantes empobrecidos por periféricos y periféricos por pobres...

Los contextos son importantes para el acercamiento al texto... También cuando el texto forma parte de la celebración litúrgica. Ese ha sido mi caso... En un primer momento pensé que me sería imposible «dar cuenta» del Ciclo A, en medio de tantas complicaciones y urgencias... ¡Peligro de que la «trilogía» quedara sin terminar!

Pero dos factores fundamentales influyeron en ponerme al trabajo, incluso con más «pasión», si cabe, que en los Ciclos anteriores. El *primero*, la cercanía del contexto social de estas latitudes con muchos de los contextos

bíblicos de las lecturas de la Liturgia. Puestos en ambiente celebrativo, los textos pueden perder su «arraigo». Aquellas raíces que los hacen expresión escrita de la historia de un pueblo, también sufriente de muchas de las calamidades naturales y provocadas por el hombre.

Los contextos se aproximan tantas veces con tal fuerza, que a uno «le es dado» un criterio hermenéutico con simplemente «abrir los ojos» a la realidad que lo rodea. Los «ojos para ver»... son también «ojos para interpretar». Y la vida de toda esta gente da mucho para la interpretación bíblica...: parece que se acerca uno mejor al «Dios de la opción preferencial por los pobres».

El *segundo factor*, el abundantísimo uso que por estas tierras se hace de la Escritura. No siempre, sin embargo, con la debida seriedad que se merece. En el ámbito de la mayoría de las sectas (tan abundantes en Guatemala) se puede hablar claramente no de un uso, sino de un abuso.

De la lectura fundamentalista de la Escritura está saliendo una «religiosidad práctica», incluso «una religión» que no tiene ya nada que ver ni con el pueblo de la antigua Alianza ni con el cristianismo. En muchas de ellas, incluso, Jesucristo ha dejado de ser la «clave» de interpretación de las Escrituras antiguas. La ausencia de «lectura cristológica» del Antiguo Testamento ha colocado a muchos grupos religiosos en una etapa de la historia de la salvación, ya superada... Y, además, los ha colocado allí, «en lo antiguo», leído como en una especie de «arqueologismo», que quita al Antiguo Testamento toda su fuerza de «promesa» desde la realización cristiana.

Lo malo es cuando los mismos grupos de la Iglesia católica, fuertemente «condicionados» por las metodologías bíblicas de las sectas, tienen la «tentación» de hacer

lo mismo, pensando que un uso fundamentalista de la Biblia «rinde» pastoralmente.

¡Qué bien viene insistir en las dos dimensiones de la lectura bíblica, hecha a través de los tres Ciclos del Leccionario dominical! La *dimensión comunitaria*. Una lectura hecha en el seno de la comunidad para la comunidad, reunida en torno a la «mesa de la Palabra». Y la «homilía» como la actualización del mensaje para el aquí y el ahora, cuando es realmente una homilía que «saca» el sentido de los textos para hoy, en una especie de «exégesis» pastoral. Desde ella, «lo que dice el texto», como palabra de Dios en lenguaje humano, es previo a «lo que me/nos dice el texto», como aplicación y estímulo en el aquí y en al ahora.

Y la *dimensión unitaria* de los dos Testamentos. La relación que, especialmente en los domingos del tiempo ordinario, se establece entre la primera lectura, del Antiguo Testamento, y el texto evangélico, va progresivamente formando una espiritualidad bíblica que, desde la experiencia de la correlación, de la matización y hasta de la misma «corrección» que Cristo, como culmen de la revelación del Padre, supone para el conjunto de las Escrituras. La «clave» de lectura, de comprensión y de apropiamiento espiritual de la Palabra, se encuentra así en Cristo Jesús. «En el principio», en efecto, no existía la Escritura; «en el principio, existía la Palabra».

He tenido mucho interés en que esta relación entre primera lectura y texto evangélico quede, hoy, subrayada en los comentarios. Me parece, en efecto, un aspecto fundamental de la «construcción» del Leccionario, que no puede pasar desapercibida. Ya los mismos títulos que se dan a cada uno de los comentarios tienen esta finalidad.

Como he repetido, sin embargo, en las introducciones

a los otros dos ciclos, no se trata, en realidad, de unos comentarios «formales»... Yo los he llamado «ecos». Fundados en una lectura seria del texto, pero con toda la subjetividad que los «ecos» tienen en la interioridad de cada uno, también en la mía.

Se trata, por tanto, de compartir «interioridad». No intimismo. Y para ese compartir he intentado subrayar aspectos reales del texto, con la intención, sin embargo, de «hacer cómplices» de la misma mirada. Los lectores/meditadores (que de eso se trata, de ayudar a meditar y asimilar el texto bíblico), verán que hay una gran reiteración del tema de la *confianza*. Cada vez que el texto lo permitía, casi me salía espontáneo hasta el subrayado material de la palabra. Estoy convencido, en efecto, de que la confianza (en Dios, en Jesús, en el Evangelio y en los hombres y mujeres de hoy) es presupuesto imprescindible para una *pastoral de la esperanza*. De ella necesitamos todos. Los unos, por todo aquello que les sobra y no les sacia; los otros por todo aquello que les falta aún y saben y quieren «esperar contra toda esperanza».

Como en los Ciclos anteriores, los sonetos de Joaquín Fernández eran anteriores (una especie de «comentario en poesía»). En verdad, ellos son fuente de inspiración para muchos subrayados.

¡Ojalá que este acercamiento a la Palabra, servida «en la mesa» para preparar la «mesa de la Eucaristía» nos introduzca a todos en el misterio de la entrega de Jesús por nosotros y en la urgencia de nuestra entrega, en Jesús, para la salvación de todos!

Pedro Jaramillo Rivas

Guatemala, 10 de mayo de 2007,
festividad de san Juan de Ávila

ADVIENTO

*«De las espadas forjarán arados;
de las lanzas, podaderas»*

Primer domingo de Adviento

1. Un camino abierto a la utopía (Is 2,1-5)

La esperanza en el pórtico de Adviento. No podía ser de otro modo. La esperanza no colmada de los tiempos anteriores no pudo con la mirada ilusionada hacia el futuro. Desde las mismas ruinas, la mirada del profeta se proyecta hacia delante: hacia «el final de los días».

«Al final de los días», *la firmeza* de todo lo que, al presente, es tan sólo debilidad y miseria: un monte de Sión firme, en la cima de las montañas.

«Al final de los días», un *camino universal*, abierto a todos los peregrinos, venidos de los pueblos numerosos de la tierra.

«Al final de los días», una nueva *enseñanza* con una nueva *obediencia*. Enseñanza acerca de los caminos que salvan y obediencia de recorrido fiel que aboca a la salvación.

«Al final de los días», la llegada a la *meta de la paz*. Los instrumentos de guerra, hechos medios de labranza. La enemistad entre pueblos fuera de toda enseñanza: no habrá más entrenamiento para guerras.

«Al final de los días», un camino conjuntado *con la luz y hacia la luz* que procede del Señor. La luz del Señor que recrea los ojos y corazones, acercando la utopía.

2. Una noche abierta a la mañana (Rom 13,11-14)

El hombre viejo se recrea con las tinieblas, en un mundo oscuro de simple satisfacción de los instintos más bajos. Es la engañosa quimera de obtener la *salvación a bajo precio*. Se une Pablo a una denuncia bíblica que venía ya de lejos: la vida licenciosa adormece la esperanza y la vigilia. Produciendo la inconsciencia, distrae al hombre de su propia plenitud y lo hace insensible al camino de los otros.

Esa noche ya termina. Desde dentro le nace la mañana, porque tiene en su entraña una salvación en crecimiento: «Ya es hora de espabilarse». Ya apunta la luz de la mañana. Se precisan ya las «armas de la luz» y el vestido nuevo de meter la propia vida en la de Cristo: «Dejemos las tinieblas a la zaga/ y, revestidos de la luz que amaga/ velemos, listos, mientras caminamos».

3. Una vida abierta a la vigilia (Mt 24,37-44)

Es preciso mantener tensa la espera, ique no todo acaba con la muerte! La muerte es un momento de encuentro para quien espera vigilante. Aquellos que de la vida hacen una dormida en la ausencia, no descubrirán el gozo de adivinar y acoger la presencia.

La vigilia preocupada de Noé lo salvó cuando el diluvio inesperado. Los hechos y las personas que no se anuncian sólo encuentran preparados a aquellos que lo están siempre.

«*Estad en vela*». Es permanente advertencia, para ver cumplido el gozo. El encuentro con quien llega se prepara sólo en la vida que se abre en permanente vigilia.

Vayamos al encuentro

Vayamos jubilosos al encuentro
universal por sendas y caminos...
En Sión confluyen todos los destinos
y es la Morada del Señor su centro.

La santa Ley de Dios refulge dentro,
ilustrando a los pueblos peregrinos
que llegan, rastreando los divinos
preceptos, correctores del descentro.

La noche está avanzada; apunta el día
del Nacimiento..., de la Parusía...,
del Reino de los cielos que anhelamos...

Dejemos las tinieblas a la zaga
y, revestidos de la luz que amaga,
velemos, listos, mientras caminamos.

Segundo domingo de Adviento

1. El anhelo de utopía (Is 11,1-10)

Para Israel fue la esperanza un continuo aprendizaje. En el fondo de la espera, la seguridad de *la promesa y la confianza* en el Dios fiel de su historia. A los momentos de duda suceden los de certeza. Duda en la guía de Dios, cuando se inicia la monarquía: ¿no será el rey un intruso que suplante el único cayado de Dios? Certeza de la misión del monarca: será el lugarteniente de Dios en la defensa del pobre. Duda que entra en los huesos al comprobar la ineptitud de los reyes. *Certeza de la llegada* del rey-mediador que cumpla los anhelos de Dios y los del pueblo. Es la certeza que mantiene tensa la espera.

«Brotará un renuevo del tronco de Jesé; un vástago florecerá de su raíz». Y, desde esa certeza, la descripción de sus *dotes personales* y de la situación de su reino. Una descripción de lo que sería el reinado mismo de Dios a través del mediador. Entre Dios y el nuevo rey, el Espíritu del Señor, posándose y llenando al rey con sus dones. La posesión del Espíritu es la fuente de toda gracia. Sin Espíritu, la mediación se diluye y deteriora.

Con el Espíritu del Señor, habrá defensa del pobre y desamparado, y derrota del violento y del impío. Con justicia y fidelidad, el rey-mediador inaugura un mundo nuevo. Un mundo de retorno al «paraíso perdido». El mundo de la armonía expresada en la unión de los contrarios. No se trata de una paz que se quedara en lo externo; es tan honda, que procede de un «país que está lleno de la ciencia del Señor». Tan lleno «como las aguas colman el mar».

Una realidad así es la meta de los pueblos: «La buscarán los gentiles, y será gloriosa su morada». Un renuevo y un vástago florecidos para todos.

2. La utopía realizada **(Rom 15,4-9)**

Eso quiere Pablo que sea aquella comunidad de Roma: una sencilla expresión de la utopía realizada. Una comunidad llamada a vivir la armonía pregustada como anticipo de los tiempos del Mesías. Hacer realidad sencilla y humana *el sueño del paraíso* que transita por el texto de Isaías.

También lo considera Pablo como una dádiva de Dios. Una dádiva acaecida entre *paciencia y consuelo*: paciencia, porque la nueva comunidad no acontece de repente; consuelo, porque, una vez acaecida, se convierte en fuente inagotable de gozo.

El «acuerdo» entre cristianos que se expresa en acogida y servicio. Con un modelo y estímulo: la acogida y el servicio de Jesús. Expresión de la acogida ilimitada del Padre: a judíos y a gentiles.

Y una alabanza «unánime»: la que hace de la viz de

todos la sola voz que proclama fidelidad y perdón misericordioso. Alabanza al Salvador que realiza la utopía de la comunión con Dios y de la unión gozosa entre todos.

3. Una utopía que pide conversión (Mt 3,1-12)

Si todo lo que vale, cuesta, la utopía tampoco es barata. Ciertamente que es un regalo. Pero un regalo que pide la acogida.

La utopía se concentra en el Reino que es ofrecido. Un Reino que es tan de Dios que es «el Reino de los cielos». Es tan grande la promesa que su anuncio, en los labios del Bautista, pide ya *la conversión*: «Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos».

Juan es la voz que lo predica y lo anuncia. Pero es una voz exigente que pide «*el fruto de la conversión*». Y lo hace contra todo tipo de espiritualismo, tentado siempre a pensar que las cosas caen hechas del cielo, provocando una indolente pasividad. Ilusionismo de quien se siente al seguro sólo por ser un hijo de Abrahán.

La conversión expresada en el bautismo de Juan. Con sencillez de Precursor, él se hace, sin embargo, referencia. Poco importa su agua, si Dios no envía su Espíritu. Y será el del Mesías, al que él hace referencia, el bautismo «con el Espíritu Santo y fuego». La referencia señala. Y el Bautista, en el adviento, se convierte en el dedo que, señalando hacia otro, apunta hacia *el cumplimiento*.

Retoño salvador

Del tocón de Jesé brota un renuevo,
prenda de la utopía del Paraíso,
clamor –como en el páramo el narciso–
del Reino que inaugura un tiempo nuevo.

El Verbo se hace carne. Es el relevo
del hombre envanecido. A Dios sumiso,
ganó su Nombre en la obediencia: quiso
y dijo «*¡aquí estoy!*». Se hizo coevo

de cada Adán, gustando cada muerte...;
así cambió el sentido de la suerte
que al hombre le dictó el primer pecado...

¡Haz presente a Enmanuel en tus hermanos!
Colma de amor el cuenco de tus manos,
y en tu entrega cabal serás salvado.

Tercer domingo de Adviento

1. Lo nuevo que va a germinar (Is 33,1-6a.10)

El anuncio seguro de *lo nuevo* tiene arraigo en la visión esperanzada del profeta. La confianza en el Dios que salva es más grande que todas las trabas y tropiezos.

Esperanza que se expresa en la *transformación de la naturaleza* y del ser humano. El yermo y el desierto, llamados a alegrarse con el regocijo de una floración inesperada. Una belleza tal que abrirá los corazones a la belleza misma de Dios: «Verán la gloria de Dios, la belleza de nuestro Dios».

Y unos seres humanos deprimidos que se abren a *la nueva fortaleza*. Ni debilidad ni vacilación ni cobardía: «Sed fuertes, no temáis». Incluso aquellos que experimentan el deterioro físico reciben el anuncio de gozar en plenitud de la función de sus órganos atrofiados: los ojos, los oídos, las piernas y la lengua. No más ciegos ni sordos ni cojos ni mudos.

Todos vienen «rescatados» por el Señor. Una gran peregrinación de hombres renovados, guiados por «la alegría perpetua»; flanqueados en su camino por «el gozo y la alegría». Al resguardo de toda «pena y aflicción».

Novedad maravillosa que, en medio del sufrimiento, estimula y anima la esperanza.

2. Esperando con firmeza (Sant 5,7-10)

Esperando, como lo hace el labrador que aguarda la cosecha, con una *paciencia inquieta y activa*. Se sabe el labrador llamado a trabajar su parcela, pero ha aprendido a mirar al cielo en espera de las lluvias. Las necesita y anhela, pero no puede causarlas, «ni las tempranas ni las tardías». Las espera. Y lo hace con inquietud y paciencia, pero siempre con una *segura firmeza*.

Cuando las lluvias se tardan, apuntan *la desesperanza y el cansancio* de tanto trabajo frustrado. Lo mismo pasa en la vida, cuando se teme que el Señor se ha ocultado y retrasa su venida: la «venida» en el final; y las «venidas» en cada momento de nuestra historia, tantas veces reseca y agostada como la tierra en sequía.

Pero, en los momentos duros, es cuando *crece la esperanza*. Esperanza tantas veces dolorida por el retraso y silencio de quien tiene que venir y no acaba de llegar. En la paciencia esperanzada está también la firmeza: «La venida del Señor está cerca... Él está ya a la puerta».

3. Lo nuevo que ha germinado (Mt 11,2-11)

¿Se cumplió ya la promesa o sigue el tiempo de espera? Dos períodos se entrecruzan: el de Juan que se pregunta: «¿Eres tú el que ha de venir, o tenemos que esperar a

otro?». Y el de Jesús que responde con *la promesa cumplida*. La promesa de Isaías y los profetas se hace en Jesús realidad: Con Él llega la salvación que, abrazando a enfermos y marginados, llega hasta a los mismos muertos, llamados a resucitar.

Esta sí es Buena Noticia. Noticia de salvación, que tiene en todos los pobres sus primeros destinatarios: «A los pobres se les anuncia la Buena Noticia». Se habían mezclado en la espera otros muchos intereses, que viciaron lo más hondo de la esperanza: *Aguardar desde la pobreza*. Cuando no existe el despojo, es difícil la esperanza. Uno cree tenerlo todo, incluso la mejor idea de la misión del Mesías. Y de ahí la advertencia de Jesús: «Y dichoso el que no se sienta defraudado por mí».

No fue Juan uno de los defraudados. La firmeza de su arraigo de profeta en el desierto, y no «en los palacios, donde habitan los que visten de lujo», lo hizo mensajero y preparador del camino. *Grandeza de misión* y de respuesta. Una singular grandeza que está al alcance de todos: «El más pequeño en el Reino de los cielos es más grande que él».

El Señor está cerca

¡Cómo emulan al Líbano su gloria
el páramo y la estepa! ¡Cómo arde
el vigor en el pecho del cobarde!
¡Cómo pronuncia el Salvador su historia!

No pongáis la esperanza en vuestra noria.
Siempre llega el Señor, aunque se tarde...
Al tempero o tardía..., sin alarde
cae la lluvia en la tierra promisoría...

Salta el cojo su júbilo. Se alerta
el oído del sordo. Está a la puerta
el Juez que impartirá misericordia...

¡Haz tuya la belleza del Carmelo
y tu pecho una estancia de su cielo
donde vivan los hombres en concordia!

Cuarto domingo de Adviento

1. «Dios-con-nosotros»: la promesa (Is 7,10-14)

Tener a Dios junto a él en su camino: no hay otra certeza en la vida que dé al ser humano más gozo.

Caminar *acompañado por Dios*: Ahí descubre el creyente la más honda trama de toda la historia de la salvación. La íntima seguridad que a todos los personajes bíblicos los hubiera debido llevar a la más grande confianza. Pero no siempre fue así. No lo fue en el caso del rey Acaz que, a su desconfianza, añadía la búsqueda de sus propios medios para salvar a su pueblo de la guerra.

Una *desconfianza* tal que llega a «cansar a Dios», por no querer ni siquiera pedir al cielo señales. Ni confianza ni oración. Por eso, el propio Señor irrumpe, tomando la iniciativa: «El Señor, por su cuenta, os dará una señal». Tan sencilla y tan cercana, que hace falta ahondar en ella para no pasar de largo: una doncella preñada y el hijo dado a la luz.

El nombre va hacia el hondón del sentido: «Y le pone por nombre Enmanuel, que significa Dios-con-nosotros».

2. «Dios-con-nosotros»: el Hijo de Dios humanado (Rom 1,1-7)

Ahonda san Pablo en la Buena Nueva de Dios, el Evangelio del Padre. La señal es también un Hijo: «Su Hijo», el mismo Hijo de Dios. Y es señal, porque es *un Hijo humanado*: «Nacido, según lo humano, de la estirpe de David». Y es señal, porque apunta a su futuro; de nuevo en el lugar mismo de Dios: «Constituido, según el Espíritu Santo, Hijo de Dios, con pleno poder, por la resurrección de la muerte».

«Jesucristo, nuestro Señor» es «Dios-con-nosotros» y Dios para nosotros. Llamados por él, somos nosotros de Dios y para Dios. Ese es el mayor don recibido y el mayor don que ofrecemos a todos: «Que todos los gentiles respondan a la fe», a la filiación compartida en adopción.

3. «Dios-con-nosotros»: el cumplimiento (Mt 1,18-24)

«Nunca tan adentro tuvo al sol la tierra». Jamás hubiera podido pensarse en un Dios en-carnado, metido *en la carne del hombre*, para ser hombre «semejante en todo a nosotros, menos en el pecado».

La sencillez del relato nos aboca al misterio de un «ser-Dios-con-nosotros» siendo uno de los nuestros. Al mejor estilo bíblico, a través del «sueño» de José se revela la hondura del misterio: María y la criatura en su seno, pero el Espíritu Santo como el definitivo sustento del misterio allí encerrado: «Ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo».

El honesto repudio decidido por José se convierte

en acogida: «Se llevó a su casa a su mujer», y en tarea: «Tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

Y, salvando, cumple la profecía: El «Dios-con-nosotros», que es el Hijo de María, no es como un Dios ocioso para la vida del hombre y de la historia. Él es el Dios que nos salva desde la cercanía acompañante.

La Virgen está encinta

Por su infidelidad, Acaz, indigno
del empeño y el don de la realeza,
rehúye la palabra de certeza
que le brinda el profeta fidedigno:

una virgen puérpera es el signo
del Señor, que es poder y fortaleza...;
un niño hará visible la terneza
y la proximidad del Dios benigno...

José vence la duda en el empeño
de su amor, que se afirma con un sueño
en que la fe por la palabra crece.

Abre tu corazón a la aventura
de fiarte de Dios..., y a la locura
de creer que aconteció lo que acontece.

NAVIDAD

*«Un niño nos ha nacido;
un hijo se nos ha dado»*

Navidad

(Misa de medianoche)

1. «Un niño nos ha nacido» (Is 9,1-3.5-6)

En medio de las tinieblas alumbra la esperanza. En medio de la opresión germina la liberación. Todo se inunda de la luz y del gozo que brotan de la presencia de Dios. Todos «se gozan en tu presencia» (en metáfora agrícola «Como gozan al segar», en metáfora guerrera «Como se alegran al repartirse el botín»)

La presencia de Dios *destruye la opresión*. Dios mismo quebranta la vara, el yugo, el bastón del opresor. Una opresión ejercida hace, estrépito y empapa de sangre los vestidos. Y una opresión castigada «Serán combustible, pasto del fuego»

En medio de tanta violencia, es *entrañable la señal* «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado». Un niño con *atributos de Dios*, porque lo es. Un niño con *misión de Salvador* para sostener y consolidar el Reinado nuevo de David «con la justicia y el derecho», en cumplimiento de promesas que tienen a Dios por autor. «El celo del Señor lo realizará»

2. «Ha aparecido la gracia de Dios» (Tit 2,11-14)

La gracia de Dios aparece en-carnada y en pleno dinamismo: «Trae la salvación para todos los hombres». El nacimiento de Jesús es el más logrado momento de una historia de gracia y de gracias. La gracia que jamás nadie hubiera pensado. Pero *ha aparecido*. Ha tenido historia y un destino concretos. Su aparición se hace nacimiento visible de un niño. Se hace historia real y concreta de un hombre. Se hace entrega generosa que lleva a la muerte. Se hace rescate de resurrección y de vida. Y se hace promesa de vuelta en comunión solidaria con todos.

No puede el hombre olvidar su *inmersión en esta historia* de gracia. La espera de «la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo» da al conjunto de la vida una tensión salvadora.

Y al gozo entrañable del recuerdo del nacimiento del Niño se une la gracia de una existencia nueva: «Llevar ya desde ahora una *vida* sobria, honrada y religiosa». *Una vida en espera*: el Señor vino y vendrá. Venidas de Dios a la historia del hombre. Expresión permanente de su gran amor que nos lleva a re-nacer y a esperar.

3. «Os ha nacido un Salvador» (Lc 2,1-14)

Promesa (primera lectura) y cumplimiento (evangelio) lleno de desconcierto. La espera mesiánica había engrandecido las señales de la aparición. El cumplimiento ahonda la realidad que se muestra y envuelve las señales en una *chocante pobreza*.

A la normalidad del nacimiento: A María «le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito y lo envolvió en pañales» (como hacen todas las madres), se añade una sobria anotación *de marginación y pobreza*: «Y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada».

Y el anuncio no se hace a los grandes; se reserva a los sencillos, a los pastores, también ellos marginados.

A la grandeza del don: «Os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor» corresponde también la pobreza en la señal: «Encontraréis a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». Es preciso ahondar en la ley que hace a Dios *revelarse en lo sencillo*. Muchas veces, es el miedo al encuentro el que oscurece la visión de las señales. Uno las quisiera grandes y espectaculares, para evitar así el camino que desentraña el misterio.

Pero la paz y alegría se encuentran tan sólo allí donde Dios se manifiesta desconcertando esquemas prefabricados.

Envuelto en pañales

Fueron cuarenta y dos generaciones
caminando por sombras de esperanza...
El tiempo llegó al fiel de su balanza
y la *Luz* encendió los corazones.

Se inundaron los últimos rincones
de silencio con himnos de alabanza...
Un *Niño* trajo al hombro la Alianza
de paz y amor a todas las naciones...

Un *Hijo* que es el centro de la historia...,
que inscribe de un pesebre la memoria
en el rol de los tronos singulares,

que, ceñido en pañales de caricia,
confirma a los pastores la Noticia
que los ángeles dicen a millares.

La Sagrada Familia

1. Una autoridad que es amor (Si 3,2-6.12-14)

La mirada a la Familia de Nazaret le trae a la liturgia *recuerdos sapienciales* del Antiguo Testamento. El lugar principal de la reflexión lo ocupan el padre y la madre. El origen de su «oficio» está en el mismo Dios, que es el sujeto de toda la exhortación.

Un movimiento de los padres a los hijos, y de estos hacia aquellos. Dios es el que hace al padre digno de respeto y el que da autoridad a la madre. Puesta esta premisa, derivan como a raudales las consecuencias de la actitud de los hijos: *La relación con sus padres* es filialmente regeneradora: perdón de los pecados, acumulación de tesoros (no sólo materiales), alegría en los propios hijos venideros, seguridad de oraciones escuchadas, una vida larga y confiada.

La condición es la *incondicionalidad del amor y del respeto*. No sólo cuando los padres son aún jóvenes y de ellos puede aún esperarse... También, y sobre todo, cuando, ya ancianos, pueden ser considerados como estorbo, y acecha siempre la tentación de arrinconarlos: «No los

abandonos mientras vivas». Para que la familia sea de verdad paradigma de «un tiempo venidero».

2. En torno al amor, las virtudes familiares (Col 3,12-21)

Lo que Pablo afirma de manera general, tiene una aplicación concreta e insuperable para la familia. Contra una tendencia a ser mejores fuera (en la calle y en relación con otras personas) que dentro (en el propio hogar), hay que agarrarse al amor «que es ceñidor de la unidad consumada».

Y, en torno al *amor*, todas aquellas virtudes que lo hacen *cercano* y concreto: «La misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión...». Pablo es, sin embargo, realista y da una importancia especial al *perdón*, entendido como capacidad de sobrellevar los defectos del otro. El ejemplo de perdón es Cristo: «El Señor os ha perdonado, haced vosotros lo mismo»... También la *paz familiar* está forjada con el perdón. Sin él, es impensable una reconciliación que llegue a producir «la paz en Cristo».

También para la familia el origen y manantial de la vida es la *Eucaristía*, «vínculo de unidad y signo de caridad». Y la oración, en sus múltiples manifestaciones: una oración comunitaria, abierta a la súplica y vida de toda la comunidad que «canta a Dios de corazón con salmos, himnos y cánticos inspirados».

Desde una recia *espiritualidad familiar*, las relaciones y funciones de los distintos miembros no son consideradas como cargas; son expresión de una honda experiencia de amor: el respeto, el afecto, la dulzura, la obediencia... se traban en una vivencia de relación singular.

3. El cuidado paterno, manifestación de amor (Mt 2,13-15.19.23)

¡Difícil descubrir tras ciertas decisiones paternas el cuidado amoroso de Dios! Momentos difíciles para *decisiones duras!*

La huida a Egipto tiene en José al protagonista de la decisión. Tras ella, una expresa voluntad de Dios... Y, tras una situación difícil, el cumplimiento de la promesa salvadora: «De Egipto llamé a mi hijo». La dura experiencia de la «salida» (el Éxodo) del pueblo de Israel, «hijo de Dios», que se cumple en esta nueva *salida del Hijo*, dejando atrás para siempre la tierra de la opresión y de la esclavitud. En la lectura de los acontecimientos que Mateo hace para judeo-cristianos, transmite toda una «lectura» de la acción de Dios que «escribe derecho con renglones torcidos».

¡Mirada serena a *acontecimientos cercanos* que pueden torcer la andadura familiar! ¡Quién sabe la justeza de cumplimientos que puede esconderse en momentos humanamente apurados; de decisiones difíciles! «Mis caminos no son vuestros caminos...».

Amor de esmero

Os desveláis por un trabajo estable,
una vivienda con holgura y lujo,
un *lugar bajo el sol* de gran influjo
y una cuenta corriente respetable.

¿Es esa *vuestra* vida perdurable...,
vuestra seguridad...? Pobre garujo
incapaz de aguantar el recio flujo
del tiempo, que lo bate infatigable...!

Hay otra perspectiva...; otro cemento...:
la aventura vivida en el adviento
de una fidelidad que no termina...

Jesús, María y José... Amor de esmero,
paradigma de un tiempo duradero,
que en el carel del tiempo se reclina...

Santa María, Madre de Dios

1. Bendecidos en el Hijo (Núm 6,22-27)

Bendición de salvación, realizada en el envío del Hijo. Bendición de salvación, realizada en las entrañas maternas de María. Bendición de salvación que se acompasa también con el tiempo cronológico, encontrando en él una pauta de su ritmo: un año nuevo de gracia salvadora que comienza.

Aquella fórmula de bendición «israelita» se hace realidad de bendición «cristiana»: la *protección permanente* de Dios, «a la sombra de las alas» del Hijo; la *iluminación de su rostro* en una revelación definitiva de la paternidad de Dios y de nuestra filiación; la *concesión del favor*, que es «gracia» definitiva de favores compartidos; la *mirada de Dios*, hecha desde los ojos humanos de Jesús; la *paz* como don esperado de Cristo, nuestra paz definitiva.

En verdad nuestro tiempo es tiempo de salvación, porque «este niño que nos ha nacido es mucho más que un sueño.../ es el latido de eternidad injerta en nuestro tiempo».

2. ... nacido de una mujer (Gál 4,4-7)

Siempre inmersos en el misterio del tiempo, pero ahora es su *cumplimiento*: «Cuando se cumplió el tiempo...». Y es que el tiempo no es una realidad plana; el tiempo tiene sus relieves, y tuvo el relieve decisivo cuando «Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer». *Nacido de una mujer*, como nacimos nosotros; de unas entrañas creadas para concebir, engendrar y dar a luz, dando la vida.

Y nacido como nosotros en una concreta sociedad: «Nacido bajo la ley»... Una sociedad que precisa redención: «Para rescatar a los que estaban bajo la ley». Nacimiento salvador; entrañas maternas que engendran filiación: a través del fruto de las entrañas de María, recibimos el «ser hijos por adopción»; hijos en el Hijo, desde una paternidad común: la de Dios.

En el Hijo, nacido de una mujer, acabó para siempre nuestra condición de esclavos de Dios. Aquel Dios de libertad que se manifestó espectacularmente en el Éxodo, *se manifiesta ahora en la humanidad* de quien, confesándose «esclava» es, también ella, «hija»; pero es, sobre todo, «madre»: la mujer de cuyas entrañas nació verdaderamente el Hijo enviado.

3. ... y anunciado a los sencillos (Lc 2,16-21)

Los pastores reciben el anuncio, se ponen en camino, y ellos mismos se hacen heraldos de su desconcertante experiencia. Encuentran el hecho anunciado: «A María, a José y al Niño acostado en un pesebre». Aquel ver,

les hace anunciar: «Contaron lo que les habían dicho de aquel Niño». El anuncio del Ángel era solemne: en el pesebre iban a encontrar al Salvador de Israel. No es extraña la admiración de quienes les oyeron semejante grandeza en tan gran humildad.

Entre todos los humildes y sencillos que saben escuchar, señala Lucas a una oyente especial: «María escuchaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón». *Oyente singular* no sólo por la maternidad; también por el modo con que escucha. María no se limita a oír. Su escucha se hace contemplación interior.

Ver, oír y contemplar se entrecruzan ante el acontecimiento que cumple las promesas: los pastores alaban a Dios «por lo que han visto y oído»; María lo conserva todo en su corazón... Los sencillos israelitas ya entrevén la salvación en aquel recién nacido... Por eso, el nombre en la circuncisión: Jesús, que significa «Yavé salva».

Latido de eternidad

Cronos saca hoy del fondo de su arca un día, un mes, un año, que su andanza desigual inauguran... Sin tardanza rendirán su periplo ante la Parca.

Con todo el fluir del tiempo marca un final, recamado de esperanza, el corazón se arriesga sin tardanza a cuanto sueño la ilusión abarca...

Pero este Niño que nos ha nacido es mucho más que un sueño..., es un latido de eternidad injerta en nuestro tiempo...

La *Paz* indefectible que florece...;
la *Bendición* perenne que acontece
más allá del temor al contratiempo...

Segundo domingo de Navidad

1. La sabiduría de Dios arraiga en su Pueblo (Si 24,1-4.12-16)

Interesante la querencia de Dios por echar raíces en medio de los suyos. Una querencia experimentada con tal fuerza por el pueblo de Israel que hasta le lleva a «revisar» su monoteísmo sin fisuras... Nunca pensará Israel en muchos dioses, pero ya en el Antiguo Testamento se abre una concepción de Dios que *no se cierra* celosamente en su propia intimidad.

Se perfila ya el Dios que envía su Sabiduría a «poner su morada entre los elegidos, a habitar en Jacob, a tener a Israel como heredad». Aún no se describe la relación de la Sabiduría con el Dios Creador..., pero, en ella, algo muy de Dios comparte ya la suerte de los hombres.

Se diría que en esta Sabiduría, «incardinada» en medio de su Pueblo, se expresa con fuerza la *querencia de la encarnación*, que atraviesa toda la historia de la salvación. Aquella voluntad de Dios de «unir a su elección nuestro destino de ser hijos, pueblo sagrado, pan de su pan y vino de su vino».

2. Bendecidos antes de la creación del mundo (Ef 1,3-6.15-18)

En el tiempo de Navidad, lo eterno y lo temporal se entrecruzan, se complementan y mutuamente se explican.

Nuestra elección en Cristo sucedió en el tiempo, pero, en realidad, «aconteció ya antes de la creación del mundo». En el tiempo sucede el que «en Cristo seamos "hijos de Dios"», pero, en realidad, siéndolo, hoy, revelamos la eterna «gloria de su gracia»... *Admirable intercambio* que arranca de aquella pre-existencia de la Palabra que proclamará Juan en su prólogo.

Sólo así, Jesús en su historia con nosotros, puede ser «el mediador de toda clase de bienes espirituales», objeto de la bendición de Dios. Y sólo así, y también en Él, podemos nosotros «ser santos e irreprochables ante Dios por el amor».

Nada de extraño que Pablo pida a Dios para nosotros «el espíritu de sabiduría y revelación» para conocer la profundidad y la hondura del misterio de Jesús, y la «iluminación de los ojos del corazón para comprender» el destino final de tanta riqueza encarnada: «La gloria que da en herencia a los santos».

3. La palabra de Dios habita entre nosotros (Jn 1,1-18)

Lo que en el Antiguo Testamento era «querencia de Dios» («tener sus delicias en estar entre los hombres») se hace en Cristo realidad de encarnación. El prólogo del cuarto evangelio combina admirablemente los dos grandes momentos de la existencia del Verbo: la *eterna*, junto a Dios,

«desde el principio»; y la *histórica*, entre los hombres, desde su entrada real en la carne (en-carnación).

La en-carnación da a la carne de Jesús todo su valor teológico: «A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único de Dios que está en el seno del Padre, es quien nos lo ha dado a conocer». La «carne de Jesús» (sus raíces humanas, su historia, la totalidad de su existencia) son para siempre *revelación de Dios*.

La en-carnación da a la carne de Jesús todo su valor salvador: «A cuantos la recibieron les da poder de ser hijos de Dios»... «De su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia».

Pero, la en-carnación da también a la carne de Jesús toda la carga escandalosa del Dios humanado. Y, por eso, quedará siempre abierta la posibilidad del rechazo: «Vino a su casa y los suyos no la recibieron». ¡Que nos contemos entre «los que hemos contemplado su gloria»!

Germinó la Palabra

Germinó *la Palabra*..., echó raíces
en Sión su ancestral sabiduría...
resplandecientes cual luz del día,
brillan en Israel sus directrices...

Más allá de abandonos y deslices
profetizó a su *Pueblo* la amnistía,
sació el hambre y la sed de su ardentía
con maná, agua de roca y codornices...

Antes que el mundo fuera pronunciado,
decía la *Palabra* su divino
designio de habitar a nuestro lado,

de unir a su elección nuestro destino
de ser hijos de Dios, pueblo sagrado,
pan de su pan y vino de su vino.

Epifanía del Señor

1. Todos vienen a ti (Is 60,1-6)

Se va cumpliendo la manifestación del en-carnado. En la Navidad fueron los padres de Jesús y los pastores, *los sencillos de Israel*, quienes vieron, oyeron y contemplaron. *Contempló, sobre todo, la Madre, «guardando todo aquello en su corazón».*

Pero no podía quedar allí encerrado, ni podían ser las fronteras de Israel los límites de la «contemplación de su gloria».

Isaías, el profeta que ve en Jerusalén la morada de Dios, la abre con fuerza decidida *a todos los pueblos*. Recibe Jerusalén la luz que le viene de su Dios, y por eso brilla. Recibe Jerusalén la aurora de la gloria del Señor, convirtiéndose así para todos los pueblos en un glorioso amanecer... Ha amanecido el Señor, quitando la oscuridad de los pueblos.

Y los pueblos responden con *una peregrinación* hacia la señal levantada por Dios, atraídos por la luz y por la aurora. Hay multitud de caminantes y abundancia de riqueza y de dones. Cuando se divisa la meta, el camino se hace ligero y jubiloso.

2. Coherederos de la promesa (Ef 3,2-3a.5-6)

Muchos judíos se consideraban herederos exclusivos de las promesas de Dios. Compartirlas con los gentiles les parecía renegar de su propia identidad de pueblo elegido. Una elección que consideraban como privilegio incondicional.

En este contexto particularista, Pablo desvela «el misterio». No se refiere Pablo tanto al misterio de la identidad de Jesús como al *destino universal de su misión*: «Que también los gentiles son coherederos».

Las promesas no son propiedad de unos pocos. En la multitud de miembros del único cuerpo de Cristo, los gentiles no son extraños o advenedizos. Lo que no era privilegio (la elección) jamás puede convertirse en exclusión. Y todo por un Evangelio que es Buena Noticia para todos: *Los cercanos y lejanos*; los de siempre y los de última hora; los justos y los pecadores... En Cristo Jesús, todos podemos ser coherederos.

3. ...para adorar al que ha nacido (Mt 2,1-12)

En el relato evangélico, los magos juegan de símbolo, como de símbolo jugaron los pastores en la primera manifestación del recién nacido a los sencillos.

Se trata ahora de una manifestación del en-carnado a *los de lejos*: «unos magos de oriente». No toman ellos la iniciativa... Hacen camino, siguiendo a una estrella. La señal les viene de arriba: «hemos visto salir su estrella»... Cuando el tiempo se ha cumplido, despunta su estrella y se convierte en señal del acontecimiento.

La *peregrinación de los magos* no es de simple verificación astronómica. Es una peregrinación religiosa: «venimos a adorarlo». Los gentiles son llamados a la común adoración, con los judíos..., en la extraña sencillez del origen del Mesías: Belén, la pequeña aldea de Judá, hecha grande por la cuna del Mesías.

Hacia aquella humilde cuna *les guía la estrella...* Y acompañan la adoración con multitud de dones... Comienza a cumplirse la visión universalista de Isaías. Desde aquella pequeña aldea de Belén brilla la estrella, convirtiéndose en luz para todas las naciones... En respuesta, una buena súplica de todos: «¡No me otorgues, Señor, otro tesoro que contemplar la gloria de tu nombre!».

Caminar tras la estrella

Ni el perfume oriental que embriaga al hombre,
ni el destellar hipnótico del oro...

¡No me otorgues, Señor, otro tesoro
que contemplar la gloria de tu nombre!

No ambiciono riqueza... ni renombre...,
ni un marchamo de público decoro...;
sólo habitar tu casa sin desdoro,
contemplando una *estrella* que me asombre...

¡Tolera el roncar de mi jumento...,
la terca voluntad que no se rinde
al ver que sólo da cuanto prescinde!

¡Ciega el orgullo de mi entendimiento,
con la fecunda antorcha del misterio,
que trueca en esperanza el cautiverio!

Bautismo del Señor

1. La investidura del Siervo (Is 42,1-4.6-7)

Poco importa la misteriosa identidad del Siervo para poder calibrar la sobria solemnidad de su investidura. En su misterio, se trata de una *identidad abierta*. Seguramente estamos ante una pretendida intención del profeta: Un Siervo identificable en su perfil y misión, pero pretendidamente no identificado en su nombre y concreción.

Siervo elegido, sostenido y preferido por Dios. Lleno de su Espíritu, para una misión universal: «traer el derecho a las naciones». Pero, lo hará «al estilo de Dios»: sin gritos ni algarabías, sin espectáculos ni clamores... Colmará, más bien, la esperanza de los débiles: «La caña cascada no la quebrará; el pabilo vacilante no lo apagará». Para los sencillos y con ellos, cumple la misión recibida de su Dios: «Implantar el derecho en la tierra».

A la misión ha precedido *la vocación*: «Te he llamado..., te he tomado de la mano, te he formado». Llamado para los demás («alianza de un pueblo»; «luz de las naciones»), actuará al dictado de los preferidos de Dios: «Para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de

la prisión, y de las mazmorras a los que habitan en las tinieblas». Un Siervo llamado e investido para una misión liberadora.

2. La investidura de Jesús (He 10,34-38)

La recuerda Pedro en el libro de los Hechos. Es para él la acción fundamental del Espíritu sobre Jesús: «Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo». Aquello aconteció con ocasión del bautismo predicado por Juan y recibido por Jesús.

Subraya Pedro *la fuerza del Espíritu*. Por ella, «Dios estaba con él»; y por ella, el misterio de Jesús es también liberador: «Pasó... curando a los oprimidos por el diablo». Un mesianismo sanante de todo lo que interna o externamente oprime al hombre.

Con la sencillez de quien «pasa entre los hombres haciendo el bien». Se trata de una descripción de la vida pública de Jesús que sobrecoge por su sencilla austeridad. Sin aspavientos ni alardes, simple y sencillamente «*haciendo el bien*» para vencer la fuerza del mal con sus múltiples expresiones... ¡Qué hermosa descripción para toda vida de un bautizado! Pasó haciendo el bien y liberando...

3. «Se presentó a Juan para que lo bautizara» (Mt 3,13-17)

El bautismo de Jesús cierra el ciclo de «presentaciones». Después del largo período de la vida oculta, esta ma-

nifestación/investidura arranca la «*vida pública*»... En el fondo, el misterio y el respaldo de Dios, revelando su identidad: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto».

La proclamación/investidura viene de Dios. De él viene también el Espíritu que se posa sobre él. Jesús se había agregado a la fila de cuantos venían a recibir el bautismo de Juan «para la conversión y el perdón de los pecados». Así de sencillo y así de *solidario*. ¿Escandaloso también para aquella comunidad primitiva que lo comparaba con Juan? Mateo intenta arreglar delicadamente el problema, y pone en los labios del Bautista: «Yo soy el que necesita que tú me bautices, ¿y tú vienes a mí?». La respuesta de Jesús lo justifica: «Déjalo ahora. Está bien que cumplamos así todo lo que Dios quiere».

Bautismo histórico de Jesús en el Jordán que desvela, a través del *Espíritu y la voz*, la importancia mesiánica del momento. Jesús ya «oficialmente presentado/investido» va a iniciar la tarea con la fuerza del Espíritu y el respaldo amoroso e incondicional del Padre.

El siervo es el Hijo

Llega la Navidad a la otra orilla...
¡Mirad al Siervo convertido en Hijo!
No es el juego verbal de un acertijo...,
es una misteriosa maravilla.

En el dolor humilde de su arcilla
late la majestad del Crucifijo;
tras la muerte, a la luz del regocijo
florecerá el vigor de la semilla...

No hace Dios con los hombres distinciones.
el *Siervo* es rey de todas las naciones,
que hacen la paz, obrando la justicia.

Ungido con la fuerza de lo alto,
roborará lo débil y lo falto
con su gran compasión, siempre propicia.

CUARESMA

*«Sal de tu tierra y de la casa de tu padre
hacia la tierra que te mostraré»*

Miércoles de Ceniza

1. «La bendición del Señor, nuestro Dios» (Jl 2,12-18)

Con el miércoles de ceniza iniciamos la Cuaresma. Pero ya desde el comienzo, incluso cuando en nuestras cabezas se impone un símbolo de penitencia y conversión, con el profeta Joel *apuntamos ya a un término de plenitud y de gloria*: «La bendición y la ofrenda» a un Dios que se muestra «compasivo y misericordioso».

Porque ese es el término, podemos recorrer el camino de la conversión con esperanza. Y porque se trata de una conversión del corazón, «rasgad los corazones, no las vestiduras», la asamblea penitencial, convocada por el profeta, se encamina, a través de los ritos, a *la santificación*: «santificad la asamblea».

La *santidad de la asamblea* es una gracia. No sería posible sin el perdón generoso que Dios ofrece y otorga. Por eso, el perdón se hace súplica en labios de los sacerdotes: «Perdona, Señor, perdona a tu pueblo». Un perdón personal, pero también comunitario. Es toda la comunidad la que, mediante el perdón de Dios, es sacada del oprobio y puede dar testimonio de tener en medio a su Dios, como salvación para todo el mundo.

2. «Ahora es el tiempo de la gracia» (2Cor 5,20-6,2)

También la lectura de Pablo orienta todo el camino cuaresmal en positivo: «tiempo de gracia, día de salvación». Hacia ahí marcha la *reconciliación* con Dios: hacia la experiencia de la salvación personal y comunitaria. En la exhortación de Pablo a reconciliarnos con Dios, la experiencia religiosa se nos hace cercana y favorable. No es el «Dios enemigo» que necesitara estrategias a la defensiva, es el «Dios amigo», que ofrece y actúa en nosotros la plenitud.

La oferta de Dios fue y sigue siendo seria y definitiva: Todo el misterio de la redención a través de la entrega del Hijo, «para que nosotros, unidos a él, recibamos la justificación de Dios». Justificación que es plenitud de salvación gratuita. ¿Cómo considerar adversario a quien se ofrece para plenificar? ¿Cómo pensar en un Dios vengativo, cuando, en Cristo, se abre a nosotros como salvación? Verdaderamente, «ahora es tiempo de gracia, ahora es día de salvación».

3. La salvación, recompensa del Padre (Mt 6,1-6.16-18)

También Mateo apunta en el evangelio de hoy a la «recompensa del Padre», que es la salvación. Su instrucción es acerca del camino para conseguirla.

No la alcanzamos como recompensa a prácticas externas que no cambian el corazón. La limosna, el ayuno y la oración se pueden quedar, en efecto, en puros ritos, sin vida. No es lo mismo *dar limosna* que ser persona

entregada; ni *hacer ayuno* que ser persona solidariamente austera; ni *hacer oración* que ser persona que vive permanentemente su existencia desde y dentro del misterio de Dios. No es lo mismo.

Hacia esas dimensiones positivas y hondas apuntan las advertencias del Señor. En definitiva, él quiere que evitemos engañarnos a nosotros mismos...

Con nuestro poeta, pedimos lo mismo para comprender el signo de la ceniza en nuestras cabezas: «Que avive mi memoria olvidadiza/, como signo final de la caída.../ de la fe y la esperanza trascendida / que cubrirá de carne mi caliza».

La ceniza no es muerte

Concédeme, Señor, que esta ceniza
centre mi condición en su medida:
Ni fuera de razón, ni confundida
con una humildad torpe y enfermiza;

que avive mi memoria olvidadiza
como signo final de la caída...,
de la fe y la esperanza trascendida,
que cubrirá de carne mi caliza...

Quiero en su levedad ver la importancia
del ayuno, la entrega y la fragancia
de la oración, que no deviene en muerte...;

comprender en la fuerza de su nada
la condición cabal de esta posada
hasta que de la nada me despierte...

Primer domingo de Cuaresma

1. «Se dieron cuenta de que estaban desnudos» (Gén 2,7-9; 3,1-7)

Relato de la tentación y del pecado de origen. *Narración sencilla y popular*, de fina observación y de realista mensaje. Al hombre, modelado con cariño de alfarero, lo cuida el mismo Creador con mimos de jardinero. Todo está abierto al disfrute. Todo aquello que era bueno y que había sido creado para el hombre.

Pero, es el mismo Dios el que quiere que el hombre «se merezca» este regalo. Y es así como media el cumplimiento de su querer, expresado en el mandato: «Del fruto del árbol que está en medio del jardín, nos ha dicho Dios: "No comáis ni lo toquéis, bajo pena de muerte"».

Acaba de ponerse en marcha *la psicología de lo prohibido*. La sospecha que corroe y nos lleva al autoengaño: «Se os abrirán los ojos y seréis como Dios». La atracción y el apetito de aquello que, por prohibido, se hace aún más deseable. Y, en el fondo, la soberbia negación de todo tipo de *de-pendencia* con relación al Creador. En realidad: la experiencia de la propia desnudez. El paso de una relación amorosa a una desnudez sin asideros. La conciencia

de estar desnudos por dentro es una buena introducción al camino cuaresmal

2. «No hay proporción entre la culpa y el don» (Rom 5,13-17)

El pecado y su *presencia universal* Aquella desobediencia primera, propagada y repetida «Y la muerte se propagó a todos los hombres, porque todos pecaron» El panorama es sombrío El uno y los muchos agarrados por el pecado ¿Una situación definitiva?

San Pablo nos presenta a otro uno y a los muchos inmersos en una justicia nueva Con Jesús se despeja el horizonte en apertura desbordante *Jesús, la cabeza solidaria* de la nueva humanidad, abre un camino más ancho en Él, «la benevolencia y el don de Dios desbordaron para todos», porque «no hay comparación entre la culpa y el don»

Dos entronques en la vida el que nos une a la experiencia de Adán, haciéndonos pecadores, y el que nos une a la experiencia de Cristo, constituyéndonos justos Se nos abre el corazón a la justicia primera, descubriendo en Dios al padre amigo y cercano Ante Él nos situamos no en de-pendencia humillante Es *de-pendencia amorosa* que se vive en el mutuo amor y la entrega

3. «Al Señor, tu Dios, adorarás» (Mt 4,1-11)

También Jesús tuvo que «entroncar» su mesianismo Habían crecido en Israel concepciones de la misión del

Mesías que, en el fondo, hacían de él una figura independiente, sin referencia ninguna al Dios de quien era enviado y mediador.

Jesús tiene que enfrentarse a la tentación de ser el Mesías desde *el éxito material*: «Di que estas piedras se conviertan en panes». El pan absolutizado cierra el corazón del hombre a percibir otras hambres: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

Tampoco puede ser el Mesías desde *el éxito milagrero*. El milagro fácil y espectacular, el realizado para gloria personal y no para cuidarse de los demás, se le presenta a Jesús como una tentación a Dios, como una especie de juego que utiliza a la divinidad.

¿Un Mesías *de poder*? El poder que le hace a uno sentirse dueño del mundo. La tentación es enorme: realizar la misión sin que nadie pueda oponerse. Y, embebido en el poder, cortar toda referencia. La adoración a Dios es reconocimiento vital de que sólo hay un entronque en la vida: el que nos sumerge en Dios, para, desde él, ser los hombres y las mujeres de su designio de amor.

Vivir en el desierto

Saltar al suelo desde los fastigios...,
poseer cuantos reinos ven tus ojos
y, a cambio del poder, caer de hinojos...,
ser como Dios..., brillar..., hacer prodigios...

He aquí del pecado los vestigios:
Muerte, exilio, fatigas, duelo, abrojos...,
esconderse de Dios por los sonrojos...,
cambiar las venturanzas por prestigios.

¡Proclama con David tu «miserere»!
Besa la mano que de amor te hiere
y vive en el desierto tu condena.

Cristo pagó tu culpa con su pena,
para que, nuevo Adán por la obediencia,
goces resurrección por penitencia...

Segundo domingo de Cuaresma

1. La llamada «original» (Gén 12,1-4a)

El momento es decisivo para el conjunto de la historia de la salvación. Es el comienzo originante que pone la historia en camino. La amplitud del escenario del relato de creación se concentra y se concreta en una *llamada personal*. Abrahán sale, respondiendo a una invitación de Dios. Señalará el autor de la Carta a los hebreos que es una salida «sin saber a dónde iba, guiado tan sólo por la fe». La fe y la confianza puesta en *la promesa* y en *la fidelidad* de Dios para cumplirla.

La llamada y la respuesta engendran fecundidad: «Haré de ti un gran pueblo». Con el pueblo y desde el pueblo, germinada en la llamada personal, Abrahán abrirá de nuevo la escena. Todo se hace de nuevo universal en forma de *bendición*. Abrahán y el pueblo que de él nace «serán una bendición para todas las familias del mundo». ¡Que no cierra la vocación en los propios intereses! Abre a «los intereses de Dios», que abarcan a todos los pueblos.

Nunca se podrá cerrar la *llamada universal* que Dios hace a cada uno. ¡Qué hermoso es percibirse convertido

en bendición para todas aquellas personas que encontramos caminando por la vida!

2. «Nos llamó a una vida santa» (2Tim 1,8b-10)

La bendición originaria de Abrahán se repite en la historia personal de cada uno de los creyentes. No por méritos nuestros, sino por su *pura gracia*, «nos llama Dios a una vida santa». Nos llamó y nos salvó. Todo es misterio de gracia. Un designio inmemorial: La misma vida de Dios que se dona en Jesucristo.

Y, en Jesucristo, se dona, salvando. La mayor esclavitud es para el hombre *la muerte*. Destruirla en su raíz y sacar a la luz una vida en plenitud es la obra de Jesús y la entraña misma de su Evangelio.

La invitación de san Pablo a «tomar parte en los duros trabajos del Evangelio» es apremiante llamada a una *apuesta por la vida*. Acogerla es emprender la marcha por el camino que lleva a una meta, y nos salva. Como Abrahán, también nosotros somos peregrinos de la fe, en la confianza.

3. Una llamada con meta: la transfiguración (Mt 17,1-9)

En el camino de la llamada, Jesús se muestra a lo suyos, anticipando la meta: «Se transfiguró delante de ellos». Les revela una *identidad de luz*: la expresada en los vestidos y la infundida en los apóstoles para la comprensión cabal de su misterio. En la hondura del misterio del Señor, el

ser se inunda de *gozo*: «¡Qué hermoso es estar aquí!», disfrutando la intimidad del Señor transfigurado.

En Jesús, el hombre queda inundado de Dios, que lo cubre con su sombra y le deja oír su voz, remitiéndolo de nuevo a la intimidad de Cristo: «Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto». Y, desde la identidad divina, el mandato: «¡Escuchadlo!». Una escucha que se va a realizar de nuevo en la vida corriente con Jesús. A él se encuentran de nuevo remitidos: «Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús solo». Tienen, sin embargo, ahora un nuevo criterio para escuchar a Jesús. Desde la experiencia de la transfiguración, podrán decir de verdad al Jesús de la llamada y del camino: «Tú solo tienes palabras de vida eterna».

Desde Ur al Tabor

¡Transfigurar la realidad humana!
Encontrarse con Dios y, de ese encuentro,
dar sentido a la vida desde dentro,
abrevando en su pródiga fontana.

Nunca dice el Señor palabra vana.
Él dicta las partidas y el recuento.
Si de su voluntad haces tu centro,
al punto brotará tu carne sana.

Creyó Abrán, y al final de su camino
cuajó en un mar de estrellas su destino,
Pueblo de Dios..., arenas incontables...

Ser en el mundo recia levadura,
acompañar a Pablo en la locura
de transmitir palabras inefables.

Tercer domingo de Cuaresma

1. El agua de la roca (Éx 17,3-7)

Dureza de la vida en el desierto. El fantasma de la muerte, causada por la sed: «¿Nos has hecho salir de Egipto para hacernos morir de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?». Una queja que encierra en lo más hondo el dolor de la pregunta: «¿Está o no está Dios en medio de nosotros?». El hombre, herido de muerte por la sed, y profundamente dolido por el silencio de Dios. Sed y silencio. Necesidades de vida y silencios de muerte. Camino doloroso de una vida nunca fácil.

Angustia en la pregunta en los labios del mediador amenazado: «¿Qué puedo hacer por este pueblo?». Volver a Dios la mirada y confiar en su constante compañía salvadora. Es el mismo cayado que, en las aguas del río, abrió un nuevo camino, el que va a golpear la roca para que brote de ella «el agua para que beba el pueblo». Es el mismo Dios salvador, acompañante incansable de los caminos del hombre, aunque, a veces, pese y cueste su silencio.

2. «La esperanza no defrauda» (Rom 5,1-2.5-8)

Las razones más hondas de la espera suelen ir siempre por dentro. Desde ellas, cualquier desierto puede tornarse en vergel. Son *las aguas abundantes* que brotan del corazón y riegan toda la vida, y la fecundan

Hechos justos por la fe, a la medida de Dios, por medio de Jesucristo, recibimos como modo propio de ser el *vivir en esperanza*: Lo que ya somos tendrá que manifestarse, para nuestro propio gozo y para el gozo de aquellos con quienes vivimos nuestra vida cotidiana.

Tenemos en el corazón para manifestarlo en la vida el mismísimo amor de Dios: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado». Teniendo semejante don, ¿cómo puede defraudarnos o defraudar a otros la esperanza? Hermosa es la paradoja de *esperar lo que tenemos*: Lo que ya llevamos por dentro, aún no manifestado del todo. Lo que se nos va mostrando y nosotros revelamos en el camino creyente y en la meta que, como don, nos aguarda. El *amor de Dios* ya manifestado en Cristo. El amor real de Cristo que no «pesa» nuestros méritos: «La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros».

3. El agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4,5-42)

El agua de la roca, para abreviar desde fuera, se hace agua en el corazón para saciarse por dentro, bebiendo del manantial de la vida. De la roca que da el agua por

la fuerza del cayado (primera lectura) a Cristo, la nueva roca, que da el agua como don, compartiendo su propio ser: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber...».

Todo empieza por *comulgar en la sed*. La misma sed en la mujer que llega al pozo y en Jesús que le pide de beber. La comunión en la necesidad abre al diálogo y al don. Desde una necesidad real, Jesús pide agua a la mujer samaritana: «Jesús, cansado del camino, estaba allí, sentado, junto al manantial», sin cubo para sacar el agua del pozo hondo. Jesús se nos presenta necesitado de alguien que pueda calmar su sed.

Jesús, necesitado de agua y en comunión de necesidad con una mujer marginada –por mujer y por samaritana–, se hace *ofertador de otra agua*: «El que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed». La oferta de lo que no se ve: «El surtidor de agua que salta hasta la vida eterna», desde la necesidad palpada y compartida de beber. Desde la necesidad al don. Desde la pobreza a la gracia. Del vacío a la plenitud. De la carencia a la abundancia.

Jesús se presenta a la mujer como agua, como profeta, como único lugar para el culto verdadero, superando los espacios «reservados» por el hombre para el encuentro con Dios. Con la samaritana también confesamos: «Sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo».

El agua que no cesa

Haz brotar de tu roca el agua que no cesa
de remediar sequías y sanar arideces;
el agua saltarina, Señor, con la que acreces
el hambre de saciarnos con el pan de tu mesa...;

el agua que nos lava la suciedad espesa
de la ambición sin tino, las taimadas dobleces,
la soberbia crecida, las torpes estrecheces,
el corazón de piedra y la intención aviesa...;

el agua cristalina y tersa, que refleja
la brizna de lo eterno que, a ciegas, tanteamos
y el fulgor de tu luz, para que más creamos...;

el agua primigenia, activa, que no deja
de batir con sus olas la voluntad inerte,
de fecundar el ansia de vida tras la muerte...

Cuarto domingo de Cuaresma

1. Ver con los ojos de Dios (1Sam 16,1b.6-7.10-13a)

Se puede decir con verdad que «las apariencias engañan». También para personajes bíblicos de la talla de Samuel. El momento relatado en la lectura tiene toda la importancia que se da a *la unción del rey*. Con el rey cambia, en efecto, el modo mismo de guiar Dios a su pueblo.

No es extraño que Samuel, mirando con sus propios ojos, se fijara en la apariencia, resumida en una gran estatura. Un hombre corpulento y fuerte, le hace pensar a Samuel: «Sin duda está ante el Señor, su ungido». Pero, recibe la primera gran lección, vista desde los ojos de Dios. Un criterio repetido en los relatos de vocación: «*La mirada de Dios no es como la mirada del hombre*, pues el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón».

La mirada humana no repara en lo pequeño. Con afanes de grandeza, había hecho Samuel pasar a los hijos de Jesé ante el Señor. Y, extrañado, recibe la pregunta: «¿No quedan más muchachos?». Y es que faltaba por pasar *el pequeño*. A él lo habían enviado a cuidar el rebaño,

porque no estaba previsto que entrara en el «desfile». Y, sin embargo, «dijo el Señor, levántate, porque este es».

¡Cuánta *teología de lo pequeño* encierran los relatos de vocación!..., como para andar buscando apariencias de grandeza...

2. Las tinieblas y la luz **(Ef 5,8-14)**

Las tinieblas y la luz no son sólo realidades externas al hombre. Son también metáfora y referencia de situaciones internas. El hombre mismo puede ser tiniebla o puede ser luz. Nuestra tendencia espontánea nos lleva a la oscuridad («en otro tiempo erais tinieblas»); somos *luz por conversión* («ahora sois luz en el Señor»).

Y como «el movimiento se demuestra andando», *la luz ilumina el camino* y se puede y se debe caminar «como hijos de la luz». La luz engendra bondad, justicia y verdad. Un camino que es agradable a Dios y realiza al caminante. Situaciones de plenitud en la luz, que contrastan con la esterilidad: esa sensación vacía que acompaña, invariable, a las obras de la maldad.

La conversión de «las obras estériles de las tinieblas» es *la mayor obra de la luz*, aunque sea una obra dolorida. Porque todo lo descubierto es luz, aunque sean las propias tinieblas. Cuando dejamos nuestro propio pecado inmerso en nuestras oscuridades, le estamos impidiendo a Dios que, desde su misma luz, pueda «sacar bienes de los males»..., «incluso del pecado», como le gustaba apostillar a san Agustín.

3. «Era ciego y ahora veo» (Jn 9,1-41)

El ciego es acosado. Y lo es por quienes, en su curación han visto sólo infidelidad y pecado. Pero él se aferra con toda su fuerza a lo que ha sido su experiencia. Desde ella defiende a Jesús: «Sólo sé que yo era ciego, y ahora veo». Los fariseos «sabían» que Jesús era pecador. ¿Su pecado?: haber curado en sábado. En ellos no había experiencia; sólo había un aferrarse legalista a los preceptos de la ley.

El ciego de nacimiento *ahora ve*. El cuarto evangelio une *el agua y la iluminación* en el relato milagroso: «Ve, lávate en la piscina de Siloé (que significa Enviado). Él fue, se lavó y volvió con vista». En el fondo está la experiencia de la *iluminación bautismal*. La fe ilumina el corazón e ilumina el camino de quien ahora puede ver. La ignorancia del ciego acerca de Jesús y de su ámbito se va progresivamente convirtiendo en confesión: «Creo, Señor, y se postró ante él».

En contraste del camino que lleva de la ceguera a la fe, se da el camino inverso: ¡*Del saber a la ceguera!* Los fariseos que «sabían» (desde la «ciencia de la ley») que Jesús era un pecador, se convierten ahora en ciegos, incapaces de mirar desde los ojos de Dios. Los ojos eternos de Dios hechos ojos históricos y carnales en los ojos de Jesús, convertidos en ojos decisivos para ver la realidad: «Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven vean; y los que ven, se queden ciegos».

En el fondo, se aplica el criterio de la primera lectura: «La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero Dios mira el corazón».

De la noche a la luz

Juzga Tú mi pecado y mi ceguera,
Señor, que no valoras la apariencia...,
que conoces a fondo mi conciencia,
mi endeblez, mi apatía, mi cansera...

Purifica los cienos de mi albuhera
con el agua lustral de tu clemencia
pues me ungiste mi torpe inexperiencia
con el óleo sacral de tu aceitera.

Quiero ser luz, brillando en las oscuras
finieblas, que extravían los corazones,
bondad en las sangrantes desventuras,

verdad frente a las necias sinrazones,
como hijo de la luz, que sus locuras
sepultó en la justicia de tus dones.

Quinto domingo de Cuaresma

1. «Os infundiré mi espíritu y viviréis» (Ez 37,12-14)

En situación de abatimiento, Dios apuesta por la vida. En el fondo, está el poder del Señor que levanta la débil esperanza de su pueblo.

La mayor debilidad la experimenta el hombre en el drama de su muerte. En Ezequiel hay un atisbo seguro de esperanza: «Os infundiré mi espíritu y viviréis». El pueblo abatido se parece, en efecto, a los muertos que yacen en sus sepulcros.

La esperanza de una vida triunfadora de la muerte se va perfilando poco a poco en el Antiguo Testamento. Lo hace desde la antropología que le es propia. No sólo se abrirá camino la idea de la inmortalidad del alma (de cuño más griego), sino de la resurrección que incluye también el cuerpo. En la entraña del progresivo desarrollo de esa fe está la confianza en el Señor: el «sabréis que yo soy el Señor, lo digo y lo hago» (que recuerda la obra de la creación) amplía progresivamente su ámbito, en la línea de la re-creación.

También el poder creador de Dios podrá definitiva-

mente contra la muerte y «vuestra tierra» donde seréis colocados, no será sólo esta tierra, perteneciente a este pueblo, sino el mismo Dios *como tierra y patria definitiva*.

La lectura de Ezequiel marcha por este camino. Aún no ha llegado a la meta. Pero su *apuesta por la vida* y su confianza en el poder de Dios marcan un hito importante, abierto al anuncio de la resurrección.

2. Dios «vivificará también vuestros cuerpos mortales» (Rom 8,8-11)

San Pablo reflexiona sobre el futuro personal y colectivo, más allá de la muerte, ya desde la resurrección de Cristo. Y, en su *apuesta por la vida*, apunta a la comunión en el mismo Espíritu de Dios (el «espíritu» de Ezequiel se ha convertido ya en «el Espíritu» de la revelación de la intimidad de Dios), para atribuir igual suerte a Cristo y a los cristianos. El Espíritu une tan estrechamente al cristiano con Cristo que lo hace propiedad suya.

Si «el que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo», el que lo tiene, lo tiene de tal manera que se hace *uno con Él*. Y para Cristo, el Espíritu es la fuente de su resurrección y su vida. Lo mismo para el cristiano que, aun muerto, «vive para la justicia» y será «vivificado por el mismo Espíritu que en él habita».

Toca el Apóstol el *eje fundamental* de la vida creyente. Sin la resurrección y la vida para siempre en el Señor, nada en la vida cristiana alcanzaría su meta ni su sentido. Todo quedaría a mitad de camino, si la esperanza que tenemos nos defrauda.

3. «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,1-45)

La resurrección de Lázaro no es sólo un gesto de entrañable amistad por parte de Jesús, Es, ante todo, *un signo* que abre los ojos para ahondar más sobre la identidad del Maestro: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de que no hayamos estado allí, para que creáis».

Creer en Jesús como *resurrección y vida para siempre*. No se contenta Jesús con que Marta confiese que espera la resurrección de su hermano que acontecerá cuando llegue «el último día». No se trata, en efecto, de una resurrección anónima. La resurrección tiene un nombre, Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida». La fe en él es ya germen de lo nuevo que está naciendo para vivir: «El que cree en mí no morirá para siempre».

La resurrección de Lázaro es un *signo de la vida que no acaba*. Él revivió, para volver a morir. Pero, en esa vida mortal, regalada otra vez al amigo por Jesús, él se manifiesta como Señor de la vida, capaz de hacerla nacer en la entraña misma de la muerte, como un nuevo y definitivo nacimiento. Es la expresión más cabal de que él es el Enviado: «Te doy gracias porque me has escuchado..., para que crean que tú me has enviado».

La esperanza enamorada

Desde el calcáreo osar de la existencia
mi súplica te grita confiada,
porque sabe que el polvo de su nada
tiene amparo, Señor, en tu clemencia.

Como el vigía atisba con paciencia
el lívido rumor de la alborada,
aguarda mi esperanza enamorada
el cenital fulgor de tu presencia...

Resucitar no es cosa de futuro,
es invertir el tiempo en el seguro
de crecer al amor en cada instante...,

vivir la eternidad ya en esta vida,
pues no hay muerte, distancia ni partida,
que separe al amado del amante.

SEMANA SANTA

«Me amó y se entregó por mí»

Domingo de Ramos

1. La ayuda del Señor (Is 50,4-7)

La misión del Siervo es «decir al abatido una palabra de aliento». Desde la experiencia de la palabra de ánimo que él mismo recibe del Señor en sus propios sufrimientos. Él los ofrece y acepta en *expiación por todos*: «Ofrecí la espalda»... «no oculté mi rostro».

En la entraña de esta entrega total está *la más radical confianza*: la escucha sencilla y acogedora, hecha posible, porque Dios mismo interviene en la decisión de la obediencia: «El Señor Dios me ha abierto el oído». Dios mismo lleva la iniciativa de la obediencia. Al iniciado le toca responder: «Yo no me he rebelado ni me he echado atrás».

La obediencia lleva al Siervo por caminos desconcertantes. Humanamente, incomprensibles. Pero, en su interior habita una *inquebrantable confianza*: El Señor me ayuda... no quedaré confundido». Inspiración veterotestamentaria para adentrarse y describir el misterio de Jesús, Siervo sufriente en rescate por muchos.

2. «Dios lo levantó sobre todo» (Flp 2,6-11)

También para Jesús, el sufrimiento está teñido de una *confiada esperanza*. El himno de la Carta a los filipenses tiene los dos movimientos: el de *bajada* hasta lo más hondo de la experiencia humana: «Se rebajó hasta someterse a una muerte de cruz» –no sólo hombre; en su humanidad, «varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos»–. Encarnación llevada hasta las últimas consecuencias: la experiencia de *la extrema debilidad de la carne*.

Pero está también el movimiento de *subida*. No buscado, sino recibido en la confianza: «Por eso, Dios lo levantó sobre todo». Es el misterio insondable de la Pascua. El grano que muere y germina; el anonadado y rebajado a quien es concedido «el Nombre-sobre-todo-nombre»; el Siervo, convertido en Señor, «ante quien toda rodilla se dobla»; el Crucificado que es el Exaltado, del que toda la comunidad confiesa: «Jesucristo es el Señor»; la más explícita confesión de su divinidad (el *Kyrios* griego –Señor–, que traduce en los LXX al *Yavé* hebreo).

El himno vuelve así a su comienzo: «la condición divina», de la que Cristo «no hizo alarde»... Como en el caso del Siervo, una *obediencia voluntaria*.

3. ¿No ha confiado en Dios? (Mt 26,14–27,66)

La burlona pregunta de los sacerdotes, letrados y senadores frente al Crucificado revela el desconcierto que produce el primer movimiento de la Pascua: el de *la bajada* hasta el fondo de la debilidad de la carne. . Y no sólo

es pregunta burlona de enemigos , es también súplica desconcertada de Jesús «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

En el pretendido desarrollo temporal que la liturgia hace de las Pascua, en la Semana Santa, el relato de la pasión se queda en ese primer movimiento del acontecimiento pascual. Quiere la Iglesia que también nosotros nos adentremos en *el desconcierto humano*, en esas contradicciones escandalosas que hacen tambalear los mismos cimientos de la confianza. Tantos «por qué » que no son arrogancia frente a la omnipotencia de Dios, sino cuestionamientos desconcertados de quienes aún no hemos comprendido que «sus caminos no son nuestros caminos»

«Quiso Dios llevarlo a la perfección por la cruz» La liturgia de hoy nos deja sólo en *el camino la cruz*. La perfección, que es acabamiento y plenitud, la reserva para la Vigilia de la resurrección.

Pero, incluso en el mismo relato del camino desconcertante («por la cruz a la luz»), Mateo introduce ya la mejor de las pistas para entrever que en la cruz no está el final: es la confesión del centurión, testigo de la muerte de Jesús «Realmente, este era Hijo de Dios». Ya se apunta a otra dimensión, que recoge nuestro poeta «Palabra fiel, afronta su destino/ de dar al hombre la esperanza cierta»

¡Callen las piedras!

¡Callen las piedras, que los niños cantan
hosannas de alabanzas y victoria!

Llega a Sión el Rey de la Gloria
y las viejas compuertas se levantan...

¡Hablan los mudos y los cojos saltan,
la Promesa florece en la memoria,
los anhelos de ayer se hacen historia,
ceden las leyes, que la Ley quebrantan...!

Huele a incienso y espliego la mañana,
Jerusalén se apresta y engalana.

¡El Hijo de David está a la puerta!

Rey humilde, cabalga en un pollino.

Palabra fiel, afronta su destino

de dar al hombre la esperanza cierta...

Jueves Santo (en la Cena del Señor)

1. «Celebraréis la fiesta del Señor» (Éx 12,1-8.11-14)

A la celebración de la Cena del Señor llegamos, cuando ya hemos celebrado la Eucaristía de *la consagración de los óleos*, signos sacramentales que brotan del manantial de la Pascua: «Cambiad vuestra tristeza en alegría/ vuestro luto, en perfumes y en canciones».

La tarde del Jueves Santo tiene el fondo veterotestamentario de la celebración de la Pascua judía, «la fiesta del Señor». Aquella cena ritual (la lectura nos ofrece los detalles de su celebración) era, sin embargo, un auténtico *memorial*: el recuerdo actualizado del «paso» del pueblo de Dios desde la esclavitud de Egipto al servicio filial a su Dios, en la Tierra Prometida.

La sangre del cordero fue para los israelitas *señal de protección*: «Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros». Es fácil la transposición a la «sangre de la nueva alianza»: La vida de Cristo entregada (la sangre, como expresión de entrega sacrificial) por todos. Así nos lo recuerda nuestro poeta: «Jesús, testigo fiel, en su porfía,/ con su muerte asedia los bastiones.../ todos los pueblos, islas y naciones degustarán la gracia y la amnistía».

Contexto pascual liberador. Objeto de celebración y fiesta para siempre, la comida pascual es el memorial que actualiza el acontecimiento fundante del pueblo de la antigua Alianza. Comida pascual antigua que establece el marco para la que será la nueva y definitiva «cena del cordero».

2. «Pronunciando la Acción de Gracias» (1Cor 11,23-26)

La «acción de gracias» pronunciada por Jesús es *acción de gracias por la liberación*, don de Dios experimentado en el Éxodo y actualizado en cada cena de Pascua...

Sólo que *va a cambiar el cordero*. Ya no será un animal, ni su holocausto sangriento el que salve... Será la misma vida entregada de Jesús hasta una muerte de cruz... De ella surgirá el nuevo pueblo de Dios: «Los que fuimos tinieblas y pecado,/ seremos reino..., pueblo consagrado,/ sacerdotes de Dios –Alfa y Omega–».

Aquella cena pascual de Jesús se convierte en *anticipo* de su muerte. En la cruz, él será el nuevo cordero que salva con su sangre (su vida entregada en sacrificio): «mi cuerpo que se entrega..., mi sangre que se derrama...». Es también *memorial*, recuerdo y actualización permanente hasta que el Señor vuelva: «Haced esto en memoria de mí».

«*Acción de gracias*» (Eucaristía), en el centro y culmen de la vida de la Iglesia, en todos los tiempos y en todos los rincones del mundo... Invitación a una permanente alabanza, a la que nos invita nuestro poeta: «Cantad la compasión eternamente/ del que estuvo, estará y está siempre presente/ en el triunfo del Hijo que se entrega».

3. «Los amó hasta el extremo» (Jn 13,1-15)

Tal misterio de entrega no puede tener otro fundamento que el amor; un amor «en exceso»: «hasta el extremo». Un amor que se hace servicio... La muerte de Jesús en la cruz es su «gran servicio»: redención salvadora para todos («en rescate por muchos»).

Pero el servicio es también cotidiano y sencillo: el *lavatorio de los pies* Juan lo presenta con una introducción solemne..., tanto que hace de él paradigma de la condición servidora del discípulo y de la comunidad. A imitación del maestro, el discípulo y la comunidad «no han venido para que les sirvan, sino para servir y entregar su vida...».

En la Última Cena, quedaron para *siempre unidos Eucaristía y servicio fraterno*. No podrán separarse nunca. Para los dos, el mismo mandamiento: «Haced vosotros lo mismo». Conciencia, para siempre, de que la Eucaristía no termina con su celebración, se prolonga en toda la vida..., «una misa que no acaba», hace que toda la vida sea «vida eucarística», permanente entrega en constante acción de gracias.

Ungidos del Señor

¡Cambiad vuestra tristeza en alegría,
vuestro luto en perfumes y canciones!
¡Elevad al Señor los corazones
afligidos, que llega vuestro día!

Jesús, testigo fiel, en su porfía
con la muerte asedia sus bastiones...
Todos los pueblos, islas y naciones
degustarán la gracia y la amnistía...

Los que fuimos tinieblas y pecado,
seremos *reino...*, *pueblo consagrado...*,
sacerdotes de Dios –Alfa y Omega–.

¡Cantad la compasión eternamente
del que estuvo, estará y está presente
en el triunfo del Hijo, que se entrega...!

Viernes Santo

1. Varón de dolores (Is 52,13-53,12)

De nuevo, los Cánticos del Siervo, para dar fondo bíblico a la narración de la Pasión y muerte de Jesús. El texto de Isaías subraya la *magnitud del sufrimiento* y el «por los demás» y «en lugar de los demás», que es tema central en la teología de la redención.

Las expresiones, los verbos, toda la terminología del sufrimiento del Siervo es sobrecogedora. Algo «inaudito», afirma el profeta...; tanto que hasta *parece increíble*: «¿Quién creyó nuestro anuncio?».

Impresiona la manera en que nace y crece el Siervo ante Dios: «Como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza». Un crecimiento en medio del desierto de «nuestras rebeliones y nuestros crímenes». Una *solidaridad* admirable con la debilidad dolida de todas las víctimas de la historia: «Soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores».

Ahí está el otro gran tema: el «por nosotros»... «en lugar nuestro»: «Nuestro castigo saludable vino sobre él; sus cicatrices nos han curado. . El Señor cargó sobre él

todos nuestros crímenes...». ¡Qué lejos de las tentaciones mesiánicas del domingo primero de cuaresma!

La actitud interior del Siervo es de *obediencia confiada*: una humillación voluntaria. La actitud pretendidamente enmudecida de quien no abre la boca para la queja o la defensa. La disponibilidad a ser tratado y contado entre los malhechores..., «aunque no había cometido crímenes, ni hubo engaño en su boca».

Pero, en él se cumple anticipadamente la fecundidad del grano que se pudre en la tierra: «Verá su descendencia, prolongará sus años..., justificará a muchos». Su sufrimiento ha sido fecundo. Y por eso, Dios mismo proclama: «Le daré parte entre los grandes».

2. El acceso confiado al trono de la gracia (Heb 4,14-16; 5,7-9)

Nos hemos adentrado en la obra del Siervo. Desde ella nos sentimos llamados a *vivir y expresar la confianza* ilimitada en un amor que nos sobrepasa y nos sobrecoge. El Siervo toma nuevo rostro en Jesús, el Hijo, presentado por la Carta a los hebreos como «el Sumo Sacerdote que ha atravesado el cielo». Se ha realizado en él la profecía de Isaías: «el lugar adquirido entre los grandes».

Pero, siendo esa la meta, el autor de Hebreos describe *el camino* de Jesús desde la experiencia real de una *debilidad solidaria*: «Probado en todo, igual que nosotros, menos en el pecado». En el contexto de una teología de la exaltación, impresiona la mirada del autor a la verdadera «lucha» de Jesús frente a su propio sufrimiento. No es Jesús el personaje estoico que no se inmuta. Al contrario, «en los días de su vida mortal presentó oraciones

y súplicas a quien podía salvarlo de la muerte»... Pero, el plan de Dios, incluso para él, era *desconcertante*: «A pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer».

Se trata también de un *sufrimiento salvador*: «Se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna».

3. «Todo está cumplido» (Jn 18,1-19,42)

Con razón puede, en su agonía, hablar Jesús de «*cumplimiento*». Dios mismo lo había llevado a la «consumación» para salvarnos. Lo expresa así nuestro soneto: «Carga el Siervo la cruz de mi locura/ hacia el Calvario de su amor sin tasa/ un amor tan intenso que rebasa/ la razón y trasciende la cordura». Es verdad: «Habiendo amado a los suyos..., los amó hasta el extremo».

En aquel sublime «exceso» llegaba a su término «la consumación y el cumplimiento». Después de *proclamar cumplido* el proyecto de amor que se le había encomendado, relata el evangelista con austera sencillez: «E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu». Consumación y cumplimiento en una cabeza inclinada y en un espíritu entregado.

Comienza ya a entreverse que tampoco en Cristo va a tener la muerte la última palabra..., en él, de quien el Siervo y su descendencia son sólo figura.

La «entrega del espíritu» y el agua y la sangre que brotan del costado «traspasado» comienzan ya a anunciar *un futuro glorioso*. Llega al colmo la amargura: «Y..., por si acaso fue la sangre escasa/ un soldado feroz el trance apura/ y con su lanza el corazón traspasa»... Pero, mira-

rán al que traspasaron con los ojos nuevos de la visión del Resucitado.

Sin aspecto ni figura

Carga el Siervo la cruz de mi locura
hacia el Calvario de su amor sin tasa...,
un amor tan intenso que rebasa
la razón y trasciende la cordura...

Colgado, sentirá la mordedura
de una sed espantosa, que lo abrasa...,
la arremetida de un dolor sin tasa...,
abandono..., ludibrios..., noche oscura...

¡Mirad la más hermosa criatura!
¡Cómo se espanta todo aquel que pasa,
al verlo sin aspecto ni figura!

Y..., por si acaso fue la sangre escasa,
un soldado feroz el trance apura
y con su lanza el corazón traspasa...

Vigilia Pascual

1. Noche de vela (*el recorrido por la historia de la salvación en la extensa liturgia de la Palabra*)

La liturgia de la Palabra de la Vigilia Pascual es extensa y rica un recorrido por la historia de la salvación. Justamente en la noche en que esta historia «culmina». Desde *la creación* «en el principio» hasta *la «nueva creación»* en el cuerpo resucitado del Señor, primicias de un mundo nuevo, «sin llanto ni dolor», un mundo de plenitud de vida sin fin.

La Iglesia nos pone en esta noche en una vela contemplativa. Es preciso acostumbrarse al «estilo de Dios», para verlo cumplido en la resurrección de Jesús.

El «estilo de Dios» lo recordamos y acogemos en la liturgia de la Palabra de esta noche: *el Dios creador*, que quiere expandir libre y gratuitamente su ser, dando vida a todas las criaturas y dejando su «imagen y semejanza» en el hombre y la mujer, encargados de «contemplar» al mismo Creador en su obra.

El *Dios que llama a Abrahán*, para iniciar con él la aventura de una salvación, encarnada en un pueblo concreto, pero destinada a todas las naciones, para las que Abrahán será una bendición.

El *Dios liberador*, que saca a su pueblo de la esclavitud de Egipto, compartiendo para siempre su causa de pueblo pobre y oprimido: «He visto... me he fijado... he bajado a liberarlos».

Is 54,5-14 (cuarta lectura) es una invitación a la meditación. La mirada al Dios creador y salvador *sosiega el alma*: «Con misericordia eterna te quiere el Señor, tu redentor». La relación entre Creador y criatura se estrecha y se hace sponsal la nueva relación liberadora: «El que te hizo, te tomará por esposa». En oposición a la dura experiencia de Egipto, «estarás lejos de la opresión, y no tendrás que temer; y lejos del terror, que no se te acercará».

Y es que entre Dios y el pueblo se ha establecido *una alianza eterna* (Is 55,1-11: quinta lectura): Dios se hace *manantial* inagotable, para saciar por siempre la sed de todos los sedientos, y *alimento* que da vida: «Escuchadme y viviréis». Alianza perpetua, búsqueda del Señor, invocación de su nombre salvador, confesión y perdón, confianza en caminos misteriosos, pero seguros; Palabra que constantemente desciende y empapa la tierra y la fecunda.

Permanente *fidelidad de Dios*, no siempre correspondida por el pueblo. Baruc (3,9-15.32-44: sexta lectura) le recuerda el origen de su *deportación y destierro*: «Abandonaste la fuente de la sabiduría»... Seducido en tierra extranjera, al pueblo le invadió *el olvido*, el hecho de que «él es nuestro Dios y no hay otro frente a él».

Pero Dios sigue dispuesto a *la misericordia y al perdón* (Ez 36,16-28: séptima lectura): va a derramar un *agua pura y purificadora*. Viva y vivificadora. El corazón del hombre y del pueblo podrá ser *un corazón nuevo* y en permanente renovación. El agua que limpia, fecunda y da alegría a la vida tiene en Dios su manantial inagotable.

2. Una resurrección «compartida» (Rom 6,3-11)

Subraya Pablo la *dimensión salvadora* del acontecimiento decisivo de la historia de Jesús: la resurrección. Jesús no se apropia la vida nueva de resucitado, la comparte: por el bautismo, con-sepultados en su muerte, «para que también nosotros andemos en una vida nueva». La afirmación paulina es tajante y esperanzadora: «En una resurrección como la suya».

El proceso es el de la *criatura nueva*; dos condiciones que se contraponen para crear una nueva identidad: la «vieja condición, crucificada con Cristo», una «personalidad de pecadores» que muere con Cristo, dando paso a la vida en libertad.

Se entrecruzan las afirmaciones confesantes de la vida y resurrección de Jesús con las referidas a nuestra propia resurrección y vida para siempre (la cristología y la soteriología): la muerte «ya no tiene dominio sobre Cristo». Pero también nosotros la podemos desafiar: «¿Dónde está, muerte, tu victoria?»... Nosotros «estamos vivos para Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor».

3. «Impresionadas y llenas de alegría» (Mt 28,1-10)

Según Mateo, así quedan las mujeres después de hallar *el sepulcro vacío* y del anuncio divino que lo explica: «No está aquí, porque ha resucitado». Ha resucitado el mismo que había sido crucificado... A su sepulcro se dirigían las mujeres con el ánimo de hacer los necesarios servicios funerarios. Nos lo recuerda el soneto: «Purgan sus ojos

cuantos ojos vieron/ morir al Siervo... Emprende la jornada/ un sol, que va cautivo de su nada/ porque callan los labios que lo hicieron».

Entre aquel silencio apesadumbrado y el asombro y la alegría de las mujeres, la resurrección de Jesús y su anuncio: «Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea».

María Magdalena y la otra María, en camino para compartir el anuncio, son las primeras en «ver al Señor»... Lo ven en *el «camino del anuncio»*. Las palabras del Resucitado terminan con el miedo de la impresión misteriosa: «No tengáis miedo», y les infunde la alegría interior: «¡Alegraos!»...

Sólo desde la alegría podrán hacer el «camino del anuncio»: «Id a comunicar a mis hermanos –hermosa denominación de los discípulos– que vayan a Galilea». Es un camino con meta: «Allí me verán». Un camino de toda la creación en palabras de nuestro poeta: «Mientras la tierra gira sin demora/ y ansía llegar al punto y a la hora/ de dar a luz al Sol que lleva dentro».

Soledad y silencio

Soledad y silencio... Enmudecieron
los recios trenos de la tierra airada.
El Cuerpo yace, muerto, en su posada.
Lloraron las tinieblas y se fueron.

Purgan su asombro cuantos ojos vieron
morir al Siervo... Emprende la jornada
un sol, que va cautivo de la nada,
porque callan los labios que lo hicieron...

Soledad y silencio... Todo espera
esa definitiva primavera,
en que la creación vuelva a su centro.

Mientras, la tierra gira sin demora
y ansía llegar al punto y a la hora
de dar a luz al Sol que lleva dentro.

TIEMPO PASCUAL

*El solemne testimonio
de que Jesús está vivo*

Domingo de Resurrección

1. «Nos lo hizo ver y nos encargó predicar» (He 10,34a.37-43)

El discurso de Pedro contiene el «kerigma apostólico»: anuncio de la *vida, muerte y resurrección de Jesús*. La vida proclamada parte del bautismo: «Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo», y se resume de manera admirablemente sencilla: «Pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo». El alma de la vida y la obra de Jesús: «Dios estaba con él». Por esta presencia de Dios, será la suya «una vida no abandonada a la muerte». La muerte hace alusión al modo concreto de su ejecución: «Lo mataron, colgándolo de un madero». Y la resurrección apunta a la acción de Dios que no abandona: «Pero Dios lo resucitó de entre los muertos».

Pedro insiste en la *experiencia de las apariciones*. El mismo Dios que lo resucitó concede esta «gracia» a los suyos. En efecto, no dice Pedro: «Lo vimos», sino: «Dios nos lo hizo ver». La visión se realiza en el contexto de las *comidas pascuales* con el Resucitado: «A los que comimos con él después de la resurrección». Prepara ya la lectura de Hechos el entrañable relato de la «comida» de Emaús.

«Justificados por su resurrección», dirá san Pablo. El solemne testimonio de Pedro se une al *testimonio unánime de los profetas* en toda la historia de la salvación. «Los que creen en él reciben en su nombre el perdón de los pecados». En el Resucitado, se abre para todos la posibilidad de la vida nueva.

2. «Buscad los bienes de allá arriba» (Col 3,1-4)

Pablo saca la consecuencia de haber resucitado con Cristo. De nuevo, la insistencia en *una resurrección «compartida»*. Una vida nueva no sólo para Él, sino para todos los que crean en Él. En palabras de nuestro soneto: «Buscar bienes, ocultos a los ojos/ más allá de tus lábiles antojos ./. saber que estás muerto y que tu vida/ en Dios –sin fin– con Cristo está escondida».

«Buscad los bienes de allá arriba». ¿Por qué se apunta tan alto? Allá «está Cristo sentado a la derecha del Padre». La unión bautismal con Cristo suscita la «querencia» de estar con él y vivir como él. Vivir una vida que pueda ser también, un día, resucitada. Lo será en la medida en que –como la vida de Cristo– haya sabido adherirse «a los bienes de arriba, no a los de la tierra». No se trata de «ausentarse», se trata de la nueva presencia en el mundo desde Dios. «Vuestra vida está con Cristo escondida en Dios».

Y, con Cristo, en Dios, está la *vida resucitada* para la salvación del mundo. Pablo apunta al futuro: «Cuando aparezca Cristo». La segunda venida en gloria transformante, que será una *gloria compartida*. «Apareceréis, justamente con él en la gloria».

3. La primera testigo: María Magdalena (Jn 20,1-9)

Para el cuarto evangelio, María Magdalena es la primera testigo de la Resurrección..., y la primera encargada del anuncio. Bien se la ha podido llamar «apostola apostolorum» («apóstola» de los apóstoles).

Es verdad que en la escena del texto evangélico de hoy, en María Magdalena sólo existe el desconcierto ante el sepulcro vacío; es un primer «anuncio negativo»: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Pero, más adelante, recibirá el encargo del propio Resucitado: «Vete a mis hermanos y diles...».

El cuarto evangelio presenta, sin embargo, la resurrección «creída» por los apóstoles como el primer eslabón de toda la cadena de testimonios: frente al sepulcro vacío, el desconcierto de María Magdalena y la extrañeza de Pedro... Frente al mismo signo desconcertante, la fina intuición del «otro discípulo a quien el Señor quería»: «Vio y creyó». Para Pedro y para Juan; para la Magdalena y para toda la comunidad, la *nueva comprensión* de las Escrituras antiguas: «Hasta entonces no habían entendido las Escrituras». Desde su profundización –como la que hace el propio Jesús con los discípulos de Emaús– se imponía una «evidencia de fe»: «Que él había de resucitar de entre los muertos».

Los bienes de allá arriba

Pasar haciendo el bien. Seguir la estela,
que nos marcó su humano itinerario:
curar al ciego, al mudo, al perdulario...,
descerrajar el hambre y la cancela.

Despabilar la llama de tu vela,
ceñirte a tu papel en tu escenario,
abrazarte a tu cruz en tu calvario
y amar a tu enemigo, aunque te duela;

buscar bienes, ocultos a los ojos,
más allá de tus lábiles antojos...;
saber que estás muerto y que tu vida

en Dios -sin fin- con Cristo está escondida.
Eso es resucitar..., sentirte amado,
al ver el monumento abandonado.

Segundo domingo de Pascua

1. Una comunidad de vida (He 2,42-47)

En los domingos de Pascua, la primera lectura de los Hechos de los Apóstoles nos lleva, de la mano de Lucas, a *la comunidad de los discípulos*, «tocados» por la resurrección del Señor. En los textos evangélicos del Ciclo C, el mismo Lucas se había centrado en «lo que Jesús hizo y enseñó»... La segunda parte de su obra (los Hechos) la centra en la comunidad de los discípulos, continuadora de la vida de Jesús y de su estilo salvador.

Hoy, aparece la comunidad encarnando el que había sido también *ideal* en la vida de Jesús: *la relación con los pobres*; la creación de una verdadera fraternidad. Una concreción «cristiana» final de la exhortación de Dt 15: «No habrá pobres entre vosotros».

La comunidad de vida lo abarca todo: la enseñanza, la comunión interna (*koinonía*), la fracción del pan, la oración..., y la comunión de bienes (*diakonia*), que pretendidamente Lucas no sólo enuncia, sino que la desarrolla más: no sólo vivían unidos, «lo tenían todo en común»..., y no sólo los bienes espirituales, tan fáciles de compartir; también los bienes materiales: «Vendían posesiones

y bienes y los repartían entre todos según la necesidad de cada uno».

Los detalles pueden estar idealizados, pero dan buena razón de una comunidad unida, alegre, atrayente por testimonial.

2. Un nuevo nacimiento y una esperanza viva (1Pe 1,3-9)

La *novedad* y la *vida* son típicos temas pascuales. La primera Carta de Pedro nos va a adentrar en esa novedad y vida que, en la comunidad, son *signos* de la presencia del Resucitado. Nos lo dice bellamente nuestro poeta: «Cristo se hace presente en la esperanza/ cuando la cota del amor alcanza/ la fe latente de la noche oscura».

La novedad se llama *re-nacer*. Un tema típico de la catequesis bautismal. Se encuentra en el cuarto evangelio. En el diálogo de Jesús con Nicodemo. Lo nuevo en la primera de Pedro es la relación explícita que establece entre resurrección y bautismo: «Por la resurrección de Jesús de entre los muertos nos ha hecho nacer de nuevo».

La resurrección de Jesús es causa también de una «esperanza viva», una herencia de hijos. De ahí, el *ambiente de alegría* que respira esta catequesis bautismal: «alegraos» de la herencia.

La alegría es realista. Cuenta con momentos duros en la vida: «De momento, tenéis que sufrir un poco»..., pero, en la cadena de la vida cristiana: creer en Jesucristo, aun sin verlo; amarlo, aun sin tocarlo..., *la alegría* es el final: «Os alegraréis con un gozo inefable y transfigurado». El motivo no puede ser más pleno: se ha alcanzado «la meta de vuestra fe: vuestra propia salvación».

3. Una comunión de experiencia (Jn 20,19-31)

Los textos evangélicos del tiempo de Pascua nos ponen en *comunión de experiencia* con la vivencia apostólica del Resucitado. El «Dios nos lo hizo ver» del discurso de Pedro se va a ir desglosando en los relatos de apariciones.

El día de la aparición es «el primero de la semana». Fuerza tuvo la experiencia como para poder con «el sábado», haciendo del «día del Señor» (*dies dominica* = domingo) el día consagrado al Señor.

La paz, el envío, la donación del Espíritu, el perdón de los pecados..., las grandes experiencias de la vida cristiana puestas en los mismos labios del Resucitado.

Y la experiencia que se realiza en medio de la comunidad. Los que intentan realizarla fuera de ella, por su cuenta, están simbolizados en Tomás, que «no estaba allí cuando vino Jesús». No vio y dudó: «Tomás que por amor está sufriendo/ afirma no creer... y está creyendo/ en la noche abismal de su amargura».

Le bastó, en efecto, estar de nuevo en la comunidad, para no necesitar de las evidencias que exigía como condiciones de su fe solitaria: «Señor mío y Dios mío» es su confesión ante el Señor Resucitado... Y, en comunión de experiencia, la dicha de la fe en el Resucitado se extiende en el tiempo: «Dichosos los que crean sin haber visto».

Presente en la esperanza

Hay que buscar las pautas y los modos
de poner en común la fe y la vida,
de orar una alabanza compartida,
de lograr que lo tuyo sea de todos...;

de anunciar la palabra sin recodos,
que atenúen su verdad comprometida;
de asumir que el camino a la *Manida*
no se mide por días ni por codos...

Cristo se hace presente en la esperanza,
cuando la cota del amor alcanza
la fe latente de la noche oscura...

Tomás, que por amor está sufriendo,
afirma no creer... ¡y está creyendo
en la noche abismal de su amargura...!

Tercer domingo de Pascua

1. Un resurrección «atestiguada» (He 2,14.22-33)

El texto de Hechos está tomado del discurso de Pedro, el día de Pentecostés. Tiene el sabor de inicio de una nueva etapa en la historia de la salvación. En ella, la obra lucana concede un valor especial al *Espíritu y al testimonio de los Doce*. A la circunstancia del día de Pentecostés, se añade la relación expresa del Resucitado con el Espíritu Santo: «Ha recibido del Padre el Espíritu Santo que estaba prometido, y lo ha derramado».

Como en todo el kerigma apostólico, subraya Pedro la *identidad* entre el Señor resucitado y Jesús de Nazaret. Por eso recuerda su vida, «acreditada por Dios con milagros, signos y prodigios». Aquellos que anticipaban ya la «gran acreditación»: la resurrección de entre los muertos.

La vida y la muerte de Jesús quedan *iluminadas por la resurrección* en gloria. La misma cruz no queda fuera del designio divino de gloria: «Conforme al designio previsto y sancionado por Dios, os lo entregaron... y vosotros lo matasteis en una cruz». El «per crucem ad lucem» (por la cruz a la luz) es la entraña del misterio de la Pascua.

La «acreditación» por parte de Dios y la «atestiguación» por parte de los Doce pertenecen al núcleo mismo del discurso de Pedro: «Dios resucitó a Jesús, y nosotros somos testigos de ello». Iluminación del Espíritu que alcanza también a una mayor penetración en las antiguas Escrituras: cuando David afirmó que «Dios no lo entregaría a la muerte, hablaba previendo la resurrección del Mesías». El Espíritu da la clave de lectura que les faltaba a los discípulos de Emaús (lectura cristológica de las Escrituras del Antiguo Testamento).

2. Una resurrección «creída» (1Pe 1,17-21)

La primera Carta de Pedro se dirige ya a cristianos que no tuvieron el contacto directo con el Resucitado; a aquellos que se encuentran dentro de la bienaventuranza proclamada por Jesús: «Dichosos los que sin ver han creído».

Lo mismo que el corazón de la confesión veterotestamentaria es «el Dios que sacó a Israel de la esclavitud de Egipto», la del Nuevo Testamento se concentra en «el Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos».

En ambos casos, *una confesión salvadora*. No por los propios méritos: «Por Cristo, vosotros creéis en Dios, que lo resucitó y le dio gloria». Este es el mensaje fundamental de esta segunda lectura, hecha en contexto pascual. Lo demás, son consecuencias: *la fe y la esperanza* (no sólo la fe), puestas en Dios, la conciencia de haber sido rescatados de un proceder inútil y vacío a precio de la sangre de Cristo, el nuevo estilo de vida derivado de la confesión de Dios como Padre. Novedad y plenitud que tienen en la resurrección de Jesús su origen y meta.

3. Una resurrección «experimentada» (Lc 24,13-35)

Lo había dicho Pedro en Hechos: las comidas se hicieron lugar de encuentro con el Resucitado. Las que siguieron a aquellas otras comidas de la vida histórica de Jesús: *Comidas de integración* y cercanía, de convivencia y de fraternidad, expresión de un Reino abierto a los excluidos y marginados, a todos aquellos a quienes era negado un lugar en la mesa. Y las comidas que van a continuar en la comunidad de los discípulos, cuando también ellos compartan *el pan de la fraternidad* y realicen el mandato de Jesús, perpetuando su memoria y su presencia.

Como modelo y síntesis del múltiple valor de las comidas de Jesús, *la comida de Emaús*. Precedida por un primer encuentro anónimo en el camino. Jesús no se da a conocer, pero encuentra a sus discípulos en su situación real: el desconcierto después de lo sucedido en Jerusalén. Su esperanza estaba por los suelos: «Nosotros esperábamos que él fuera el libertador de Israel»... Y, para colmo, los que de ellos se habían acercado al sepulcro, soliviantados por las mujeres, «a él no lo vieron». De repente, todo se les ha convertido en oscuridad. El acompañante desconocido da una razón: «Su necedad y torpeza»; solamente deberían haber abierto las Escrituras... Lo que había ocurrido a Jesús, había sido, en efecto, «según las Escrituras».

El atardecer cronológico («quédate con nosotros que atardece») coincide con *un amanecer anímico* («¿no ardía nuestro corazón mientras nos explicaba las Escrituras?»).

Pero no se hace *luz plena sino en la mesa*, cuando Jesús «toma el pan, pronuncia la bendición, lo parte y se lo

da». La rememoración es intensa: aquella Última Cena, anticipo de la muerte y de la nueva comida en el Reino. Fue sólo entonces «cuando se les abren los ojos y lo reconocen» de nuevo vivo y entre ellos. *Alusión eucarística* como lugar privilegiado de encuentro como el que está vivo en medio de la comunidad de discípulos. Ellos confesaron y nosotros confesamos: «Era verdad, ha resucitado el Señor»... y lo seguimos experimentando «en la fracción del pan».

¡Camina con nosotros!

Comemos y bebemos en tu mesa
algunos cada día, otros de tarde en tarde
y aún somos ese fuego que no arde,
aunque tu vino embriaga y tu maná no cesa.

¡Señor Jesús! Cumpliste tu promesa
pero de tu victoria sólo hacemos alarde.
¡Camina con nosotros cualquier tarde
y prende en nuestro pecho tu llamarada espesa!

¡Muéstranos el sendero de la vida
y enséñanos *de noche* tu Ley internamente
desde el ocaso hasta la amanecida!

Y, pues llamamos *nuestro* al Padre providente,
fiador de tu Iglesia renacida,
seguiremos tus pasos *de día*, dignamente...

Cuarto domingo de Pascua

1. La apertura de la comunidad del Resucitado (He 1,14a.36-41)

En la liturgia de hoy, quiere la Iglesia mirar al Resucitado como al *Buen Pastor*, que reúne a cercanos y lejanos en un mismo rebaño.

El constituido por la resurrección «Señor y Mesías» es el mismo crucificado que «ha entregado su vida en rescate por muchos». Viviente en Dios y en medio de la comunidad, Jesús es «el Pastor y guardián de nuestras vidas». Él es la puerta para llegar a Dios y la puerta para entrar a la comunidad.

La conversión y el bautismo, predicados por Pedro, significan la vida nueva en el Espíritu, recibida «en nombre de Jesucristo». Con él y desde él *nos ha quedado abierto el acceso* al Padre. Y ha quedado abierto «para todos los que llame el Señor, Dios nuestro, aunque estén lejos».... Lejos por condición religiosa (los gentiles) y lejos por el pecado... Así nos recuerda el soneto esta lejanía: «El desapego de mi lejanía/ no te impidió, Señor Jesús, llamarme/ tender praderas para recostarme/ surtir la mesa de la Eucaristía».

2. «El Pastor y guardián de vuestras vidas» (1Pe 2,20b-25)

Todo el proceso de vuelta (conversión) lo fija la primera Carta de Pedro en *la mirada al rostro sufriente de Cristo*. De su sangre había dicho que era «el precio de nuestro rescate». Así, el ejemplo del Señor ilumina la vida nada fácil del discípulo. El discípulo comparte dificultades con los hombres y mujeres que lo rodean. No le quita la fe la dureza de la vida. Pero sí da a sus ojos una mirada nueva: Mirada a «Cristo que padeció su pasión por vosotros, dejándoos un ejemplo, para que sigáis sus huellas».

Resuena de nuevo la figura del Siervo: «Cargado con nuestros pecados..., para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus heridas nos han curado».

Y *la curación* se ha convertido en *seguimiento*: Por el crucificado al resucitado. Por la cruz («da la vida por las ovejas») a la gloria («constituido Señor y Mesías»). Jesús se convierte así en «pastor y guardián de nuestras vidas». A él volvemos desde nuestros descarríos. De nuevo en la voz del soneto: «El desamor de mis lejanos días/ te ató de pies y manos en un leño.../ Gracias por tu pasión, Señor Mesías».

3. Jesús, «puerta de las ovejas» (Jn 10,1-10)

Todo el capítulo 10 del cuarto evangelio está dedicado a Jesús, *buen pastor de su rebaño*. Una imagen entrañable, representada ya desde las sencillas pinturas de las catacumbas. El núcleo de esta hermosa imagen es la afirmación nada metafórica con que termina el texto escogido

para la liturgia de hoy: «Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia».

Porque se trata *de venidas y de entradas en la vida* y en la historia personal y colectiva. Muchos son los que quieren entrar en nuestra vida, para poder hacerla o deshacerla a su antojo... Son todos los que «no entran por la puerta», tienen que «asaltar» nuestra existencia, metiéndose abusivamente por encima de las tapias de nuestra intimidad personal... Son «ladrones y bandidos».

Sólo al pastor se le abre la puerta del rebaño. La puerta física y la puerta interior: sólo en su pastor se reconocen las ovejas: «Atienden su voz..., las llama por su nombre». Todos necesitamos al Pastor en quien reconocernos, para que salve nuestro ser y nuestra historia.

Pastor y *puerta* para *entrar* a lo hondo de la vida, y para *salir*, fortificados, al mundo que aguarda el anuncio de su guía. «Solicito Pastor de tu rebaño,/ no permitas que el lobo le haga daño/ dejándote la vida en el empeño».

El buen pastor

El desapego de mi lejanía
no te impidió, Señor Jesús, llamarme,
tender praderas para recostarme,
surtir la mesa de la Eucaristía...;

guiar mi senda, darle a mi sequía...
fuentes tranquilas en las que abrevarme,
lavarme en el Bautismo, perfumarme
con óleos de verdad y de alegría...

Solícito Pastor de tu rebaño,
no permitas que el lobo le haga daño,
dejándote la vida en el empeño.

El desamor de mis lejanos días
te ató de pies y manos en un leño.
¡Gracias por tu perdón, Señor..., Mesías!

Quinto domingo de Pascua

1. Los nuevos compañeros de misión (He 6,1-7)

La expansión geográfica y cultural del mensaje de Jesús requiere *nuevos misioneros*. En la visión de la obra lucana, aceptado como un hecho el retraso de la Parusía, la nueva venida de Jesús en gloria, *el tiempo de la Iglesia* ahonda en la nueva presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los discípulos.

Pero, una comunidad anclada en la historia y llamada a responder a los problemas nuevos que se dan en su seno y en su servicio a la misión; o, más precisamente: se dan en su seno a causa de su servicio a la misión.

La lectura de hoy refleja el inicio de una de aquellas grandes cuestiones de los primeros pasos del cristianismo: La *relación mutua* entre cristianos procedentes del ámbito geográfico-cultural palestino, en torno a Jerusalén; y los procedentes del ámbito geográfico-cultural helenista, en torno a Antioquia: «Las tensiones que la Iglesia libera en andadura/ son signos de la humana catadura/ que no empece la fuerza de los dones».

Lucas da una importancia especial al ministerio de

los Doce, en el tiempo de la continuidad: «Los apóstoles convocaron al grupo de los discípulos». Pero de aquella reunión, convocada por los apóstoles, emerge un nuevo ministerio, más lanzado a la misión: *los siete elegidos*, que lo son, no sólo para el «servicio de las mesas», sino como auténticos *nuevos misioneros* para ambientes culturalmente nuevos.

2. Todos somos piedras de un único edificio (1Pe 2,4-9)

Parece que el «elitismo vocacional» aparece pronto en las comunidades primitivas: ¿sólo algunos..., o todos? Si, como parece, la primera Carta de Pedro es una *catequesis bautismal*, la respuesta es: *todos los bautizados*: «Como piedras vivas entráis en la construcción del templo del Espíritu». Piedras vivas para la construcción de una comunidad que toda ella es «un sacerdocio sagrado», con una finalidad: «Ofrecer sacrificios espirituales» y con una seguridad: que «Dios los acepta por Jesucristo».

En un tono más directo, un apunte sobre *la identidad de todos*: «Vosotros sois una raza elegida, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios»... Y *la misión común*: «Para proclamar las hazañas del que os llamó a salir de las tinieblas y a entrar en su luz maravillosa».

Toda la comunidad, ministros y pueblo, con un solo apoyo: *la piedra angular* que es Cristo. La aceptación o el rechazo tienen siempre a Cristo como término. Entrar en su construcción es una gracia; el rechazarlo, un tropiezo.

3. En Jesús, camino, verdad y vida (Jn 14,1-12)

La comunidad de los discípulos se expande Requiere nuevas respuestas (primera lectura) y estar siempre re-pensando su propia identidad (segunda lectura) , pero en medio de su movimiento expansivo, no olvida jamás la *referencia que la construye* Cristo-Jesús, resucitado piedra angular del edificio del Espíritu (segunda lectura), y, para cada creyente «camino, verdad y vida» «Piedra angular, Palabra poderosa/ Verdad, camino, Vida desbordada /, Jesús, luz cenital, maravillosa»

La *meta del camino* el Padre En Él está Jesús y hacia Él quiere conducir a los suyos Revelador del Padre, Jesús no sólo lo manifiesta, posibilita el acceso a Él «Con-vi-vir» con Jesús es tener «la propia estancia» en el misterio mismo de Dios Jesús «está en el Padre y el Padre está en él» Él es «mediador de una fe tan laboriosa/ que construye en el cielo mi morada»

Camino, verdad y vida

Dios anda entre pucheros... Las tensiones que la Iglesia libera en su andadura, son signos de la humana catadura, que no empece la fuerza de los Dones.

Tomás... Felipe... purgan sus pasiones: la lógica -virtud de la cordura-...; la experiencia sensible..., itan segura que descarta la fe y las mediaciones...!

Piedra angular, Palabra poderosa,
Verdad, Camino, Vida desbordada...
Jesús, luz cenital, maravillosa,

que triunfa del pecado y de la nada...,
Mediador de una fe tan laboriosa
que construye en el cielo mi morada.

Sexto domingo de Pascua

1. **Se rompen las fronteras** **(He 8,5-8.14-17)**

Eran vecinos, pero no se trataban: samaritanos y judíos estaban enfrentados. Pero uno de los Siete (Felipe) comienza la misión con los samaritanos. La fe en Cristo *comienza su expansión*: «El gentío escuchaba con aprobación lo que decía Felipe». Y es que la palabra y los signos se entrecruzan en su «evangelización», como había ocurrido con los Doce, repitiéndose en toda la Iglesia naciente el estilo mismo de Jesús.

Resultado de aquella acogida: *la alegría* (tema especialmente lucano): «Samaría había recibido la palabra de Dios». Y la había recibido con toda legitimidad. La expansión de la fe, más allá del grupo inicial, no era un abuso. Detrás de ella estaban los mismos apóstoles (de nuevo el tema lucano de los Doce), que envían a Pedro y a Juan, en una visita de verificación evangelizadora...

La imposición de las manos de los apóstoles sobre los samaritanos que habían creído les otorga *la plenitud*: plenitud de fe y plenitud de Espíritu: «Aún no había bajado sobre ninguno, estaban sólo bautizados en el nombre del Señor Jesús».

2. El Espíritu y la vida (1Pe 3,15-18)

La glorificación que la primera Carta de Pedro pide a los creyentes se dirige directamente a Jesucristo. Es una consecuencia del misterio de la Pascua: «Como era hombre, lo mataron: pero como poseía el Espíritu fue devuelto a la vida». Se trata de la raíz misma de la esperanza del cristiano, aquella de la que «tiene que estar siempre pronto a dar razón».

El «dar razón de la esperanza» no será siempre fácil. Acontece muchas veces entre sufrimientos. Para dar una explicación de estas «trabas» procedentes de los que «denigran vuestra conducta en Cristo», recurre el autor a la Pascua del Señor.

Para el cristiano pide las mismas actitudes del Cristo sufriente: «mansedumbre, respeto y buena conciencia», cuando llega la prueba: «Mejor es padecer haciendo el bien... que padecer haciendo el mal».

La *última palabra* la tendrá la vida: el sufrimiento del cristiano, como el de Cristo, es también «para conducirnos a Dios», y «ser devueltos a la vida» como lo fue el Resucitado, por medio del Espíritu. Así canta esa seguridad nuestro poeta: «Tolera la calumnia..., el sufrimiento . / si tu carne se inmola en el tormento/ surgirá, de la muerte, vencedora».

3. El desamparo y la vuelta (Jn 14,15-21)

Los apóstoles tuvieron la tentación de sentirse desamparados. La nueva presencia de Jesús se realizaba de un

modo diferente a la que habían experimentado cuando lo acompañaban por los caminos de Galilea. Se les pide ahora *otro seguimiento*: desde la fe y desde la observancia del mandamiento. Tendrán que llegar a saborear «que el Mandamiento no es cadena/ sino amor, que redime la condena/ y fuerza que el Espíritu robor».

La nueva presencia del Señor está, en efecto, ligada al «Espíritu de la verdad», el «otro Defensor». Cuando Jesús caminaba con ellos, él mismo los defendía, como Pastor, como Guardián... con el mismo cuidado de la gallina que cubre con sus alas a los polluelos.

Ahora, *el Defensor* será el Espíritu. Con él tienen los discípulos cierta connaturalidad, expresada en el conocimiento cercano: «Lo conocéis, porque vive con vosotros y está con vosotros»... Él les da *la seguridad* de poder seguir viendo a Jesús, de una forma completamente nueva. Y no sólo de verlo; también de poder vivir con él y como él. Jesús es el Viviente que los sumerge en la misma vida del Padre, como en una progresión en cascada: «Yo estoy en el Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros».

Una atmósfera nueva de Espíritu y de Amor. Su expresión es la *fidelidad en el seguimiento*: «Aceptar sus mandamientos y guardarlos». Eso es amor a Cristo. Desde ese amor, se recibe como hijos el amor mismo del Padre. Hay reciprocidad con el mismo amor de Cristo y verdadero conocimiento del Señor: «Yo también lo amaré y me revelaré a él».

La fuerza del Espíritu

Se hace visible el «don» en Samaría...,
-*ila fe que no es, Felipe, una quimera,*
ha derribado la ancestral frontera!-
y la ciudad se llena de alegría.

Convierte tu esperanza en luz de día
y cuantos te contemplen desde fuera
verán en el respeto y la manera
la verdad que les da tu profecía.

Sabrán que el Mandamiento no es cadena,
sino amor que redime la condena
y fuerza que el Espíritu robor.

Tolera la calumnia..., el sufrimiento...
si tu carne se inmola en el tormento,
surgirá de la muerte vencedora.

Ascensión del Señor

1. Misión y testimonio (He 1,1-11)

Aun celebrada en el domingo, la Ascensión no pierde su referencia a los cuarenta días después de la Pascua. Referencia intencionada de quien quiere subrayar el «éxodo pascual» de Jesús, librado definitivamente de «las ataduras de la muerte» por la resurrección de entre los muertos.

De esa resurrección liberadora, la ascensión subraya el carácter definitivo y único: La exaltación para siempre de Jesús a la derecha del Padre, y su presencia salvadora y viva en medio de los suyos «hasta el fin del mundo». Por estar vivo y haber sido exaltado, Jesús puede enviar su Espíritu como «bautismo de agua y fuego», de *purificación y ardor misionero*.

Porque la ascensión se convierte en *acontecimiento de misión*. Otra «presencia física» del Señor. Ya no será su humanidad glorificada la que vemos, por mucho que hacia ella nos lleve la nostalgia: «¿Qué hacéis ahí plantados, mirando al cielo?». Lo vemos ahora a través de *la misión de los testigos*: con la fuerza del Espíritu, y en la carne de

su cuerpo y de su historia, harán presente a Jesús «hasta los confines del mundo». Lo harán siempre con la certeza de la «vuelta del Señor» en gloria, como «omega» y recapitulación de la creación entera.

2. La Iglesia es su cuerpo (Ef 1,17-23)

Nos decía la primera lectura: «Lo vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista». Sentido hondo de ausencia. Jesús ya no es visible como lo era en su historia, porque ha recibido del Padre su humanidad gloriosa e inaccesible a los ojos de la carne.

Conscientemente, Pablo pide para los Efesios «espíritu de sabiduría y de revelación para conocerlo». Sin ello, ni el misterio de Cristo ni el misterio de la experiencia cristiana («la riqueza de la gloria desplegada en la resurrección de Jesucristo») podrían ser acogidos y vividos.

Ni mucho menos podría acogerse y vivirse *la nueva presencia* visible del Resucitado: *la Iglesia*, de la que él es Cabeza viva. El «cuerpo eclesial» de Cristo como sacramento primero de una eficacia salvadora que no acaba. Grandeza y responsabilidad sin límites: *ser cuerpo visible* del Resucitado. Un misterio de «ausencia/presencia» que estimula la identidad y misión de la Iglesia.

3. La misión hasta el fin del mundo (Mt 18,16-20)

Fiesta misionera, la ascensión abre las puertas de la Iglesia hasta los confines del mundo, animada y sostenida

por una seguridad inquebrantable: «Yo estoy con vosotros». La palabra de confianza ante el miedo y la dureza de la misión, se la apropia el mismo Cristo, poniéndose en el lugar mismo del que envía...

¡Cuántas veces la había pronunciado Dios en la vocación y en la misión en el Antiguo Testamento!: «No temas, yo estoy contigo». Y es que a Cristo «se le ha dado el poder en el cielo y en la tierra». Por eso, puede *llamar y enviar...* y, por eso, no es baldía la confianza en su presencia acompañante.

La misión es para *el bautismo*, el que hace discípulos de todos los pueblos. Una «consagración al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo» que no se queda en un rito. Creando el discipulado, el bautismo inicia el seguimiento como un *nuevo estilo de vida*, abierto a una realización eterna: «La realidad de lo que fue desvelo/ se encarna en Enmanuel. Su poderosa/ presencia da sentido a cada cosa/ y asocia al hombre a su crecido vuelo».

Vivir en la misión

Subir..., ser como Dios..., tocar el cielo...
no es hoy una utopía pretenciosa.
La unidad hace al pétalo ser rosa,
aupado en el aroma de su anhelo...

La realidad de lo que fue desvelo
se encarna en Enmanuel. Su poderosa
presencia da sentido a cada cosa
y asocia al hombre a su crecido vuelo...

Unido al Enmanuel resucitado
puede mi afán llegar al otro lado,
subiendo en la medida en que se humilla...

Convivir la injusticia y la pobreza,
la soledad, el duelo y la flaqueza
es la «ascensión» más cierta y más sencilla.

Pentecostés

1. Las maravillas de Dios en la propia lengua (He 2,1-11)

Con la solemnidad de Pentecostés culminan los acontecimientos de la Pascua, termina «el día en que actuó el Señor» a favor de Jesús y de la comunidad de los discípulos. A ellos se lo dio Dios como Pastor y Cabeza del nuevo Pueblo, construido con la fuerza del Espíritu.

El ruido del fuerte viento..., las llamaradas de fuego sobre las cabezas..., todas son *imágenes* para describir lo inefable, la honda realidad interior: «Se llenaron todos de Espíritu Santo». Todos los que estaban reunidos en aquel mismo lugar, con «María, la Madre de Jesús»..., y todos los que acudieron tienen la misma experiencia: «Escuchar las maravillas de Dios en la propia lengua».

El contraste con Babel es pretendido: en Babel, confusión de lenguas; en Pentecostés, comunión de idioma, «con-vocación», una llamada común a gentes dispersas y distantes geográfica y culturalmente. Y ocurre una nueva maravilla de Dios: su Espíritu comienza a formar en torno a Cristo un nuevo Pueblo de toda raza, lengua y nación.

Es preciso escuchar las maravillas de Dios en «la

propia lengua», en la propia situación, en el propio ambiente, en el lenguaje en que cada cual entiende y se expresa. El Espíritu «diversifica» para unir, se expande para convocar.

2. Diversidad de dones, pero un mismo Espíritu (1Cor 12,3b-7.12-13)

También en la Iglesia, el Espíritu es fuente de diversidad y de unidad. La diversidad de carismas, de dones y servicios es una riqueza que el Espíritu regala a la Iglesia... Como ricos son los diferentes miembros que componen la única realidad del cuerpo. Somos *muchos y diferentes*. No está en la diversidad el pecado; el pecado es «la algarabía» desordenada que produce la diversidad sin la conciencia de la unidad que la origina: «Un solo Espíritu; un solo Señor; un solo Dios».

Como al cuerpo le son necesarios todos los miembros, así todos los dones, ministerios y carismas son *necesarios* a la Iglesia. Su unidad no significa uniformidad. No se trata, en efecto, en el ser una sola cosa, de tener una misma «forma externa»... No somos «uniformados». Se trata de la unidad de corazones en la misma confesión: *un solo cuerpo*.

Y también, como en el cuerpo, son *diversas las funciones*, pero son *complementarias*. No todos hacemos lo mismo, pero todo lo hacemos en función de lo mismo; de que el cuerpo esté completo, de que en él desarrolle la plenitud de la vida en el Espíritu.

3. Resurrección y Pentecostés (Jn 20,19-23)

El cuarto evangelio no separa Resurrección y Pentecostés. El Espíritu que da la vida y la gloria al Resucitado pasa de él a los discípulos, en continuidad de vida y de experiencia.

La experiencia del Resucitado es la experiencia de su Espíritu entregado y recibido. El envío que hace posible el Espíritu recibido acontece «el primer día de la semana», cuando Jesús resucitado se aparece a los discípulos, deseándoles la paz y mostrándoles sus manos y costado con las heridas de gloria: «Como el Padre me ha enviado..., así os envío yo... Recibid el Espíritu Santo».

El Espíritu para *el envío*, con la fuerza del *perdón* que regenera y hace nuevas las cosas y cambia los corazones: «A quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados».

Con Pentecostés se pone en marcha la Iglesia, para hacer posible en cada hombre y mujer de toda la historia la experiencia de la Pascua; la experiencia nueva de la Pascua del Señor: «En el Pentecostés de la concordia/ encontró, al fin, el hombre el buen camino,/ que en la esperanza y la misericordia/ lo lleva –dios con Dios– a su destino».

De Babel a Pentecostés

Sinaar es una historia de egoísmo...,
de no querer poblar la tierra entera,
de hacerse el hombre Dios a su manera,
rizando, necio, el rizo del autismo...

(Escalar el empíreo de sí mismo,
vivir en suficiencia pordiosera,
confundir la razón con la quimera,
el laurel de la gloria y el abismo...).

Sinaar fue la Babel de la discordia.
Así pudo cumplirse el plan divino.
En el Pentecostés de la concordia

encontró, al fin, el hombre el buen camino,
que en la esperanza y la misericordia
lo lleva –dios con Dios– a su destino...

La Santísima Trinidad

1. Dios, compasivo y misericordioso (Éx 34,4b-6.8-9)

Impresiona la familiaridad con que Dios trata a Moisés: «El Señor bajó... y se quedó con él»... La iniciativa de darse a conocer parte de Dios. Pero esa iniciativa gratuita, descrita como «un paso», introduce al Señor en un misterio. Los atributos que el mismo Dios se arroga son entrañablemente cercanos: «Compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en piedad y lealtad». Es un atisbo de la *intimidad de Dios*, que se irá desplegando en una revelación progresiva.

Un Dios que, desde la hondura de su misterio, es así de cercano, se convierte en un Dios *querido y apetecido*. Con un Dios así, uno está dispuesto a caminar: «Que mi Señor vaya con nosotros», le pide Moisés, ansiando cercanía misteriosa.

Esta *cercanía de Dios* queda truncada por el pecado del hombre. Por la dureza interior tan bien descrita por Moisés, hablando de su pueblo: «Es un pueblo de dura cerviz». Pero, habiendo conocido ya las entrañas de misericordia, Moisés puede invocar el perdón, como condi-

ción primera de la mayor de las gracias: que un Dios así, «nos tome como heredad suya».

2. El Dios del amor está con nosotros (2Cor 13,11-13)

Sumergido en la intimidad de Dios, también Pablo lo descubre como *amor*. Pablo invoca al Dios del amor, ansiando su compañía en el camino de la propia santificación: «trabajad por vuestra perfección»... Un «parecerse a Dios» que se realiza en el corazón reconciliado: «Tened un mismo sentir y vivid en paz».

Bien le podríamos decir con nuestro poeta: «Quiero que me acompañes en todos mis caminos/ gustar en la oración de tu amistad sabrosa/ y encadenar mi suerte a los claros destinos/ que a Israel otorgó tu salvación graciosa».

Pablo da un paso más, y con la sencillez de un saludo personal, formula el despliegue del *misterio trinitario*: «La gracia de nuestro Señor Jesucristo; el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con vosotros». Casi nos sale «y con tu espíritu»... Es, en efecto, el saludo litúrgico al iniciar la Eucaristía. Es hermoso comenzarla, reconociendo que «Dios es uno solo, pero no solitario».

3. El Dios que ama al mundo (Jn 3,16-18)

Adentrarse en el misterio de Dios es sumergirse en el amor. El amor en la intimidad misma de la Trinidad y el

amor que se expande en la creación y llega a su extremo en la salvación

El amor dentro de la Trinidad es tan misteriosamente intenso que, dándose eternamente entre el Padre y el Hijo, genera una relación «personal» entre ambos el Espíritu Santo, «que procede del Padre y del Hijo» (confesamos en el Credo)

Y el amor de la Trinidad hacia fuera es un amor tan grande al mundo «que Dios le entregó a su propio Hijo para que lo salvara»

Sólo desde la experiencia del amor nos adentramos en el misterio de Dios. Con nuestro poeta, le pedimos «Concédeme, Señor, vivir el misterio/ de tu misericordia , de tu amor compasivo ,/ tu lealtad sublime , tu talante afectivo »

Y sólo desde el amor podemos entender la encarnación y la redención: el Hijo de Dios, enviado en la carne, para que el mundo se salve por Él. Hacia Él se dirige la confesión de fe que nos salva «Crear en el nombre del Hijo único de Dios» «Mientras el gozo aguarda mi pobre entendimiento/ de verte cara a cara en su justo momento»

Vivir en tu misterio

Concédeme, Señor, vivir en el misterio
de tu misericordia..., de tu amor compasivo...,
tu lealtad sublime..., tu talante afecto
al aire de las normas que marcó tu criterio.

Llévame hasta tu nube desde mi cautiverio;
inunda con tu amor mi corazón esquivo;
con la gracia del Hijo, el desierto en que vivo,
y el Fuego mi desvío sane con su cauterio.

Quiero que me acompañes por todos
mis caminos,
gustar en la oración de tu amistad sabrosa
y encadenar mi suerte a los claros destinos,
que a Israel otorgó tu salvación graciosa,
mientras el gozo aguarda mi pobre
entendimiento
de verte cara a cara en su justo momento.

El Cuerpo y la Sangre de Cristo

1. El pan para el camino (Dt 8,2-3.14b-16a)

El Deuteronomio pone en boca de Moisés reflexiones sobre el desierto y su duro recorrido hacia la tierra de la libertad: un camino largo, arduo y, en ocasiones, doloroso. Un *camino de purificación*: «El camino que el Señor tu Dios te ha hecho recorrer, para ponerte a prueba y conocer tus intenciones». El camino de la vida, el camino que, tantas veces, se hace cuesta arriba... El camino recorrido con el resto de los hombres, teniendo en el Señor su meta, «si guardas sus preceptos».

El texto del Deuteronomio subraya el carácter de aflicción y de prueba que el desierto significa. El tono de *discernimiento*: «Si guarda sus preceptos o no» hace del desierto la gran imagen de la vida del hombre, probado tantas veces en el crisol del sufrimiento, externo e interno.

En ese contexto, resalta con más fuerza *el maná como alimento* para un camino duro. Un maná/alimento inesperado, que se funde con el don de la Palabra. Porque es un alimento que recuerda y que remite a otro tipo de comida: «Que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

Alimento del *maná*, *gratuito y memorial*. Recuerdo permanente de la acción liberadora del Señor. Al comerlo, «no te olvides del Señor tu Dios, que te sacó de la esclavitud de Egipto».

2. El nuevo pan para construir la unidad (1Cor 10,16-17)

El antiguo maná era imagen del *pan nuevo*, ofrecido y recibido desde la dimensión personal: Jesucristo mismo, entregado y recibido por todos en el pan y el vino de la Eucaristía.

De ese nuevo alimento compartido, subraya Pablo su *fuerza de comunión*: *Comunión con Cristo*: el cáliz nos une a todos en la sangre de Cristo; el pan nos une a todos con el cuerpo del Señor. Y *comunión de unos con otros* en el Señor: «Formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan».

Ya no vale expresar distancias con quien hemos comulgado, con aquel duro refrán español: «Tú y yo, ¿cuándo hemos comido en el mismo plato?». La Eucaristía compartida quita sentido a esa pregunta. En cada celebración y en las celebraciones de todo el mundo, muchos, muchísimos, «comemos el mismo pan»... Permanece *una pregunta inquietante*: ¿Formamos un mismo cuerpo, el cuerpo eclesial del Señor?... Y, machaconamente, la Eucaristía nos recuerda que en ella alimentamos la unidad de la Iglesia y de que, por ella, la Iglesia/comunión no deja de crecer y fortalecerse.

3. El pan para la vida eterna (Jn 6,51-58)

El cuarto evangelio ensancha los horizontes del camino y le da un nuevo sentido a la meta: ya no es sólo el paso por el desierto caminando hacia la tierra, para asegurar un «pedazo de subsistencia».

La vida es un camino más largo, porque su meta supera un puro destino terreno. Se trata ahora, en Cristo, de *vivir con Dios para siempre*. Vida eterna ofrecida como don para todo el mundo: «Mi carne para la vida del mundo».

Un camino que precisa de extraordinario alimento: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo»...: «Si duro es el lenguaje, sabroso es el consuelo/ de saber por la fe lo que no ven nuestros ojos». Jesús, ofrecido y recibido como pan y como vino. «La carne y la sangre», la vida entera del Hijo, entregada en sacrificio y ofrecida ahora a todo aquel que la comulga. Comer y beber a Cristo como *alimento de vida eterna*: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida».

Pablo subrayaba (segunda lectura) la *comunión eclesial*, derivada de Jesús-Eucaristía; el cuarto evangelio insiste en la *unión personal*: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él». Unión llamada a transformar la vida entera en vida nueva de Cristo: «El que come mi carne vivirá por mí».

El maná, en el desierto, queda sólo como imagen de este nuevo alimento: «Vuestros padres lo comieron y murieron; el que come de este pan (quien come la Eucaristía) vivirá para siempre».

La fuerza del pan vivo

El Pan de la Palabra..., la elocuencia del Trigo
y del Vino que alegra el corazón humano...
¡Qué claridad restalla la sombra del arcano
en la mesa que nutre el corazón amigo!

Aquí allega valor la sangre del testigo,
la virgen acicala su corazón lozano,
aguza el confesor su lenguaje galano
y la piedad encuentra acomodo y abrigo...

«Jesús es el pan que ha bajado del cielo...».
Si duro es el lenguaje, sabroso es el consuelo
de saber por la fe lo que no ven los ojos...

Corre certero el Verbo al corazón abierto,
transformando en oasis su inhóspito desierto
y en flores de virtud sus punzantes abrojos...

TIEMPO ORDINARIO

El humilde caminar junto al Señor

Segundo domingo

1. **Presentación del Siervo y de su misión** **(Is 49,3.5-6)**

Las enseñanzas de Isaías sobre el misterioso Siervo de Dios y su misión sirvieron de inspiración, en la Iglesia apostólica, para describir a Jesús y su tarea de enviado.

Se describe la complacencia de Dios en su Siervo: «Tú eres mi Siervo de quien estoy orgulloso». Y a ella sigue un breve apunte sobre *su llamada*: «Desde el vientre me formó Siervo suyo». Subraya la pre-cedencia de Dios y una iniciativa, siempre gratuita, que parte del Señor. La vocación no se gana, en efecto, a fuerza de puños, sino escuchando con humilde docilidad la llamada.

Siguen unas indicaciones sobre *su misión*. Misión particular: la reunificación de Israel; misión universal: «Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra».

El Antiguo Testamento es ya testigo del querer de Dios de *salvar a todos*. Quedó, sin embargo, recortado por una visión particularista de un pueblo a quien gustaban más los privilegios que la gracia. La gracia era la de saberse luz para alumbrar a todas las naciones.

2. La hondura de un saludo (1Cor 1,1-3)

Nuestros saludos se nos han hecho formalistas y rutinarios, los saludos escritos y aquellos con los que celebramos personales encuentros.

Pero, no hay rutina en el *saludo de Pablo* a la Iglesia de Corinto. Es, más bien, un «concentrado» de la eclesiológia que va a desarrollar en su carta. Frente a quienes cuestionaban su apostolado, se auto presenta como «apóstol por voluntad de Dios»; y a Sóstenes, incorporado a la escritura de la carta, lo presenta sencillamente como hermano, desde la intensa experiencia de fraternidad de los discípulos del Señor.

Escriben «a la Iglesia de Dios en Corinto», comunidad de discípulos concreta, establecida en un preciso lugar que es, sin embargo, Iglesia de Dios, en la que se realiza el *plan salvador de Dios* en Cristo Jesús. Sus miembros son «consagrados» por Jesucristo. Su procedencia poco importa, porque todos han sido llamados. Jesucristo, en efecto es «Señor nuestro y de ellos».

Es un saludo que nos sabe a liturgia. Los dones del Padre y del Hijo asociados en una misma acción salvadora: la *gracia y la paz* son del Padre y de su Hijo, Jesús. Deseadas a los de Corinto, son prenda del amor, la confianza y la plenitud.

3. Presentación de Jesús y de su misión (Jn 1,29-34)

El cuarto evangelio pone la presentación de Jesús en labios de Juan el Bautista. Y lo presenta, «cumpliendo» en

su identidad y misión la misteriosa figura del Siervo. Juan presenta a Jesús como «Cordero que quita el pecado del mundo». Las resonancias del Siervo de Isaías saltan a la vista la designación de «cordero» y aquel sufrir y dolerse, asociando a los suyos en el sufrimiento y por todos ofreciendo su vida.

En la presentación de Juan hay, además, una indicación de pre-existencia: «Existía antes que yo», y de relación de tareas: «He salido a bautizar, para que él (no yo) sea manifestado a Israel». Con relación a Jesús, Juan es *indicación y referencia*.

La presentación adquiere solemnidad con la categoría del *testimonio*. Para darlo, incluye Juan la presencia especial del Espíritu, señalando la *identidad* («ese es») y la *misión* encaminada a un nuevo bautismo: «No sólo con agua, sino con Espíritu Santo». Espíritu repartido, para formar la comunidad de los discípulos. El Bautista, que ha visto cómo se realiza en Jesús la figura del Siervo, ahonda ahora su testimonio: «Doy testimonio de que este es el Hijo de Dios».

Luz de las naciones

Ya está el «Siervo» dispuesto a la batalla:
vibra en la voz tonante del profeta,
alienta en la arpillera del asceta
y chasca con los avisos de la tralla...

Empuña, firme, el asta de la dalla,
sus ojos queman, su palabra inquieta...,
reprueba el disimulo y la careta,
aparta la basura y la morralla...

Pero, en el fondo, sólo es un «Cordero».
Rociará con su sangre el mundo entero,
para arruinar la muerte y el pecado.

Será «luz» para todas las naciones,
retornará al Señor los corazones
y la gloria de un pueblo renovado.

Tercer domingo

1. La «sospechosa» Galilea de los gentiles (Is 8, 23b-9,3)

En todas partes la opinión popular «reparte suertes». Y la mala suerte había caído sobre Galilea, en comparación con el resto de las regiones de Palestina. Comparada con las ortodoxas tribus del sur, aparecía Galilea como heterodoxa y hereje: «*la Galilea de los gentiles*». De Galilea no se podía esperar nada bueno.

Pero, los caminos de Dios desconciertan y, muchas veces, no se atienen a la lógica de las expectativas humanas. La Galilea de los gentiles será ahora ensalzada ¡Escándalo para los bienpensantes de la época! Pero, será *lugar de salvación* para un Dios que desconcierta: las tinieblas se convierten en luz; las tierras sombrías, en tierras fulgurantes.

Desde esa nueva mirada de Dios, termina la opresión: el opresor y su yugo, junto con su orgulloso bastón de mando serán quebrados por la acción liberadora de Dios.

Desborda la alegría y el gozo. De *lo inesperado y sospechoso brota una situación nueva*, de alegría cumplida: «Se gozan

en tu presencia como se gozan al segar» (metáfora agrícola); «como se gozan al repartir el botín» después de la batalla (metáfora bélica). Ambas, expresiones de un gozo inesperado y completo, en la Galilea de los gentiles.

2. El «acuerdo comunitario» (1Cor 1,10-13.17)

La división en las comunidades viene de lejos. A Pablo le duele la que se da en la Iglesia de Corinto, que él mismo ha fundado. Casi inconscientemente, aquellos cristianos se han ido agrupando en torno a *algunos líderes*, incluido el mismo Pablo... Y, desde los líderes, ellos mismos se han puesto la «etiqueta»: «cristianos de Pablo», «cristianos de Apolo», «cristianos de Pedro»... ¡Cómo se repite la historia! Cada uno «intentando llevarse el agua a su molino», robando un pedazo de algo (mejor, de Alguien) que es indivisible: «¿Está dividido Cristo?».

El cristiano es un bautizado, *un «consagrado»* no a su líder, sino a Cristo. Y es Cristo el único salvador de todos... Para no ofender a los otros líderes, Pablo pregunta a los corintios en primera persona: «¿Ha muerto Pablo en la cruz por vosotros? ¿Habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?». Pablo y todos los líderes son sólo mensajeros del Evangelio cuyo único centro es Cristo.

El Apóstol quiere ver reflejada en la comunidad esta eclesiología: hay que *ponerse de acuerdo y no andar divididos*. Y no se trata de una simple estrategia externa. La unidad ahonda en el interior: «Estad bien unidos con un mismo pensar y sentir».

3. «La cosa empezó en Galilea» (Mt 4,12-23)

Subrayar el inicio del ministerio público de Jesús en Galilea no significa una simple información geográfica. Está cargado de sentido. Mateo ve cumplida la profecía de la primera lectura. Jesús «se retiró a Galilea» después del arresto de Juan, para que «en la Galilea de los gentiles» de donde nadie esperaba nada bueno, se iluminara la «luz grande» que brilla para todas las naciones... Es el choque entre los *caminos de Dios* y los *caminos del hombre*. El hombre, organizando el camino de la Salvación en Jerusalén..., y Dios, «despistando» una vez más, haciéndola venir de la sospechosa Galilea.. A algunos, Dios les pone la fe difícil; a la mayoría, les abre la esperanza de tenerla.

En Galilea comienza Jesús la predicación, que Mateo centra en *la conversión*; un cambio de dirección de la propia vida, porque «ya se acerca el Reino de los cielos» que invita a la adhesión de la fe.

La invitación la concreta el texto evangélico de hoy en *la llamada*: «Venid y seguidme»; en *la misión*: «Os haré pescadores de hombres»; y en *la respuesta*: «Inmediatamente dejaron la barca y a su padre, y lo siguieron»... Con ellos va iniciando Jesús el camino de la salvación en «la Galilea de los gentiles»: «Recorría toda Galilea». Va desarrollando con sencillez lo que había sido toda la historia de la salvación: hechos y palabras: «Proclamando el Evangelio y curando las enfermedades y dolencias del pueblo»: el Reino, proclamado y realizado.

Una luz les brilló

Siempre hay alguna angustia, alguna pena,
algun rincón del hombre sojuzgado...,
alguna mordedura del pecado,
en que amenaza el pus o la gangrena.

Siempre hay una tinaja medio llena,
la sombra de un mensaje, mutilado
por la voz del heraldo, que ha velado
la claridad de la palabra plena.

Pero hay siempre una estrella en cada trance
un criterio de fe viva al alcance
del corazón que hacia la luz camina...

¡Espera en el Señor y sé valiente!
¡Ten ánimo! Un brazo omnipotente
acompaña a la Iglesia peregrina.

Cuarto domingo

1. **La dicha de caminar humildemente junto al Señor** **(Sof 2,3; 3,12-13)**

Hoy vamos de dichas, de bienaventuranzas. En el fondo, se trata de los auténticos valores con los que se construye la vida. En ese nivel es donde el hombre percibe más la paradoja. En ese fondo, se dan las mayores contradicciones entre los proyectos propios y aquellos que son acogidos con la humildad de quien ha escogido a Otro como fuente de su dicha: «Un pueblo humilde que confiará en el nombre del Señor».

La raíz de la dicha es *la confianza*: saberse dejar y apoyarse en quien puede ofrecer felicidad «desconcertante».

En la confianza está el apoyo para el *cumplimiento de los mandatos*. Arranca, incluso cuando la dificultad arrecia y la contradicción se siente, de una convicción: «Sé de quién me he fiado»... como la oveja que pasta y se siente sin sobresaltos, desde el «instinto confiado» de que hay un pastor que siempre vela.

2. La dicha de poner la gloria en el Señor (1Cor 1,26-31)

Pablo va, hoy, también en la línea de la *sencilla humildad*. Lo recoge muy bien en el texto escriturístico que emplea al final de la lectura: «La gloria del hombre es la gloria de Dios». Justamente, porque «la gloria de Dios es la gloria del hombre».

Ese admirable *intercambio de «glorias»* sólo se realiza en el creyente y la comunidad que reconocen su pobreza: «No hay en ella muchos sabios a lo humano ni muchos poderosos ni muchos aristócratas».

Lo que somos lo podemos *ser «a lo humano» o «a lo divino»*: según los criterios de los hombres o según los criterios de Dios. Que busquemos «ser» es incuestionable. Que intentemos «ser felices» no necesita demostración. Lo importante es dar con el camino. Ahí es donde la mente se oscurece y los criterios se entrecruzan... Y es ahí donde se da la paradoja. Toda una provocación: lo necio, lo bajo, lo despreciable, lo que no cuenta... como cauce de salvación.

El modelo es el mismo Jesús: «Se abajó a sí mismo». La meta: «Ser en Cristo Jesús». Sólo él es para nosotros «sabiduría, justicia, santificación y redención». No estamos llamados a «no ser», sino a «ser de otra manera».

3. La dicha de la otra manera de ser (Mt 5,1-12a)

En esa «*otra manera de ser*» está el núcleo de las Bienaventuranzas. Son, en efecto otra manera de ser felices. «Ser un pobre integral de prima a nona.../ compasivo, sufrido,

justo honesto;/ ser humilde, pacífico y modesto/ en la breve estrechez de una persona», dice nuestro soneto.

Las bienaventuranzas recogen la *humilde sencillez del caminar* junto al Señor (primera lectura). La recogen, la radicalizan y la hacen «nueva ley». Que Mateo ponga las Bienaventuranzas en el sermón del «monte» no es una simple indicación de geografía. Más bien se trata de una clara indicación de teología: un nuevo Moisés y una nueva Ley. Un nuevo legislador y un nuevo camino.

En las bienaventuranzas destacan *la felicidad y la paradoja del camino* para conseguirla. La meta es la dicha... Y no sólo como un final que reivindica sólo para el «más allá», mira también a la situación de desastre de un «más acá» mísero y pobre. Es la felicidad que se encuentra ya aquí en «el ser de otra manera». Un buen refrán nos puede ayudar a entenderlo: «No es oro todo lo que reluce». El relucir es externo; el oro se mide en quilates de interior.

Las bienaventuranzas no son una ley para superficiales; lo son para quienes se planearon en serio «buscar ser de otra manera». El «ser en Cristo» paulino, enseñado por el mismo Jesús.

La pobreza integral

El «resto» de Israel... ¿Quién ambiciona ser elite en el seno de ese «resto»? ¿Quién tiene el corazón tan bien dispuesto que sueñe con tal cruz y tal corona?

Ser un pobre integral de prima a nona..., compasivo, sufrido, justo, honesto, ser humilde, pacífico y modesto en la breve estrechez de una persona...

¿Demasiado? No hay «pobre» que sea ajeno a las ocho divinas venturanzas, que en la Montaña dijo el Nazareno.

Si tienes una, las demás alcanzas. Toda razón de amor está integrada en la oblación de un alma despojada.

Quinto domingo

1. Una luz que alumbraba hacia abajo (Is 58,7-10)

Hay luces que alumbran hacia arriba y no nos permiten ver la realidad que nos rodea..., aunque sean luces fuertes. Pero las hay que, aun no siendo fuertes, como no es fuerte la aurora, alumbran hacia abajo, haciéndonos descubrir la realidad y la vida cotidiana.

La lectura de Isaías está escogida para hoy por el tema de la luz: «Entonces romperá tu luz como la aurora». ¿Cómo le parece al profeta que alguien pueda iluminar y sentir sana su propia carne? Apunta *hacia abajo*. Y en ese abajo hacia los más «abajados»: hambrientos, sin techo, desnudos... Todo, sin embargo, parte de «la propia carne», a la que sería absurdo cerrarse. La luz se expande desde la solidaridad. Se genera con la aurora que «rompe» la oscuridad del egoísmo... y se va haciendo pleno día en la donación.

«Iluminar las tinieblas», hacer que la «propia oscuridad se vuelva pleno día»... pasa, en el profeta, por el ejercicio de una caridad fraterna, no sólo de acciones, sino de auténtica conversión del corazón: «Desterrar la opresión,

el gesto amenazador y la maledicencia». Sólo desde ahí se puede compartir el pan. Y *del compartir surge la luz*.

2. La debilidad y el miedo **(1Cor 2,1-5)**

Por raro que parezca, son también «*cualidades*» de la vida apostólica... Cuando pensamos en el apóstol, nos viene a la mente con más facilidad la «valentía». Pero, la vida apostólica está hecha de paradojas. La experiencia de Pablo le llevará a confesar que «la fuerza se realiza en la debilidad». Y es que valentía no puede confundirse con arrogancia.

El arrogante se apega a su «sublime elocuencia o sabiduría». El arrogante va por la vida intentando lucirse... Pero, la cruz de Cristo daba para poco lucimiento. Ella es, sin embargo, *el orgullo de Pablo*. En medio de lucimientos arrogantes, él no se precia sino en Cristo Crucificado... Pablo es el apóstol del Resucitado; en una «experiencia gloriosa» comienza su cambio... Pero, la vida cristiana le enseña a agarrarse a la cruz como estilo y camino de predicación.

Contra «la persuasiva sabiduría humana», la cruz se convierte paradójicamente en confesión del *poder de Dios*. El poder es gloria manifestada en Cristo resucitado. Pero el camino lo traza el crucificado, rompiendo los esquemas de llegada a la gloria.

3. Una luz que alumbra a todos (Mt 5,13-16)

Que era *luz* lo dijo Jesús de sí mismo, cumpliendo el oráculo profético de «ser luz para todas las naciones». Pero, Jesús también aplicó la metáfora a los discípulos, junto con la *sal*.

De la utilidad de ambas y de su mal uso saca Jesús consecuencias prácticas para el estilo del discipulado. De *la sal*, la necesidad de «saber» a Cristo que tiene nuestro mundo... Se trata de una sal esparcida que, a través de cada insignificante grano, llega a salar el conjunto... Y una sal que es inútil, cuando se ha vuelto sosa, cuando ya no puede dar sabor. Su destino es «ser tirada» y tratada sin respeto: «Tirlarla fuera y que la pise la gente». Nos recuerda nuestro soneto: «Haz de tu sal sabor y garantía./ Verás cómo a tu zaga irá la gloria/ del Señor, pregonando tu victoria/ y el fulgor de un intenso mediodía».

De *la luz* se derivan también consecuencias para el discipulado. Debe estar en un sitio visible... La visibilidad que al discípulo le da el *testimonio*. La cima del monte y el candelero no son lugares de altura soberbia; lo son de altura servicial: la ciudad, para ser divisada desde lejos; las lámpara «para que alumbre a todos los de casa». El discípulo se hace visible y alumbra con sus obras...

Pero *la gloria va también a lo alto*; es «para el Padre que está en los cielos». Nos advierte también nuestro poeta: «Tú que buscas la luz, haz de tu vida/ luz que encienda los vidrios de la aurora.../ que transforme tu carne pecadora/ en arcilla de amor recién nacida...».

Sal y luz del servicio

Tú, que buscas la «Luz», haz de tu vida luz que encienda los vidrios de la aurora..., que transforme tu carne pecadora en arcilla de amor recién nacida...;

que alumbre el caminar de su seguida
–sin condiciones de lugar ni hora–
tras la justicia redistribuidora
de tu pan..., tus vestidos..., tu acogida...

No fíes de oratoria o escenario,
que no sean la sangre y el calvario.
Haz de tu «sal» sabor y garantía.

Verás cómo a tu zaga irá la gloria
del Señor, pregonando tu victoria,
y el fulgor de tu intenso mediodía.

Sexto domingo

1. La libertad y la ley (Si 15,16-21)

Así comienza la lectura: «si quieres...». ¡Que Dios no obligue a nadie! Sólo llama a la conciencia. Sólo quiere que el hombre vaya descubriendo que es humano el mandato: «Es prudencia cumplir su voluntad». Es el hombre quien decide. El mandato sólo pretende *alumbrar su decisión*. Hacerle caer en la cuenta de que no son iguales ni le aprovechan lo mismo todos los caminos: «Al hombre le darán lo que él escoja». Lo importante es que él sepa qué es lo que tiene delante. ¡Que no es lo mismo llenar las manos de agua que meterlas en el fuego; ni es indiferente escoger la muerte o la vida como último y como presente destino! *Obedecer el mandato* es un acto de *confiada elección*: «Es grande la sabiduría de Dios, es inmenso su poder»... Puesto en su presencia, el hombre no es un ser librado al miedo; está más bien remitido a poder desenterrar lo que es su propia mentira: «No deja inmunes a los mentirosos», porque se engañaron a sí mismos, a pesar de que el mandato ayudaba su elección.

¡Lástima que este hondo sentido de la *ley en libertad*

quedara luego tan solamente metido en lo externo y lo legal! El hombre no quedó, en efecto, confrontado con la ley en lo que es su verdad o su mentira.

2. La libertad y la sabiduría (1 Cor 2,6-10)

Ahondar el propio misterio y la razón del obrar no es posible para el hombre sin una sabiduría nueva que procede de Dios. Aquella que «si la hubieran conocido los príncipes de este mundo, no habrían crucificado al Señor de la gloria».

Para *conocerse en hondura*, el hombre necesita de Dios: «Una sabiduría divina, misteriosa, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria». Una sabiduría que, asumiendo ya perfiles personales en el Antiguo Testamento, apunta ya hacia Jesús, revelador del ser y del querer del Padre.

Aquel misterio de salvación que abarca a todos y no acaba con el tiempo: «Ni el ojo vio ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman». Tampoco nuestros ojos podrían ver ni nuestros oídos escuchar. Ha sido obra de la manifestación de Dios a través del Espíritu, porque «el Espíritu lo penetra todo, hasta las profundidades de Dios». Ha sido el don de Cristo a la comunidad de sus discípulos. *El Espíritu de sabiduría e inteligencia.*

3. La libertad y el corazón (Mt 5,17-35)

Cuando la ley no se queda en lo externo y llega al corazón, se produce el misterio de «la espontaneidad». No se cumple simplemente la letra, se llega al espíritu de la Ley. Es un camino de libertad consentida. Se trata del mismo núcleo de la relación de Jesús con la Ley. Su enfrentamiento con el legalismo no significa anomía: «No creáis que he venido a abolir la ley o los profetas», sino plenitud acabada: «No he venido a abolir la ley, sino a dar plenitud».

La plenitud de la ley no está tanto en su extensión, sino en el nivel de la intensidad. La plenitud es la ley que descubre estar escrita en el corazón y, espontáneamente, «se excede» en el cumplimiento hacia niveles que el legalismo no puede percibir, porque crecen en la interioridad.

La Ley evangélica toca el corazón, transformándolo. No lleva cuenta de actos, sino de actitudes; no mide por el tamaño externo, sino por el ahondamiento interior. Queda siempre la advertencia de Jesús: «Si no sois mejores que los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos».

Cuan el corazón se ha forjado en el discipulado del Maestro, ¡que nadie tema a la libertad del corazón! Habrá un «exceso de cumplimiento», de plenitud y, además, se tratará de un «exceso espontáneo».

Saber elegir

¡La libertad! Ese vital dilema,
humana concreción del «don» divino...
Ni el oído oyó jamás, ni el ojo indino
contempló su esencial categorema.

¡La libertad! Preciosa diadema
del hijo de adopción. Mesura y tino
del buen obrar. Baquiana del camino.
De la razón cabal motor y emblema.

Con ella quiero, lejos del pecado,
hacer lo más perfecto y acabado,
sabiduría que en Dios está escondida,

y saber elegir entre agua y fuego,
eludir el fatal destino ciego,
optando ante la muerte por la vida.

Séptimo domingo

1. Amar al prójimo «amigo» (Lev 19,1-2.17-18)

El amor al prójimo no es una innovación de Jesús. Ya estaba prescrito en el Antiguo Testamento. En el texto del Levítico aparece una formulación negativa del precepto: «No odiarás de corazón a tu hermano», y otra positiva: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». El ámbito, sin embargo, es la propia familia o el propio pueblo. Se repite por dos veces los que son destinatarios: «Tu pariente»/«tus parientes». Y es verdad que los de la propia familia son los más cercanos «próximos», pero no son los únicos.

Tampoco es nueva en el Nuevo Testamento, la *motivación teológica de este amor*. El mismo Levítico apunta ya a la razón más profunda de este amor: la participación y la imitación por parte del creyente de la santidad misma de Dios: «Seréis santos, porque yo, el Señor vuestro Dios soy santo». El modo más hondo del precepto: la *imitación de Dios*... A imitación de Dios, amar al prójimo.

2. Los creyentes, nuevo templo de Dios, son santos (1Cor 3,16-23)

De la realidad del templo material como morada de la santidad de Dios arranca Pablo la exhortación con la que va a dibujar *el perfil del predicador* del Evangelio.

Del templo material da el paso a un templo nuevo y existencial. La morada de Dios en el templo de piedras se hace *inhabitación del Espíritu Santo* en los creyentes... Y la exigente santidad del templo material se convierte en exigencia de vida renovada: «Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros».

El templo se construye y se destruye. Material y espiritualmente. Y destruir el templo es acarrear la destrucción de uno mismo: «Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él».

Y vuelve de nuevo Pablo al tema de *la sabiduría verdadera*, insistiendo en la paradoja: a los necios y a los sabios no los mide Dios con la misma vara con que lo hacemos nosotros. Ahí reside la «sorpresa» de la sabiduría evangélica. Su inspiración es siempre la incomprensible sabiduría, manifestada en la Pascua: «A la luz por la cruz».

«Enganchar» y «engancharse» al liderazgo, aun dentro de la Iglesia, por motivos humanos es una «vana-gloria»: «Que nadie se gloríe en los hombres». El hombre es punto de partida, pero, en una sucesiva cadena de pertenencias, el punto de llegada es Dios: «Todo es vuestro, vosotros, de Cristo; Cristo, de Dios».

3. Amar al prójimo «enemigo» (Mt 5,38-48)

Ahí sí que hay novedad y contraposición «Habéis oído, pero yo os digo » Contraposición exigente en el tema del amor, que es núcleo del mensaje evangélico. Aquí se difuminan las fronteras familiares, tribales o sociales. Inspirándose en la moral evangélica se ha podido afirmar como lema «Todo hombre es mi hermano». Frente a todas las tendencias restrictivas del amor el Evangelio tiende a ampliar ¿Hasta dónde? Hasta llegar a *los mismos enemigos*.

Así de tajante «Amad a vuestros enemigos», y así de concreto «Haced el bien a los que os aborrecen y orad por los que os calumnian o persiguen» ¿La razón de un comportamiento tan contracorriente? La *imitación misma de Dios* (primera lectura), hecha providencia cercana y amorosa para todos: el sol nace tanto para buenos como para malos, y el agua no distingue entre los justos e injustos.

Y es que en la vida hay simple «cumplimiento», pero hay también «perfección». Ese «estar hechos por completo» a golpe de acciones contraculturales frente a la «cultura de la reciprocidad» («te amo para que me ames, te doy para que me des»), la «cultura evangélica de la gratuidad», que es regalo de la perfección del Padre.

En la raíz de este cambio, la meta de la perfección cristiana «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto». Tan «bien y completamente hechos» como el mismo Dios. Sólo de ahí brota el comportamiento que supera la venganza del «ojo por ojo y diente por diente». Y sólo desde ahí se llega a una generosidad «desmedida». La que multiplica el don más allá de lo pedido.

La razón del amor

El odio es Satanás. Dios es la vida,
la fuerza original que crea y perdona,
la razón del amor que no razona
la venganza, aunque sea merecida...

La santidad de Dios vive escondida
en el templo de tu alma peleona...,
¡busca en ella la fuerza que condona
el daño de la ofensa y de la herida!

Surte la necesidad sabiduría,
cuando el hombre, venciendo su agonía,
ama de corazón a su enemigo

y en lugar de exigir diente por diente,
hace la salvación de Dios presente
con su veraz perdón como testigo.

Octavo domingo

1. El abandono en manos de Dios (Is 49,14-15)

No se puede decir más y mejor en tan sólo dos versículos. En el fondo, la *búsqueda de apoyo* para vivir con dignidad. Es en esa búsqueda donde arraiga el misterio de la fe, pero es también en ella donde tiene sus raíces todo tipo de idolatría... Al final, la pregunta será siempre en dónde busco yo el fundamento de mi propia vida.

Isaías llega a la altura mística del «sólo Dios basta». Y pide esa *confianza* para momentos de «noche oscura»: «Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvidado». Desde la perspectiva religiosa, la más tormentosa de todas las preguntas: el pesado silencio de Dios.

Y es, por eso, más hondo el nivel de la *confianza*. El apoyo confiado no sólo se hace maternal: «Como niño en brazos de su madre»; se abandona aún mucho más... Con la madre, podría darse el olvido; pero, al contrario de la madre olvidadiza, «yo nunca te olvidaré». Una ternura maternal en Dios que toca los límites mismos del apoyo ofrecido y pide un «sin límites» de abandono confiado.

2. La alabanza de Dios, respuesta a la fidelidad (1Cor 4,1-5)

Supone Pablo una tarea encomendada. La que recibe cada creyente al ser llamado y enviado como «servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios». Un tesoro que no es propio («administradores», no propietarios) y que es llevado, además, en nuestras vidas de barro.

Un motivo mayor para insistir en *la fidelidad* que se pide a todo administrador. Una fidelidad tan exquisita que no termina en el bien hacer: «La conciencia no me remuerde». Avanza mucho más allá: ponerse, con libertad, bajo la luz que Cristo mismo proyecta en la vida. «Sólo él iluminará lo que esconden las tinieblas y pondrá al descubierto los designios del corazón». Una fidelidad exquisita que no se mide en balanza alguna de tribunales humanos. Únicamente está abierta a «recibir la alabanza de Dios»: «Ven, siervo bueno y fiel, entra en el banquete de tu Señor».

3. ¿A quién me he abandonado? (Mt 6,24-34)

La respuesta del Señor: «A aquel en quien hayas *puesto tu confianza*». En cuestión de abandono confiado no valen, en efecto, componendas: «Nadie puede estar al servicio de dos amos... No podéis servir a Dios y al dinero».

La invitación de Jesús es a *abandonarse en Dios*. Incluso cuando las necesidades apremian y hay que darles respuesta, el agobio no se puede convertir en una especie de «angustiosa agonía».

Las sencillas comparaciones que hace Jesús no son invitación a la pereza o a dejarse. Son aviso contra el angustioso agobio que nos invade y atenaza. El *agobio consumista* que va poniendo confianza en las cosas adquiridas. Lo importante en nuestra vida es alcanzar a «ser»: «Vale más la vida que el alimento; y el cuerpo que el vestido».

Los pájaros, los lirios, la naturaleza, gratuitamente revestida y regalada, son *parábola de confianza*, que intenta profundizar el abandono sencillo en las manos fuertes del Padre. Cuando nuestra dimensión pagana crece, nos afanamos y ponemos nuestro deseo de lucro por encima de todos nuestros anhelos. Cuando nuestra dimensión creyente crece, confiamos y, en el centro de la búsqueda, ponemos el Reino y su justicia. ¿Y las cosas? Hay que atenderlas, pero son añadidura. Contra todo *agobio enfermizo* por buscar seguridad, Jesús nos sale al encuentro con una «seguridad» abandonada sencillamente en las generosas manos del Padre.

La angustia del mañana

Cierto. Es un poderoso caballero
que abre puertas y rinde voluntades...,
consigue poderío..., seguridades...
¿Quién se hurta al atractivo del dinero?

Pero, escucha a Jesús: hay un *primero*
y un *todo lo demás* de realidades...
¡Olvídate de las necesidades
y hallarás el tesoro verdadero!

Vive en la libertad de la esperanza.
Es tu desprendimiento lo que alcanza
la anuencia de Aquel en quien confías...

Más que el celo instintivo de una madre
la tierna providencia de Dios-Padre
velará tus trabajos y tus días.

Noveno domingo

1. «Poner por obra todos los mandamientos de Dios» (Dt 11,18.26-28)

¿Una ética sin religiosidad? Así acusan los hombres «religiosos» a quienes, en su relación con Dios, sólo piensan en el compromiso. ¿Una religiosidad sin ética? Es la extrañeza de los que subrayan el compromiso contra todo espiritualismo que encarnan muchos creyentes.

La primera lectura de hoy nos centra en la necesidad de *cumplir la voluntad de Dios*, para que la fe no quede en mera palabrería. La insistencia de Moisés es expresiva: «Meteos mis palabras (mis mandatos) en el corazón y en el alma»... Y, como signo de que han calado hasta dentro, «atadlas a la muñeca..., ponedlas de señal en vuestra frente» (¡Lástima que el signo se convirtiera en meta, y la voluntad del Señor quedara sólo materialmente «colgada» como señal en la frente..., quedando el corazón vacío de voluntad de Dios!).

La metáfora del *camino*, para expresar la andadura con su Dios tuvo éxito en Israel. Es expresiva en su significado: está en juego la meta a la que los caminos llevan. Los hay que llevan a «ninguna parte»; o llevan a «la

mentira» (designación de los falsos dioses), meta de «la maldición»... Y hay caminos que tienen la meta en Dios, aquel que por ser «verdad» es fuente de «bendición».

Los preceptos son camino. Quien humildemente lo recorre está caminando a la meta; desviarse es andar de vagabundos en busca de cualquier meta idolátrica que satisfaga el momento. Sería bueno confesar con nuestro soneto: «¡Lo sé, Señor, lo sé! Hay dos caminos/ que rinden en distinto paradero/ el que conoces Tú, no el que yo quiero/ me llevará a los últimos destinos».

2. Una salvación sin distinciones (Rom 3,21-25a.28)

Comienza la Carta de Pablo a los romanos. Y lo hace con la afirmación central de su doctrina: la salvación de Dios no depende de las obras de la Ley. No es una cuestión de méritos, sino de gracia.

«*La justicia de Dios*» no es el atributo divino que estuviera en el origen del castigo. En sentido bíblico, «la justicia» es misericordia, fidelidad y perdón. Por eso, Dios es justo cuando salva, porque cumple así su promesa. Para evitar confusiones, empleamos la expresión de *justicia salvadora*.

Se trata de aquella justicia que, más allá de la Ley, se ha manifestado en Cristo *para todos*, sin ninguna distinción. Todos, también los judíos, necesitan del perdón; y todos, también los gentiles, «son justificados gratuitamente por la gracia». La justificación (la acción que nos hace justos) no es cuestión de privilegios o de méritos. Sólo hay un modo de alcanzarla, que es igual para todos (sean judíos o gentiles): «La redención en Cristo Jesús».

Redención que, sin distinciones, alcanza a todo aquel que, en y desde la fe, responde con apertura a la llamada de Dios.

3. «Obras son amores, y no buenas razones» (Mt 7,21-27)

«Escuchar la Palabra y ponerla en práctica» es la dinámica que Jesús pide a sus discípulos. Una *respuesta de meras palabras*, aunque sean tan sagradas como el Nombre del Señor, no vale para nada. Se precisa la *respuesta de las obras*: «Cumplir la voluntad del Padre que está en el cielo».

De una buena armonización de estas dos dimensiones depende la consistencia de *la construcción creyente*. No de «haber profetizado en nombre de Jesús, de haber echado demonios en su nombre, o en su nombre haber hecho milagros». Los que simplemente se quedan en eso, escuchan palabras duras de labios de Jesús: «¡Malditos, no os conozco!».

La *casa sobre roca* y la *casa sobre arena* son imágenes elocuentes. Está, en efecto, en juego la consistencia madura del creyente. Sólo escuchando y practicando, puede el creyente considerarse en camino. La escucha sin la práctica es construcción sobre arena («pan para hoy y hambre para mañana»).

¡Qué bueno sería cumplir el propósito al que nuestro soneto invita!: «Endereza mis pasos peregrinos/ y..., pues decir "Señor" no es lo certero,/ haré de tu voluntad con todo esmero/ tratando de encauzar mis descaminos».

Los dos caminos

¡Lo sé, Señor, lo sé! Hay dos caminos
que rinden en distinto paradero;
el que conoces Tú, no el que yo quiero,
me llevará a los últimos destinos...

Endereza mis pasos peregrinos
y..., pues decir *¡Señor!* no es lo certero,
haré tu voluntad con todo esmero,
tratando de encauzar mis descaminos.

Sé que tu bendición me ahorra el cuidado,
pues la justicia se ha manifestado
en Cristo sin tarifa ni medida.

Con la fidelidad como bandera
iré tras tus palabras, a la espera
de entregarte mi alma agradecida.

Décimo domingo

1. «Misericordia quiero y no sacrificios» (Os 6,3-6)

Lo que se ventila es el conocimiento del Señor y el esfuerzo del hombre por conseguirlo. El Señor está permanentemente llegando. «Su amanecer es como la aurora y su sentencia surge como la luz». Él viene, pues, como aurora y como luz. Bastaría sólo dejarse iluminar. Su bajada es tan segura como la lluvia, bastaría sólo con dejarse empapar y fecundar.

Bastaría, pero, ¿dónde está el tropiezo? ¿Por qué, a pesar de la llegada de Dios, el encuentro con el hombre resulta tantas veces fallido? El profeta apunta a la *sequedad del corazón*. Y es que a Dios se le conoce y se le encuentra con el corazón. Un corazón abierto a la *misericordia y al perdón*. Pero, la misericordia de los hombres de Judá ha sido intermitente e inconsistente. «Como nube mañanera, como rocío de madrugada que se evapora». Una misericordia sin arraigo. Más de apariencia que de hondura estimulante.

Pero Dios se ofrece siempre para poder ser conocido desde el *corazón entregado*. No se contenta con el culto

(«sacrificios y holocaustos»). Él pide el conocimiento que arraiga de manera cómplice en una misericordia compartida.

2. La fe se hace confianza (Rom 4,18-25)

Apoyar la vida en Dios es arraigar la fe en el acto más vital: la propia construcción personal. Y es optar por Dios como *sólido cimiento*.

La lección la concreta Pablo, recordando el *camino de Abrahán*, entendido como ejemplo: «También está escrito por nosotros». El itinerario de Abrahán es una verdadera «carrera de obstáculos»..., no el plácido paseo mañanero o vespertino... Y es que la vida se le va constantemente presentando como una tenaz negación de lo que se le había prometido, pero aún él no había visto.

Dios abre su horizonte a la paternidad: será padre de una multitud de naciones. Pero «las evidencias» están en contra: «Su cuerpo estaba ya medio muerto y estéril en el seno de Sara».. Pero, surge, gigantesca, una *confianza sin límites*, que se hace humilde fidelidad. Se hace fiel en la oscuridad a lo que había visto claro en la luz. «Que Dios es capaz de hacer lo que promete».

Aparece la fidelidad, cuando la confianza está sometida a la prueba... Sólo así es una fidelidad válida para «hacer justo a Abrahán» y para hacernos justos a nosotros. Por aquella fe fiel, desde una esperanza probada, participó Abrahán de la justicia de Dios que lo llamaba, una justicia salvadora. Nuestra fe fiel tiene nuevas metas: a Jesús, «resucitado de entre los muertos, para hacernos justos a nosotros».

3. La misericordia en la mesa compartida (Mt 9,9-13)

Jesús expresa misericordia en la mesa compartida con quienes, por ley, estaban excluidos y sentían sobre sus hombros el peso de una marginación injusta.

Con Mateo, uno de ellos, *comparte Jesús la mesa* después de haberlo llamado al seguimiento. ¡Había que celebrar la vocación y la respuesta! ¡Había que celebrar lo inesperado!... El ambiente se hace propicio para ensanchar horizontes: «Muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaron con Jesús y sus discípulos».

La *enseñanza* de Jesús la va realizando con *hechos*. Unos hechos que se ven y que no dejan a nadie indiferente. La pregunta de los fariseos es más bien afirmación de dura crítica: Jesús, «come con los publicanos y pecadores».

Y, ahora con la palabra, Jesús da la explicación del hecho. Son los enfermos los que tienen necesidad de médico; así son también los pecadores quienes tienen necesidad de perdón... Y, para más evidencia expositiva, les cita la Escritura que comparten: «Misericordia quiero y no sacrificios» (primera lectura). La llamada de Mateo se hace ejemplo de llamadas: «No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores».

Su lluvia siempre llega

Como la aurora, como el mediodía
amanece el Señor y nos entrega
todo su amor..., su lluvia siempre llega
a tiempo, la temprana y la tardía...

Abrahán en la oscurana de su día
creyó a la luz de la esperanza ciega...,
ique, al fin, sabe de Dios, la humildad lega
más que la cultural sabiduría!

Mira a Jesús, por obediencia humano,
compartir mesa con el publicano
que en obediencia inmola su telonio.

El amor, que es la ley de la concordia,
hace culto agradable el testimonio
de la amistad y la misericordia.

Undécimo domingo

1. «Vosotros seréis mi propiedad personal» (Éx 19,2-6a)

La vocación de todo un pueblo: «Ser propiedad personal del Señor... un reino de sacerdotes y una nación santa». Así se entendía Israel ante Dios y así lo retrotrajo hasta el momento fundante del Éxodo.

A la *vocación*, como quien intenta provocar asentimiento, precede una hermosa descripción de los cuidados y desvelos de quien llama. Llama el Señor a Israel, pero no le impone la respuesta; solamente le pide un *recuerdo agradecido* a su guía por el desierto, expresada en metáfora conmovedora: «A vosotros os he llevado sobre las alas de águila»..., para que se dé un encuentro personal: «Os he traído a mí».

Una vez con el Señor, la elección no es incondicional. Dios quiere que Israel entienda siempre la realidad de su vida como una *respuesta fiel*: «Si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza...». De nuevo, la escucha de la Palabra y el compromiso de vida de una Alianza que mira hacia Dios y a los hermanos. ¡Lástima que el pueblo no entendiera siempre su elección! Muchas veces, su his-

toria lo cerró sobre sí mismo, impidiéndole conocer y, sobre todo, ejercer, su *misión universal*.

2. Poner el orgullo en Dios (Rom 5,6-11)

«Hacernos justos» con su justicia es una expresión concreta de *la «lógica» de Dios*... Hoy reflexiona Pablo sobre el mensaje central del domingo pasado: Dios no llama a los justos, sino a los pecadores... Más aún, son los pecadores los primeros en recibir la gracia de la muerte redentora de Jesús... Por un justo, por un hombre de bien, se entiende la disponibilidad de dar la vida (esa es la lógica humana), pero según *la «ilógica» de Dios*, la muerte de Jesús no fue por los justos, sino por los pecadores.

Y en el pecado, Pablo nos mete «afortunadamente» (*felix culpa*) a todos. Para poder experimentar *la misericordia desde dentro* y «ser hechos justos» por su sangre. No con nuestra propia justicia. Con la justicia salvadora de Dios. Pero, con ella y por ella, realmente justos y salvos, a pesar de nuestra condición pecadora.

Una *nueva relación* desde la realidad de la nueva vida concedida por su gracia. Ahora: amigos, reconciliados y salvos..., actuando en todos nosotros la vida misma del Resucitado.

Con semejante camino para llegar a la meta, no costaría demasiado «poner el orgullo en Dios». «Nuestro Señor Jesucristo» ha sido el mediador «por quien hemos obtenido ahora la reconciliación». En verdad, somos *obra de su gracia*.

3. La nueva propiedad personal: elección y misión de los Doce (Mt 9,36–10,8)

El contexto es de compasión y acompañamiento, de cuidado y pastoreo... Actitudes que le salen a Jesús de las entrañas al ver que las gentes «estaban extenuadas y abandonadas como ovejas que no tienen pastor». Necesidad de un *nuevo pueblo mediador*, construido sobre el pilar de *los Doce* (evocación de las Doce tribus de Israel del antiguo Pueblo de Dios)... Los Doce y sus continuadores, la nueva «propiedad personal» para una misión que es inmensa: «Rogad al dueño de la mies que mande trabajadores a su mies».

Nombres propios y misión para renovar la «propiedad personal» del Señor. La «*autoridad*» de los Doce es *liberadora*: expulsión de demonios, curación de enfermos, resurrección de muertos, curación de leprosos... Una heredad nueva, construida desde el *realismo de una humanidad dolorida*.

Restaurado el redil de las ovejas descarriadas de Israel, *la misión* puede de nuevo comenzar: «Id y proclamad que el Reino de los cielos está cerca»..., y llega como «regalo de Dios». Por eso, la misión es gratuita: «Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis». Gratuita la «*autoridad*» para restaurar, gratuita ha de ser también la restauración ofrecida.

Ungidos, salvados, enviados

Pueblo de Dios, ovejas del rebaño
sobre alas de águilas traído
desde Egipto..., por Cristo redimido
del pecado de Adán y de su daño.

Reino de sacerdotes, que en el baño
del Bautismo nació a su cometido:
ser rostro del Pastor y su silbido
en el lueño rincón de cada extraño...;

curar, resucitar, echar demonios,
rendir la oposición con testimonios
de caridad gratuita y persuasiva...;

dar razón de la fe con alegría,
prenda de una gozosa Parusía
que la cautividad hará cautiva.

Duodécimo domingo

1. **Confianza: «El Señor está conmigo»** **(Jer 20,10-13)**

La vida de Jeremías no fue fácil. El delicado momento histórico de su profecía le hace, incluso, aparecer como traidor. Exhorta, en efecto, a «acostumbrarse» al destierro, percibido como voluntad de Dios. Y le toca *la suerte del profeta*: la verdad que proclama suscita reacciones fuertes contra él. Rodeado por el «pavor» que le causa la gente, sale de su boca dolorida una de sus «confesiones». Le duele en el alma la traición de sus propios amigos. «Mis amigos acechaban mi traspiés», ellos son los que organizan la traición. Violación y venganza.

En medio de un cerco de insidias tan descarado y violento, impresiona *la confianza del profeta*: «El Señor está conmigo». Asimila ahora vitalmente la que había sido promesa del Señor, cuando la llamada: «No les tengas miedo, yo estoy contigo». Siente la *fuerza del Señor* que lo defiende, presintiendo así el fracaso de quienes son sus adversarios.

Confiadamente, él ha puesto su causa en las manos del Señor, «que examina al justo y sondea lo íntimo del

corazón». La seguridad le viene de su adentramiento en el estilo salvador de Dios. Siempre, el Señor «libró la vida del pobre de mano de los impíos». Un estilo que espera, confiado, que se cumpla en su propia vida amenazada.

2. La desproporción entre el pecado y la gracia (Rom 5,12-15)

La confrontación muerte/vida no es sólo cuestión de biología. Es también una cuestión interior que tiene en la relación o separación respecto a Dios su criterio de apreciación.

El pecado es muerte. Rompe, en efecto, en el hombre su unión con «la fuente de la vida». Pablo descubre esta situación de muerte extendida a todos. «Todos pecaron en el pecado de Adán». Un «pecado de origen» del que procede una *situación general de pecado y de muerte*, «incluso sobre los que no habían pecado con un delito como el de Adán». Un misterio de implicación solidaria negativa en quien es representado como «cabeza» de toda la humanidad pecadora: «Por la culpa de uno, murieron todos».

Pero, en su condición de «cabeza», Adán era sólo una imagen de quien lo iba a ser a título propio. *Adán era «figura»* de quien había de venir. Pero *Jesús es «cabeza»* por una solidaridad nueva y positiva: en él se origina la vida de todos. *Y se origina con una abundancia tal «que no hay proporción entre el delito y el don»...*, porque «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia».

Venido para que «tengan vida abundante», inaugura Jesús un «ministerio de gracia» que se expande por todo lo creado como esperanza de vida y de gloria.

3. **Confianza: «No tengáis miedo»** (Mt 10,26-33)

Ante situaciones de agobio, la insistencia de Jesús: «No tengáis miedo». Una nueva exhortación a *la confianza* (primera lectura).

«No tengáis miedo» a la mentira. La mentira que en Jeremías terminó en traición, y en la historia personal de mucha gente se traduce en las sospechas y calumnias, en abiertas acusaciones y en martirio. En algún momento, la verdad resplandecerá: «Nada hay cubierto que no llegue a descubrirse; nada hay escondido que no llegue a saberse».

«No tengáis miedo» a los que matan... Matando, no podrán destruir a la persona. No se destruye la persona con la muerte física. Su verdadero «malogro» es la condenación; el no haber llegado nunca a poseer la vida en plenitud. El «humano temor» se vence desde la comprensión total de lo que somos. El «santo temor de Dios» nos lleva a estar siempre alerta para no perder la vida en plenitud.

«No tengáis miedo»: el Dios que cuida providentemente de los pájaros del cielo, mucho más cuidará de la vida de los hombres: «No hay comparación entre vosotros y los gorriones».

Providencia de Dios manifestada en Jesucristo. La confesión de su nombre es apertura total al Dios de la vida; su negación abre el camino hacia la muerte: «Me pondré de su parte..., también yo lo negaré».

Más que los gorriones

No sé si por tu amor o mi pecado
me acecha el cuchicheo..., *la venganza...*,
y el aguijón de la desesperanza
que se clava en mi pecho atribulado.

Pero el miedo no turba mi cuidado,
aplicado al quehacer de tu alabanza,
pues me anima, Señor, la confianza
de sufrir en tu cruz resucitado.

En tus manos sopesas mis acciones,
que valen más que un par de gorriones...,
más que la más frondosa cabellera.

Si antaño lejos, ahora estoy contigo.
Libra mi corazón del enemigo
y colma mi esperanza a tu manera.

Decimotercer domingo

1. La generosidad se hace fecunda (2Re 4,8-11.14-16a)

Eliseo y la mujer sunamita: caso concreto de la fecundidad engendrada en una generosa comunión de bienes.

La mujer sunamita es rica, pero sabe *compartir* con el profeta y su criado. Comparte no sólo la comida, comparte la acogida hogareña, abriéndole su casa: «Cuando venga a visitarnos, se hospedará aquí». Se abre el corazón en la *hospitalidad*.

En el corazón de Eliseo, «ese santo hombre de Dios», nace el deseo de responder, que i amor con amor se paga! Pero es la mujer sunamita la que ha desencadenado todo este *intercambio de dones*. Es ella y su comportamiento hospitalario y generoso los que hacen que Eliseo se pregunte: «¿Qué podemos hacer por ella?». La insinuación viene de Guiezi, el criado de Eliseo. Él ha intuido una necesidad fundamental en aquella mujer rica y anciana: su esterilidad.

En el intercambio de dones, *la esterilidad se hace fecunda*: «El año que viene, por estas fechas, abrazarás un hijo». El profeta necesitaba el alimento para continuar el camino;

aquella anciana y rica mujer de Sunén necesitaba al hijo que diera sentido a su seno, arrancándole la esterilidad... Y es la mutua acogida la que produce «el milagro del don».

2. Del bautismo recibido al bautismo existencialmente vivido (Rom 6,3-4.8-11)

El bautismo entraña todo un misterio de *incorporación a la muerte de Cristo* y a su vida; a la totalidad del misterio de su Pascua. El bautizado con-muere con Cristo y con-vive con él. Por el agua y el Espíritu, es Cristo mismo quien realiza esta misteriosa y real incorporación a su destino personal.

La existencia histórica de todo bautizado bien pudiera definirse como el *despliegue existencial* diario de la vida nueva recibida: «Que también nosotros andemos en una vida nueva»

Lo nuevo y lo viejo preocupaban a Pablo. Entusiasmado con la novedad de Cristo Jesús, tuvo siempre el temor de que sus comunidades recayeran en «lo viejo», que ya se había quedado atrás, crucificado con Cristo. Es como si ya no existiera.

Esa «nueva» situación reclama de todo bautizado una traducción existencial: «Consideraos muertos al pecado». *Muertos al pecado por el bautismo*; y muriendo cada día al pecado por la actualización de aquello que aconteció como un verdadero, re-nacer a una vida distinta.

Con la muerte al pecado, Pablo no lo ha dicho, sin embargo, todo; más aún, no ha dicho lo principal: «Lo que importa es *la criatura nueva*». E importa la novedad de vida que la criatura nueva genera en el día a día de su

existencia: «Consideraos vivos para Dios en Cristo Jesús», haciendo actual cada día la nueva condición recibida: «Andando, día a día, en una vida nueva».

3. La generosidad se hace don (Mt 10,37-42)

El evangelio de Mateo tiene un claro subrayado de *vida eclesial*. Lo que sucede o debiera suceder en una comunidad que ha sido iluminada por el hacer y enseñar del Señor.

En este texto, es importante para el discípulo la «*aprobación del examen*»: la renuncia a la propia familia, el cargar con la cruz de cada día con estilo, el tomar como pauta de la propia vida aquel «ser en la entrega», tan bellamente expresados en la exhortación de Jesús: «El que encuentra su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará».

En consonancia con la primera lectura, subraya la liturgia de hoy la *acogida del discípulo*. En una predicación, aún itinerante, el evangelista señala la *hospitalaria acogida* que merece el predicador de la Palabra. Y apunta al «acogido invisible» que resulta ser el mismo Dios, según una cadena de envíos: «El que os recibe a vosotros, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me ha enviado».

Dios mismo que envía es el *mayor don* que se entrega a quien recibe al enviado. Poco importa la sencillez de los gestos. Un simple vaso de agua no quedará sin respuesta.

Una experiencia de *compartir generoso* que recoge así nuestro soneto: «¿Cuándo comprenderemos que acogida/

significa ceder, perder la vida,/ ser agua en cada sed que Cristo pena?/ Dejaré de estar solo, si acompaño;/ amando, haré imposible el desengaño,/ pues cuanto más da el alma, está más llena»

Ser agua en cada sed

Nos dolemos –me duelo– con frecuencia de soledad, olvido, desapego...

Nuestro llar no crepita con el fuego del diálogo que engendra convivencia.

Al buscar los porqués de tal carencia, dejamos siempre a salvo nuestro «ego»...; para ponerle enmienda, surge un «luego» o la muralla de una inconveniencia...

¿Cuándo comprenderemos que acogida significa ceder, perder la vida, ser agua en cada sed que Cristo pena...?

Dejaré de estar solo, si acompaño;
amando, haré imposible el desengaño,
pues cuanto más da el alma, está más llena.

Decimocuarto domingo

1. **Por los caminos de la sencillez** **(Zac 9,9-10)**

Canto de Zacarías a *la sencillez* y a *los sencillos*. La sencillez de su propio rey produce la alegría de Sión; la modestia de su soberano arranca el canto de Jerusalén. La elección de una borrica para la entrada gloriosa después de la victoria deja atrás los carros y las caballerías. Aquella escena desconcertante produce la *alegría y el gozo*.

Pero, la sencillez no es, sin embargo, simpleza. Sencillamente, con el estilo de quien no busca el estruendo, el rey modesto y sencillo realiza con eficacia *su tarea liberadora*, destruyendo los símbolos de opresión: los carros y los caballos, los arcos de los guerreros. Todos los medios violentos pensados para «imponer» la paz. Sin ellos, por haberlos destruido, el rey manso y sencillo «dictará la paz a las naciones y dominará hasta el confín de la tierra».

Un *reino de sencillos y modestos* al servicio de una *auténtica paz*, no impuesta con la violencia. Una paz acogida *como don* y construida con el tesón de quien cree en la sencilla bondad del corazón.

2. Nuestra deuda es con el Espíritu (Rom 8,9.11-13)

Somos deudores con quien nos ha dado, con quien ha puesto a nuestro alcance el don de la vida nueva. Más que deber, nos debemos, porque no podemos responder tan sólo con unos bienes externos: «No estáis sujetos a la carne, sino al Espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros».

La «carne y el Espíritu» significan en Pablo *dos estilos de vida*: la fundada en la debilidad de nuestra propia condición humana (la carne); la misma vida de Dios, participada en nosotros de manera personal (el Espíritu).

La vida en el Espíritu ya no está sometida a la debilidad humana ni a su más dramática expresión, «la muerte»: «Dios vivificará también vuestros cuerpos por el mismo Espíritu que habita en vosotros». Frente a toda debilidad caduca, *la promesa de una vida en plenitud*.

Demasiado horizonte para una vida tan pequeña. A quien se lo debemos como don, nos debemos nosotros mismos. No es ciertamente la carne la que nos abre este horizonte de vida. No podemos contentarnos con una *vida carnal*, acostumbrándonos a nuestra propia debilidad y de ella haciendo la ley. Nuestra *deuda es con el Espíritu*. Una deuda paradójica, pues ella misma redonda en *paga* para nosotros: «Si con el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis».

3. Los sencillos conocen el misterio de Dios (Mt 11,25-30)

¡Un Jesús para sencillos! Llegar a la sencillez para poder comprender el misterio íntimo de Dios. No es la sencillez un punto de partida perezoso para evitar recorrer el camino que tan sólo poco a poco nos adentra en el arcano. Es, más bien, un punto maduro de llegada de quienes han hecho el recorrido, abandonándose a la gracia, lejos de confianzas pretenciosas en el poder y la fuerza de los propios argumentos: «Has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla». Los sencillos *se dejan acompañar* por la revelación del misterio.

Sencilla revelación del misterio de Dios en la carne de Jesús. Tan sencilla que a muchos escandaliza, como escandalosa resultaría para muchos aquella sencilla entrada de un rey después de celebrar su victoria (primera lectura).

Jesús, manso y humilde de corazón, nos invita a acercarnos a él. Con una *promesa de alivio* para las vidas cansadas, a pesar de la confianza puesta en las propias fuerzas. La construcción personal en solitario nos abruma y nos agobia..., dejando esa extraña sensación de no conseguirla nunca.

Jesús, ofreciendo «un yugo y una carga», pero como *ley nueva de amor*, que introduce en el descanso, en aquel gozo inefable de haber definitivamente encontrado *el descanso* tan buscado. Aquel tan difícil de hallar desde un corazón «entendido y sabio» tan sólo a nivel humano.

Un rey manso y humilde

El Rey de Paz, jinete en un pollino,
llega manso hasta ti en la Eucaristía,
bebida y pan candeal que, cada día,
es vianda celestial para el camino.

Al hacerse, gozoso, tu inquilino,
asume como suya la agonía
que el Espíritu libera en su porfía
con la carne, rebelde a su destino.

Acude a su llamada generosa
y carga con su yugo llevadero,
pues su peso es más leve que tu pena.

Él, que le dio quicio a cada cosa,
te señaló el remedio verdadero
al pagar con su muerte tu condena...

Decimoquinto domingo

1. Una Palabra eficaz (Is 15,10-11)

Un breve texto de Isaías, centrado en la palabra de Dios. Una cualidad destacada: *su eficacia*: «No volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo».

Una imagen agrícola sugerente: *la lluvia*. De la Palabra, la imagen de la lluvia sugiere origen y destino: el cielo; sugiere su arraigo: la tierra; sugiere su proceso: «Empaparla, fecundarla, hacerla germinar»; sugiere su provechosa finalidad: «Dar semilla al sembrador y pan para el que come».

Son todos ellos rasgos que, de la imagen, pasan a la Palabra: Viene de Dios y a Dios retorna, una vez que ha cumplido su misión. Unos destinatarios que, «como tierra reseca, agostada y sin agua» están a la espera de ser también empapados por una lluvia abundante. No es ajena la lluvia de la Palabra a la sequedad del corazón del hombre que ansía «ser llovida». Llegada de la Palabra a la tierra del corazón. Realización de un *misterio de germinación y crecimiento*.

La Palabra en el corazón: Alimento para preguntas que,

sin ella, quedarían en el misterio de un hambre humana insaciada. Se da la mutua atracción entre *corazón humano y Palabra*. La Palabra-lluvia para el corazón-sequía... Gozoso anuncio de un cabal cumplimiento. Mutua atracción así descrita en nuestro soneto: «En el silencio de mi noche oscura/ atisbo la palabra de tu boca,/ que hace tu encarno y nunca se equivoca,/ sembrando de prodigios su andadura».

2. Todos y todo, salvados (Rom 8,18-23)

La salvación del Señor es *universal*: su destino son todos y todo. Toda la humanidad y la creación entera. Una salvación cósmica que tiene trazado el camino en la comunidad sufriente de los discípulos. Unos «trabajos, sin embargo, que no pesan tanto como la gloria que se revelará».

Porque esa gloria no se limita a ser una recompensa moral por los trabajos sufridos. Es una gloria/meta del conjunto de la creación, que asume en su caminar los trabajos realizados y sufridos por los hombres. Será «la plena manifestación de los hijos de Dios» la que colmará la *expectativa de toda la creación*. Una especie de regocijo cósmico por una humanidad salvada.

Pero hay aún más. La creación no es sólo testigo de la salvación humana; es testigo, pero es ella también sujeto: «Sometida a la frustración, con la esperanza de verse libre de la esclavitud de la corrupción». Los horizontes se ensanchan hacia un futuro plenamente liberado. El final no será aniquilamiento; será *plenificación*. El destino de todo lo creado es «entrar en la libertad gloriosa de los

hijos de Dios». Creación y salvación unidas en el designio de Dios.

El camino hacia esa meta es de *engendramiento doloroso*. Una «creación entera, gimiendo toda ella con dolores de parto». Una creación incompleta e imperfecta tendiendo dolorosamente a su plenitud; una creación inacabada con señales escandalosas de imperfección... Pero, «una creación aguardando», acompañando a los redimidos en el *gemido interior*. Costará, pero, por la fuerza del Espíritu, también será redimido el cuerpo, esa parte de una creación material, toda ella expectante. Una *creación dinámica*, en camino permanente hacia la plenitud de Dios.

3. La palabra eficaz y la tierra buena (Mt 13,1-23)

Inicio de la sección de las parábolas en Mateo: *el sembrador*. Una especie de contrapunto a la eficacia de la Palabra en la imagen de Isaías. Isaías, puesto del lado de la Palabra, la compara con la lluvia; Mateo, puesto del lado del creyente, la compara con *la tierra*. La semilla, la lluvia y la tierra..., y, en medio *la sementera*.

En el caso de Isaías, el proceso es fulminante: «No volverá a mí vacía»; en caso de Mateo, el proceso es lento y laborioso, como el de una sementera, a la que acecha el fracaso del vacío.

En las dos lecturas, la Palabra. Cuando ha caído en tierra buena, fecundada por la lluvia, produce el ciento por uno. Es la Palabra que se ha tornado eficaz, produciendo la alegría de *la cosecha*.

No basta con que haya sembrador y haya semilla, y la lluvia no niegue su presencia... El crecimiento de

la Palabra no se encuentra asegurado de una manera automática. Es preciso contar con la suerte de *la tierra*. En ella existen tropiezos para el natural crecimiento: las piedras de los caminos, los zarzales sofocantes, las malas hierbas tenaces... ¡Que la tierra puede impedir la eficacia de la Palabra! No estamos frente a un crecimiento que fuera incondicional. Sólo en la *tierra que es buena* alcanza la sementera la abundancia de sus frutos... ¡Que «no es lo mismo predicar que dar trigo»!

La semilla del Reino

En el silencio de mi noche oscura
atisbo la palabra de tu boca,
que hace tu encargo y nunca se equivoca,
sembrando de prodigios su andadura.

Ella sacó a Israel de su presura,
hizo brotar el agua de la roca
y hará que mi esperanza, tibia y poca,
sea colmada, Señor, por tu largura

Sé que el mundo en tensión aguarda
el ciento
por uno de mi humilde labrantío,
pendiente de tu lluvia y de tu nieve.

Si del dolor depende el rendimiento,
en vez de sol y lluvia, dale frío
y sequedad, para que el ciento lleve...

Decimosexto domingo

1. Dar lugar al arrepentimiento (Sab 12,13.16-19)

Dos conclusiones saca el texto de la Sabiduría del concreto proceder de Dios con el hombre pecador: a) que «el justo debe ser humano»; b) que Dios «da a sus hijos la esperanza de que, en el pecado, hay lugar para el arrepentimiento».

Dios *da tiempo al pecador*, porque es paciente y porque obra desde «un juicio hecho con moderación y un gobierno realizado con indulgencia». En la raíz de este clemente proceder está «la soberanía universal de Dios que le hace perdonar a todos» («muestra su poder con la misericordia y el perdón»). Ante nadie tiene que justificar su poder misericordioso: «Porque puede hacer cuanto quiere».

La «*inclinación*» de Dios al perdón y la indulgencia infunde en el piadoso israelita dos actitudes: a) debe parecerse a su Dios: Debe «ser humano» como su Dios es «humano». Sus entrañas deben estar inclinadas a la misericordia y no a la venganza; b) se mira a sí mismo *como un ser perdonado*, porque Dios está abierto a su arrepentimiento.

Nosotros decimos del pecador: «En su pecado lleva la

penitencia»; con la Sabiduría, deberíamos decir: «En su pecado lleva el arrepentimiento». La primera sentencia es castigadora; la segunda, esperanzadora.

2. El Espíritu y nuestra debilidad (Rom 8,26-27)

La experiencia de su *debilidad* es siempre dolorosa para el hombre. Llega, en efecto, a tocar dimensiones hondas de su ser, confrontándolo con la expresión más grande de su débil condición: la muerte.

Frente a los esfuerzos titánicos por superarla, introduce Pablo una fuerza externa de superación que es, sin embargo, «don» para la interioridad del creyente: *el Espíritu*. Su ayuda a nuestra debilidad la concreta el Apóstol en la hondura de *la oración*.

Por lógica, la experiencia de la debilidad se convierte en súplica. La certeza interior es que Alguien pueda remediarla. Pero, incluso nuestra súplica es débil por humana: «No sabemos lo que nos conviene». Nos es difícil llegar al nivel de nuestras hondas necesidades. Cuando pedimos, creemos pedir lo que nos conviene..., pero sólo lo creemos.

El Espíritu se convierte en *nuestro intérprete*. Él conoce los deseos más íntimos de nuestro propio corazón. Con «gemidos inefables» da forma a nuestros débiles gemidos. Ahondando en nosotros mismos el manantial de nuestros clamores. Hacer coincidir nuestros deseos con los deseos del Espíritu sólo lo puede hacer quien conoce el corazón humano en su mayor y mejor hondura... En esa profunda y misteriosa dimensión en la que el deseo humano se identifica con el de Dios.

3. Frente al pecado: la espera de Dios y la impaciencia del hombre (Mt 13,24-43)

La parábola de la cizaña contrapone dos actitudes: la impaciencia y la espera. Ambas, ante un hecho de evidencia: *el mal moral* que existe en el mundo.

Presentado como campo para la siembra, la semilla que se siembra en este mundo tiene importancia decisiva... Cuando la tierra está bien cultivada, la semilla echa raíces, crece y fructifica... El mundo va alcanzando así, progresivamente, su meta.

Pero es preciso contar con *el misterio del mal*. La parábola lo refiere a una mala intención personal: «Un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo, y se marchó»... El mal también germina, y se desarrolla, y se concreta en personas, instituciones y realidades que lo encarnan. Situación diferente y contradictoria: el trigo y la cizaña. Dos diferentes sementeras y dos concreciones de *enfrentado crecimiento*.

Más allá de una simplista oposición maniquea entre el bien y el mal, distinción que no conoce matices, se abre ya un contraste de actitudes: la de Dios, intentando dar lugar al arrepentimiento (primera lectura); la del hombre, deseoso de establecer diferencias, «tomando la justicia por su mano».

Llegará el momento del *discernimiento final*, que sólo toca a Dios... Mientas tanto, hay lugar para la misericordia y el perdón: la cizaña puede ser tocada por el trigo..., y el trigo se puede malograr, convirtiéndose en cizaña... Mientras tanto, «este es el tiempo de la misericordia».

¡Esperad a la siega!

Si con el pecador eres humano,
Señor..., si no te rindes en la espera,
dame tiempo de llevar hasta tu era
las postrimeras garbas del verano...

Esparcí la cizaña con mi mano
en cada noche de tu sementera...;
la gracia hizo crecer la espiga entera...;
-superando mi empeño- grano a grano.

Sumido en el hondón de mi horizonte,
no encuentra mi problema otro remonte
que el poder salvador de tu justicia.

Gima por mí el Espíritu inefable,
pues no hay desvío yerro ni malicia
que ante tus ojos sea imperdonable.

Decimoséptimo domingo

1. Donde está tu tesoro... (1Re 3,5.7-12)

La «fantasiosa» pregunta de Dios a Salomón nos la hemos hecho y la hemos hecho con frecuencia: «Si te dejaran pedir lo que quieras, ¿qué pedirías?». Y nos ha corroído la envidia de quien sí lo puede realizar, «porque le tocó la lotería».

Salomón responde desde la «ambición» de quien «es un muchacho y no sabe aún desenvolverse». Su *ambición* es, sin embargo, *sana*: «Gobernar a un pueblo numeroso, incontable, innumerable». Entender y vivir el gobierno como un servicio a su pueblo.

Pero, como no todo gobierno sirve, Salomón pide «un corazón dócil para discernir el bien y el mal». Sin este tipo de *discernimiento*, sería imposible el gobierno. En la respuesta de Dios, «el tesoro» del discernimiento incluye «saber escuchar». El que sabe discernir es porque ha aprendido a escuchar. Una escucha paciente y dócil.

Salomón ha sabido pedir. Se olvidó de las cosas materiales: «vida larga .., riquezas», incluso la victoria sobre los enemigos, y centró su corazón en suplicar *discernimiento*. Y

aquella actitud fue del agrado del Señor: un muchacho, frente a una responsabilidad, que sabe el lugar de su tesoro. Y, de ahí, la *recompensa*: «Un corazón sabio e inteligente, como no lo ha habido antes ni lo habrá después de ti».

2. Una salvación en cascada (Rom 8,28-30)

Breve texto de Pablo. Pero, hermosa descripción de quiénes son los que, por saber amar a Dios, «todo les sirve para el bien».

Han sido *llamados*..., y no de casualidad. Lo han sido, según el plan salvador de Dios. En su vocación concreta y temporal se ha realizado un designio eterno.

Llamados y escogidos, han sido *predestinados*. No se refiere aquí Pablo a la predestinación de cada uno; es, más bien, el destino al que se aboca el plan salvador de Dios: a reproducir la imagen de su Hijo. Hechos «hijos en el Hijo», podemos llamar a Jesús «hermano».. Desde esa filiación participada y compartida, es él el primogénito de todos.

Sólo en la comunión con Cristo hay llamada, realización del designio de Dios, justificación y glorificación... La mirada se nos va a la resurrección de Jesús con quien, por su bautismo, el llamado y escogido ha con-resucitado ya. Explicita Pablo, casi en cascada, una *cadena salvadora* que termina siendo con Cristo en la gloria.

3. ...allí está tu corazón (Mt 13,44-52)

La relación con la primera lectura, hace de las dos pequeñas parábolas de Jesús el eje del relato. La enseñanza es la misma *saber elegir*. La elección, ilógica a primera vista, tiene toda la fortaleza de quien sabe *llegar a lo esencial*.

Vender todo lo que se tiene aparece, a primera vista, como locura y derroche. Así se percibe, con frecuencia, la *renuncia*: se trata de ir contracorriente sin encajar en la lógica de quien pone en «el tener» el afán de su corazón.

En la compra del campo del tesoro y de la perla preciosa no se alaba simplemente al labrador y al negociante por haber hecho un buen negocio. La parábola intenta, más bien, señalar *diferentes niveles de valores*. Es posible encontrar valores por los que «quemar las naves», aquellos que agarran el corazón y lo lanzan.

Los valores se «singularizan» frente a los abundantes bienes vendidos, «un tesoro», «una perla». El Reino de los cielos se adueña del corazón. En comparación con él, que nos hace «ser de otro modo», de poco valen las riquezas. ¿Será que no sabemos caminar a lo esencial? ¿Será que andamos perdidos en tantos afanes sin meta?

Llegados a nuestro final, desearíamos encontrarnos entre el «pescado escogido». Sólo el pensar en poder ser «arrojados» por inútiles y malos, nos asusta en lo más hondo. Pero es justo ese final el que vamos preparando, sabiendo escoger en la historia.

Discernimiento

Tú, que llamas, Señor, a los que quieres,
los justificas y les das tu gloria,
haz de mi corazón grata memoria,
grata alabanza de mis menesteres.

Dame, Señor, constancia en los deberes,
tino y sagacidad sin vanagloria,
para mostrarme al hilo de mi historia
imagen fiel del Hijo, que Tú eres...

Enséñame a inclinarme hacia lo bueno,
a discernir la triaca del veneno,
a negociar la perla y el tesoro,

a vencer, convenciendo, a mi enemigo,
a no saber vivir, si no es contigo
y a ser pez en las redes de tu aforo.

Decimooctavo domingo

1. Algo más que pan (Is 55,1-3)

Una serie de pequeñas «incongruencias» ofrecen al profeta la forma literaria para hablar del pan como alimento, y de «otro alimento» significado con el pan

La oferta de agua y de pan es *gratuita*. Son llamados a comprarlos los que no tienen dinero «Comed sin pagar vino y leche de balde». Se enumeran los elementos fundamentales para una buena comida: el agua, el pan, la leche, el vino.

Porque los alimentos pagados, son alimentos sin más, de los que uno compra en el mercado. La *abundancia* y la *gratuidad* apuntan a un nuevo modo de alimentarse, el que no puede comprarse, porque es de otra catadura.

De este tipo de alimentos se dice que «no alimentan», que «no dan hartura». ¿Merece la pena gastar dinero en unas compras semejantes? El nuevo alimento procede de la *escucha atenta* de la palabra de Dios. «Escuchad atentamente y comeréis bien» la escucha será vuestro alimento. Escuchar para «saborear» lo que de veras alimenta y satisface.

La escucha de la Palabra alimenta para dar *vida*: «Escuchadme y viviréis»... Y se aboca a ratificar la alianza para siempre. El banquete festivo de la Alianza como signo de la comunión personal producida por el pacto.

2. El amor seguro (Rom 8,35.37-39)

La inseguridad en el amor entre personas es verdadero tormento. El mismo tormento sufre el creyente, pensando en el amor de Cristo.

Con preguntas retóricas comienza Pablo a subrayar una dimensión del amor de Jesucristo: es *un amor inquebrantable*: Ni aflicción ni hambre, ni angustia ni persecución, ni desnudez ni peligro. . y ni siquiera la espada del martirio nos podrán algún día separar del amor de Jesucristo. ¿No es confiar demasiado en nosotros mismos? ¿Lo podría yo afirmar así del amor que tengo a Jesús?

Pablo nos lleva a *otra seguridad*: no se trata de que estemos confiados..., hasta en el amor a Cristo nos sentimos inseguros. Esa fácil victoria y perseverancia en el amor nos vienen «por Aquel que nos ha amado». Se trata de ahondar en mi amor como respuesta y aceptar en el difícil día a día que «amor con amor se paga».

De esta *seguridad*, que es *gracia*, le viene a Pablo el convencimiento: nada ni nadie nos podrá separar del amor de Dios, que se nos ha manifestado en Cristo. En Jesús, en su vida y en el misterio de su entrega. Dios se nos ha dicho como amor hasta el extremo y ha puesto en el corazón el anhelo de dar nosotros también un «exceso de amor».

3. El pan de la abundancia salvadora (Mt 14,13-21)

Comió una gran multitud y sobró... Y la escena había comenzado con cinco panes y dos peces...

En el relato de la multiplicación de los panes se mezclan muchos temas salvíficos: la satisfacción *gratuita* («*de balde*»), que une con la primera lectura; la iniciativa de dar el «pan de la compasión» a los que le siguen sin importarles su comida material; les importa el seguimiento: «La gente lo siguió por tierra desde los pueblos»; la conjunción entre *lo poco* que los discípulos pueden ofrecer y *lo mucho* que recibe la multitud; el tono eucarístico del relato de multiplicación: acción de gracias, bendición, mirada al cielo, fracción del pan...

Estamos ante una narración que trasciende el simple relato de una acción prodigiosa... Es una invitación a profundizar en *el significado del «pan de la compasión»*, repartido entre los hambrientos, para calmar el hambre: «Comieron hasta que quedaron todos satisfechos».

La satisfacción apunta no sólo al pan material... Se adivina ya la existencia de «*otro pan*» que sacia para siempre. Importante, sin embargo, que «el otro pan» esté significado en un compartir «este pan» que es material, y en hacerlo como fruto de la compasión.

Panes y peces

Te afanas por el pan, la leche, el vino
y gastas tu salario sin hartura...
No remedia el dinero la presura
ni la tristeza el caldo del barquino...

No moltura ambiciones el molino
ni aventa el huracán la desventura...
Si dejas de buscar la «añadidura»,
te sentirás saciado de continuo.

Escucha al que de gracia da la vida
y firma con su sangre la alianza
de no dar ni una oveja por perdida.

Aplica a lo que importa la esperanza
y dedica tu tiempo y tu partida
en modelar en ti su semejanza.

Decimonoveno domingo

1. La presencia de Dios en el susurro (1Re 19,9a.11-13a)

El Señor pasa. Como a Elías, se nos invita: «Sal y aguarda al Señor en el monte, que el Señor va a pasar». Una seguridad que contrasta con la *incertidumbre de los signos de su paso*.

Intentando leer los signos del paso del Señor, nos vamos como Elías tras *lo espectacular*: el viento huracanado, el terremoto, el fuego... Todos son símbolos bíblicos que guardan su relación con *la dimensión «tremenda»* de la experiencia del misterio de Dios.

El relato nos quiere llevar, sin embargo, a *la dimensión «fascinante»*: aquel leve «susurro» en que el Señor se hace el contradictizo. Como signo de estar en su presencia, Elías «se cubrió el rostro con el manto y salió a la entrada de la cueva». Ha pasado la noche, y Elías puede volver a caminar tranquilo con su Dios... «Solo, pero no de Dios».

2. Las raíces del Mesías (Rom 9,1-5)

El texto de la Carta a los romanos está lleno de una cierta añoranza teológica. El Mesías, Jesús, tiene *raíces humanas*. Aunque Pablo nos dice poco de la vida de Jesús (ilógico, dado el tiempo de su adhesión a la fe!) sí que refiere y repite su *arraigo humano*.

El arraigo del Mesías en la historia concreta lo lleva, en la lectura de hoy, a repasar *los grandes hitos* que jalonan el acompañamiento de Dios al pueblo de su heredad. Lo hace como judío, y la añoranza le arranca sentimientos conmovedores. Su sinceridad tiene la garantía del Espíritu: «Mi conciencia, iluminada por el Espíritu Santo, me asegura que no miento».

Su pena y su dolor por la obstinación judía frente a Jesús son auténticos. Y son tan intensos que preferiría ser él mismo un proscrito, lejos de Jesús (idura afirmación de Pablo, el gran evangelizador!) con tal de que los judíos aceptaran a Jesús. Lo está diciendo quien confiesa en otro lugar: «Para mí la vida es Cristo».

Ellos, *los judíos, son las raíces*; tienen todo: la adopción filial, la presencia del Dios de la alianza, la ley, el culto, las promesas..., tienen a los patriarcas, «de quienes, según lo humano, nació el Mesías». Tienen todas las raíces, pero no reconocieron el fruto.

3. La presencia de Dios en la calma y el silencio (Mt 14,22-23)

Grande tuvo que ser la tormenta y más sobrecogedora aún la calma silenciosa para que el texto evangélico de hoy termine con una confesión de fe: «Realmente tú eres el Hijo de Dios».

Detrás de la confesión de fe, se puede adivinar una *lectura teológica del milagro*, concentrada en las espontáneas reacciones de Pedro. La experiencia de la tormenta es de todos: «La barca iba ya muy lejos, sacudida por las olas, porque el viento era contrario». En aquel *viento tormentoso* no está Jesús (primera lectura). *Jesús se acerca sereno*, más allá de la tormenta. Una llegada tan silenciosa que los confunde y asusta: «Creyeron que era un fantasma». La presencia de Jesús es una *exhortación a la calma* («Ánimo, soy yo, no tengáis miedo») en medio de una situación tormentosa.

¿Se puede creer que en medio de la tormenta, alguien se acerque dominando aquellos elementos naturales adversos? Pedro lo duda y lo quiere constatar... De nuevo, una alusión a «*la fuerza del viento*» que lo hunde. Hunde el viento y hace dudar... Y es que en el viento tormentoso no está Dios... Es preciso que Jesús «lo agarre de la mano». Una vez con él, «el viento amainó...» y en la experiencia de la calma silenciosa, se realiza la confesión de fe... Silencio, calma y susurro... El encuentro ha sido con quien «realmente es el Hijo de Dios».

Caminar sobre el agua

Escala hasta el Horeb, pues Dios se entrega
al hombre en el silencio de la altura...;
el viento, el sismo, el fuego... son figura,
pero es en el susurro como llega...

La viva fe que hervía en su bodega,
dio a Elías su peculiar investidura...,
no el arrojito verbal ni la bravura
de un celo, disfrazado de ira ciega.

Escala hasta el Horeb. Ora y espera...
Pon en manos de Dios tu sementera,
pues suyos son la lluvia y el tempero.

Templa el alma en la llama de su fragua...
y mientras tú caminas sobre el agua,
se llenará de trigo tu granero.

Vigésimo domingo

1. Un Dios, abierto al extranjero (Is 56,1.6-7)

Más que «abierto», mejor decir: un Dios también de los extranjeros. No hay en efecto, nada ni nadie extraño para quien a todos los creó. La apertura de Dios es su creación. Quien debe abrirse al extranjero es el pueblo de Israel. El pueblo había entendido la elección como un privilegio y no como *mediación* para todas las naciones. De hecho, lo que desarrolla Israel es el particularismo.

La pauta de comportamiento que el Señor les ofrece («guardad el derecho; practicad la justicia») es verdadera para todos. La revelación de «la victoria de Dios» alcanza también a las naciones. Lo que se pide al extranjero, como se pide al judío, es «que se entregue al Señor para servirlo».

Un servicio cultural («guardad el sábado»), pero, sobre todo, un servicio existencial: «Amar el nombre del Señor...; perseverar en su alianza»... Y un *templo abierto* para todos los pueblos, como casa común de oración.

2. La misericordia de Dios es para todos (Rom 11,13-15.29-32)

La última frase de la lectura de hoy da la pista para entender todo el texto: «Todos encerrados en desobediencia, para ser todos objeto de la misericordia de Dios». Históricamente *la mediación* de esa misericordia pasó de los judíos a los gentiles... Pero, sean quienes sean los mediadores, la misericordia del Señor está *destinada a todos*.

Pablo escribe este trozo de su carta desde el «lado gentil», pero con la intención de «despertar la emulación en los de su raza y salvar a alguno de ellos»... Su convicción respecto a la salvación de los judíos es firme: «Los dones y la llamada de Dios son irrevocables».

A través de la obediencia de los judíos, la salvación estaba destinada a todos; lo mismo ahora: a través de la obediencia de los gentiles, *la salvación llegará también a los judíos*. Y lo hará de manera extraordinaria: «Si su reprobación es salvación del mundo», ¿qué será su reintegración sino un volver de la muerte a la vida?

Dejando aparte los «cálculos» de la conversión del pueblo judío a la fe cristiana, lo importante aquí es subrayar su *universalidad*. A alcanzar misericordia están convocados los judíos y los gentiles. Todos alejados de Dios, pero todos llamados a su cercanía entrañable.

3. Enviado a Israel, para salvación de todo el que cree (Mt 15,21-28)

La lectura evangélica de hoy se sitúa en el paso, nada fácil, del particularismo judío al *universalismo cristiano*. Las

primeras comunidades necesitaban luz para discernir una evangelización que se hacía universal.

Mateo responde, presentando a un Jesús «judío» (su evangelio va destinado a judeocristianos): «Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel», pero que atiende a la llamada de compasión que le hace una mujer extranjera («una mujer cananea»). Lo que conmueve a Jesús de aquella mujer es que quiera *compartir el pan de la mesa de la salvación*, aunque sólo sea comiéndose las migajas (en la designación de los gentiles, hay reminiscencias de designaciones judías: guardaban el título de «hijos» para los judíos, y no era infrecuente designar a los gentiles como «perros»).

Pero la fe rompe *barreras*. Se está llevando hasta el tiempo de Jesús, lo que fue práctica de la Iglesia primitiva: «Dios no hace distinción de personas, salva a todos los que creen en él, sean de la nación que sean». La apelación de Jesús a la *fe de la cananea* para romper definitivamente la barrera: «Mujer, ¡qué grande es tu fe!». Es la fe la que «hace milagros».

Los hijos y los perros

«Porque riges la tierra con justicia,
proclaman su alegría las naciones...».
Sahúma el incienso de sus oraciones
tu casa de oración, siempre propicia...

El día al día le pasa la noticia
y la noche a la noche tus sermones
le susurra... ¡Saltad los corazones!
¡La salvación de Dios es gentilicia!

¡Atiende mi oración, Señor! Que crea
como creyó la humilde cananea
tras oír tus palabras rigurosas...

¡Que mi esperanza aguarde tu clemencia
amorosa, tu tierna providencia,
que cuida de la vida y de las cosas!

Vigesimal primer domingo

1. El poder de las llaves (Is 22,19-23)

La primera lectura de hoy es una explicación de lo que significan las llaves como signo del otorgamiento de un poder. Un infiel mayordomo de palacio, Sobná, es destituido de su cargo. Y es reemplazado por Eliacín. La lectura relata los símbolos de la investidura; a la túnica y la banda, se le añaden *las llaves*: «Colgué de su hombro la llave del palacio de David», y el poder que esas llaves significan: «Lo que él abra, nadie lo cerrará; lo que él cierre, nadie lo abrirá».

El resultado de esta encomienda es la *firmeza en el oficio*: «Lo hincaré como un clavo en sitio firme», la *finalidad de su tarea*: «Será padre para todos los habitantes de Jerusalén» y la *seguridad de su futuro*: «Un trono glorioso a la casa paterna».

El texto de Isaías no es una profecía sobre el «ministerio de Pedro». La liturgia de la Iglesia lo escoge para que *los símbolos de la encomienda* que da Jesús a Pedro, puedan ser entendidos en el contexto bíblico en que se sitúan, especialmente el que después se conocerá como «el poder de las llaves», referido al «ministerio petrino».

2. Dios: origen, guía y meta del universo (Rom 11,33-36)

Dios ante todo y sobre todo: «¿Quién le ha dado primero para que él le devuelva?». Un Dios *gratuito*; no está recompensando favores de nadie; él se está haciendo gracia y favor para todos.

Este *alarde de generosidad*, expresada en la universal y gratuita salvación, hace exclamar al Apóstol: «¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastreables sus caminos!». Un Dios *gratuitamente participado* por los que son obra de sus manos.

Dios, *guía y sustentador* permanente de las cosas que existieron por el acto de su amor. Dios, «que no odia nada de lo que ha creado». Lo sostiene, lo guía y lo conduce hacia la meta.

Dios, *meta y futuro del mundo*, que en él tiene el punto de llegada. Él está en el origen y en el fin..., sin abandonar nunca la obra de sus manos; sin abandonar nada, no sólo al hombre. Su relación es con *todo lo creado*.

3. Las llaves del Reino (Mt 16,13-20)

La «composición» bíblica que hoy hace la liturgia de la Iglesia (cf primera lectura) nos hace poner la mirada en *el ministerio de Pedro* dentro de la comunidad de los discípulos.

Las «*llaves del Reino*», prometidas a Pedro son símbolo de su posición de *primacía* entre los apóstoles. Él es *la roca* de la nueva construcción. Por eso, cambiará su nombre; de Simón a «kefas», que significa «piedra». La

«piedra» que de una manera especial va a representar al que es la única piedra angular de toda la edificación: Cristo, Jesús.

Por eso, a la promesa del Señor a Pedro, ha precedido la confesión de Pedro sobre el Señor: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». Un Mesías insustituible como «piedra angular» de la construcción eclesial... Pero la confesión de Pedro, hecha por revelación del Padre, hace que Jesús lo elija para re-presentar la *dimensión de firmeza* y confirmación en la fe, que hace afirmar al Señor: «El poder del infierno no la derrotará».

Es verdad que todos y siempre somos interrogados por nuestra confesión de fe en Jesús. Es verdad que esa confesión está llamada a transformar nuestras vidas (transformación indicada por el cambio de nombre), pero, hoy, la lectura litúrgica nos centra en la *principalidad* que, en la Iglesia, Jesús otorga al Pedro confesante en la Iglesia. Se utilizan para ello los símbolos ofrecidos por la tradición bíblica (primera lectura).

Desde esa misión, nuestra misión: «Diles quién es Jesús. El mundo espera/ en el espejo de tu vida entera/ ver el rostro invisible del Mesías».

Las llaves del Reino

¿Quién dices que es Jesús? Habla sin miedo.
Busca en el hondón de tu conciencia,
pues, si hallas su figura y su presencia
harás verdad la letra de tu Credo.

Decía «su figura»..., no el remedo
de un «póster» a tu humana conveniencia:
«su figura»..., la clara referencia
al misterio, afrontado con denuedo...

Y «su presencia», en gracia substanciada,
motor de tus afanes, anudada
al discurrir fecundo de tus días...

Diles quién es Jesús. El mundo espera
en el espejo de tu vida entera
ver el rostro invisible del Mesías.

Vigésimosegundo domingo

1. El camino difícil del profeta: la Palabra, oprobio y desprecio (Jer 20,7-9)

Otra de las conmovedoras «confesiones» del profeta Jeremías. Dios le ha probado de tal modo en su vida que él mismo llega a sentirse como «un profeta a la fuerza»: «Me forzaste y me pudiste». En el fondo, *una crisis tentadora*; a echarlo todo por la borda, «tirar la toalla». Siente como un dardo que se clava la reacción hostil de la gente: «Se burlaban todos de mí».

A Jeremías, persona sensible y de delicadas reacciones, le toca, sin embargo, *un ministerio profético duro*: anunciar violencia y destrucción para quienes habían «disfrutado» la seguridad en el refugio de la sombra del templo.

Tan grande y difícil es el peso, que el profeta se propone a sí mismo *el abandono*: «No me acordaré más de él; no hablaré más en su nombre». La respuesta le viene de muy dentro; de *la Palabra misma* que, en su adentro, ha llegado a ser nueva entraña y huesos consistentes para una existencia nueva. Una imposibilidad interna de darse ya por vencido: «Intentaba contenerla y no podía».

La respuesta comienza a hacerse *fiel*, cuando proviene de una vida tan probada que se torna en *respuesta dolorosamente forzada*: le toca ser profeta, y lo acepta, muy a su pesar.

2. La vida, ofrecida como culto (Rom 12,1-2)

La *cuestión del culto* preocupaba a la Iglesia primitiva. Muchas manifestaciones externas, tan queridas al Antiguo Testamento, habían ido desapareciendo, cuando el culto cristiano se centra en «la fracción del pan», que tanto tiene que ver con la vida de cada día.

San Pablo apunta a *la vida misma* como el lugar privilegiado de *culto*. Se hace eco de una larga y exigente tradición profética. Los profetas, en efecto, no podían concebir un culto que no contuviera vida. Pero, Pablo avanza más: no concibe una vida cristiana que, al mismo tiempo, no sea culto: «Vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios». Este es el *culto debido*, el realizado «como Dios manda»; el «culto razonable».

Un culto nuevo que tiene estos ecos en nuestro poeta: «Sed culto razonable, no ostentosa/ y vana complacencia..., lucrativo/ afán de merecer..., obrar cautivo/ de una fe cicatera o pretenciosa».

La «renovación de la mente» es aquella «metanoia» que significa la *conversión* y que centra en quien la acoge su capacidad de discernir; es el juzgar desde Dios la vida, para transformarla de acuerdo con su querer.

3. El camino difícil de Jesús (Mt 16,21-27)

En el contexto de la inspirada confesión de Pedro, una confesión sincera de Jesús acerca de su propio destino. ¡*Semejante identidad y tal destino!* Un final humanamente impropio de quien ha sido confesado como «el Hijo del Dios vivo».

Pero Jesús, sin hacer ningún tipo de concesiones, presenta, contundente y clara, *la suerte que a él le aguarda*: «Ir a Jerusalén y padecer mucho hasta ser ejecutado»... El anuncio de la resurrección queda como un poco acallado. Al menos, no es percibido por Pedro. Él, que había sido el confesante no se aviene a la incoherencia de un Mesías ejecutado, y protesta con toda contundencia. Como respuesta recibe de Jesús una de sus más duras sentencias: «Quítate de mi vista, Satanás». La razón es que Pedro está juzgando «a lo humano» lo que *sólo desde Dios puede ser aceptado* y realizado.

El programa de Jesús es humanamente poco atractivo. Pero, aun así, lo propone él como programa al discipulado; un *caminar de cruz*: una vida de renunciaciones, o, mejor, una *vida renunciada* que, paradójicamente será encontrada en plenitud. Así dice nuestro soneto: «Caminar tras Jesús es despojarse/ renovar los criterios, entregarse/ y cargar con la cruz a la medida».

Negarse a sí mismo

¡Acoged la palabra poderosa
de Dios, si dulce miel o fuego vivo;
haced del cuerpo víctima y testigo,
ofrenda y cáliz que su don rebosa!

Sed culto razonable, no ostentosa
y vana complacencia..., lucrativo
afán de merecer..., obrar cautivo
de una fe cicatera o pretenciosa.

Caminar tras Jesús es despojarse,
renovar los criterios, entregarse
y cargar una cruz a la medida.

De nada sirve conquistar el mundo,
pues nada hay para el hombre tan fecundo
que darlo todo por ganar la vida.

Vigesimotercer domingo

1. El profeta: atalaya para el pueblo de Israel (Ez 33,7-9)

Misión del profeta es *anunciar y denunciar*. La valentía de la denuncia es una de las características de la profecía verdadera. No extrañan, pues, sus consecuencias: hostilidad, confrontación y hasta muerte.

Ezequiel ha sido puesto de *atalaya para el pueblo de Israel*. La «altura» necesaria para ver y discernir la conducta de su pueblo, no le viene de sus propias fuerzas. Allí está dando *voz a las palabras de Otro*: «Cuando escuches palabras de mi boca –dice el Señor– les darás la alarma de mi parte». El profeta *no puede callar*. No es él «un perro mudo que sea incapaz de ladrar».

La *corrección* es personal y se hace en nombre de Dios. Hay que advertir al malvado que rectifique sus caminos. Su reacción podrá ser positiva (escuchar) o negativa (hacer oídos sordos). Pero, una vez advertido, *de su actitud depende su salvación...* Sea cual fuere el resultado, será imposible que el profeta calle.

Por ser «*la boca de Dios*» le ha tocado corregir. Es condición indispensable para que haya salvación. Nos dice

nuestro soneto: «El profeta no puede dar la mano,/ traicionando su recto ministerio,/ ni enarbolar la ira o el dicitario/ al corregir el yerro de un hermano».

2. Amar es cumplir la ley entera (Rom 13,8-10)

La apremiante exhortación de Pablo a poner en el amor el centro mismo de la ley, la coloca la liturgia de la Iglesia en medio de la necesaria corrección (primera lectura y Evangelio).

El Apóstol nos da, hoy, el mejor criterio para discernir el conjunto de la *moral cristiana*: «El que ama tiene cumplido el resto de la ley». En cada uno de los preceptos descubre Pablo la entraña que los valida: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Por eso, el amor no es sólo centro, sino resumen de toda la ley.

Es *atrevida* la doctrina de Pablo. Desenmascara de una vez todo cumplimiento hipócrita de los preceptos. Aleja al creyente de las puras apariencias. En ellas no puede poner el cristiano la medida de su propio cumplimiento. La medida del comportamiento del creyente es otra: «Amar es cumplir la ley entera»

Cuando hay *amor*, se destierra el miedo. Y los preceptos no sólo se «cumplen», se viven desde su más *honda finalidad*: «Uno que ame a su prójimo no le hace daño». «No hacer daño» por amor, no por una simple y externa obligación.

3. El cristiano: guardián de su hermano (Mt 18,15-20)

El despecho de Caín, alejándose del cuidado de su hermano («¿cómo soy yo guardián de mi hermano?») es totalmente ajeno a lo que pide Jesús en la comunidad de sus discípulos: *la corrección fraterna*.

Una corrección que procede de *la responsabilidad* del cuidado fiel: «Todos somos responsables de todos» (Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*). Todos estamos llamados a prestarnos mutuamente *un «cuidado fraterno»*.

Jesús hace una *delicada gradación*: a solas, con otro hermano, en el seno de la Iglesia... La finalidad de este proceso es única: es preciso «salvar al hermano». Acercarse a él *con humildad* significa reconocer la propia necesidad de salvación; acercarse *con sinceridad* es señal del querer discernir en común; acercarse *con «eclesialidad»* significa la confianza de encontrar siempre abierto el seno de la comunidad para acoger. «Decírselo a la comunidad» no es inmadura acusación. Es la seguridad de quien sabe que en el seno de la Iglesia se encuentran y se disfrutan espacios de reconciliación.

La corrección fraterna

El amor es la norma del cristiano,
ajustada a unas pautas, a un criterio.
Amar es ejercer el magisterio
frente a los usos del vivir pagano.

El Profeta no puede dar la mano,
traicionando su recto ministerio,
ni enarbolar la ira o el dicerio
al corregir el yerro de un hermano.

La comprensión y la misericordia
llevará al pecador a la concordia
consigo y con la Iglesia lastimada.

Sea el amor la luz de la conciencia,
para la autoridad y la obediencia,
que en Cristo fue asumida y encarnada.

Vigésimocuarto domingo

1. El imposible perdón, sin humana compasión (Si 27,33–28,9)

Querer entenderse directamente con Dios ha sido siempre tentación de la experiencia religiosa. Dar un «rodeo interior» para no encontrar al hermano.

La sabiduría de Israel había avanzado ya mucho, para evitar esos espiritualismos desencarnados. Para relacionarse con Dios, *hay que contar con el prójimo*. Para obtener el perdón, es preciso *aprender a perdonar*: «Del vengativo se vengará el Señor y llevará estrecha cuenta de sus culpas». Para dar escalofrío al echar una mirada cada uno a su propio corazón.

La *medida del perdón* ya estaba dada por los sabios de Israel: «Perdona y se perdonará». Fuera de esta lógica del perdón que se recibe en la medida en que se otorga, todo es absurdo: pedir la salvación, guardando rencor a los demás; querer expiar los propios pecados, manteniendo, a un tiempo, la ira.

Y una serie de *saludables recuerdos*: del propio final, para que cese el enojo (todo se hace relativo, mirado desde el propio término); de los mandamientos, para no enojarse

con el hermano; de la alianza, para perdonar siempre el error.

Con tino lo dice el soneto: «Perdonar el error..., ser perdonado/ ¡qué cabal es el fiel de la justicia!/ y hay quien se obstina, necio, en la estulticia/ de esperar, sin piedad, ser indultado».

2. Vivir y morir para el Señor (Rom 14,7-9)

Con un breve texto de la carta a los Romanos terminamos su recorrido por la lectura dominical del tiempo ordinario. Un mensaje que nos proyecta hacia *el final*, aun en medio del diario caminar. El dilema es vivir y morir para uno mismo, o vivir y morir para el Señor.

Pablo, que ha desarrollado en la carta una *teología de la salvación*, lo tiene claro: «Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo». Vivimos y morimos para el Señor. Como creyentes, y aun como criaturas, somos seres «des-centrados». Nuestro centro está en Otro.

La pertenencia al Señor es muy honda. Está arraigada en el creyente de manera sacramental: el bautismo es una consagración tan fuerte al Señor que resulta en morir-con y resucitar-con Él. Entre el creyente y su Señor hay una *comunión de destino*. Desde la estrecha unión personal, afirma categóricamente el Apóstol: «En la vida y en la muerte somos del Señor».

Somos «del» Señor para ser «como» el Señor. Es la razón fundamental que da Pablo en esta última parte exhortativa de su carta: «Actuemos *como* el Señor» (exhortación), porque «somos *del* Señor» (teología).

3. **Quien no perdona no puede ser perdonado** **(Mt 18,21-35)**

La última frase de la lectura evangélica de hoy «pone el dedo en la llaga»: «Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano». Sin otorgar el perdón, no podemos esperar perdón. Es, por otra parte, la enseñanza del padrenuestro: «Perdona nuestras ofensas *como nosotros perdonamos* a los que nos ofenden». La medida del perdón que nosotros pedimos, se la damos a Dios en la cantidad y calidad del perdón que somos capaces de dar.

¿*La cantidad*? La indica el Señor respondiendo a Pedro, que estaba dispuesto a llegar hasta siete veces. Es preciso llegar hasta «setenta veces siete». ¿*La calidad*? Se refleja en la parábola que sigue. El perdón es cuestión de *generosidad agradecida*. Sólo quien siente el agradecimiento por el perdón recibido es capaz de perdonar con generosidad: «Se le ha perdonado mucho, porque ha amado mucho».

Así lo recuerda nuestro soneto: «Setenta veces siete son la tasa/ de la gracia... Si el malo las rebasa/ podrá el justo emularle en la subida».

Perdonar... Ser perdonado

Perdonar el error..., ser perdonado...

¡Qué cabal es el fiel de la justicia!

¡Y hay quien se obstina, necio, en la estulticia de esperar, sin piedad, ser indultado!

Es perdiendo el sentido del pecado como el hombre renuncia a la franquicia de sus yerros, y cae en la injusticia de exigir el error contra el malvado.

Setenta veces siete son la tasa de la gracia... Si el malo las rebasa, podrá el justo emularle en la subida...

¡Qué inútil es vivir para sí mismo!

¡Qué fecunda es la muerte..., el heroísmo de ganar al encono la partida!

Vigésimoquinto domingo

1. Nuestro Dios es rico en perdón (Is 55,6-9)

Apemía la búsqueda del Señor. Todos son llamados a invocarlo. La cercanía de Dios estimula a recorrer el camino.

¿Todos son llamados? ¿Lo son también los malvados? Lo son, cuando recorren el camino del *arrepentimiento* («un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias, Señor»). Desandar el propio camino y cambiar los propios proyectos es lo que Dios espera de nosotros, pecadores. Aunque nos cueste reconocer que habíamos errado el tino, al intentar recorrer nuestra particular andadura. Y aunque sea duro pensar que comenzamos a recorrer el camino que nos ha trazado Otro.

Cuando el cambio realmente se da, queda en el corazón la *gozosa convicción* de que «Dios tiene piedad», porque Él es «rico en perdón». Se trata de una *experiencia de hondura*: comparada con la ruindad y egoísmo de nosotros, Dios mismo tiene que «justificar» su camino tan distinto. Caminos de gratuidad generosa: «Mis caminos no son vuestros caminos... ni mis planes son vuestros planes».

2. El dilema de partir o de quedarse (Flp 1,20c-24.27a)

Comenzamos, hoy, con un primer texto de la Carta de san Pablo a los cristianos de Filipos. El tono de todo el escrito es entrañable y personal.

En la lectura de hoy, nos quiere demostrar san Pablo una «santa indiferencia»: «Sea por mi vida, sea por mi muerte»..., lo importante es que Cristo sea glorificado.

No es pequeña la meta: *Des-centrarse de uno mismo*, poniendo la propia satisfacción en la gloria que es de Otro. Pero ahí se da la paradoja: una gloria que es de Otro y termina siendo la propia: «Para mí, la vida es Cristo». Identificación reiteradamente afirmada por san Pablo: «No yo, Cristo en mí». De alguna manera, «*un Yo cristificado*».

Si ese «*ser en Cristo*» se hace más fuerte después de esta vida, Pablo no duda en considerar *la muerte como auténtica ganancia*. En ese anhelo místico de la unión definitiva con quien es vida en plenitud, una sola variante: el trabajo por quienes considera «suyos»; todos aquellos que Dios mismo le ha encomendado. Sólo esta encomienda de Dios es capaz de frenarle su deseo de estar, ya muerto, plenamente con Cristo.

Más que su propio camino hacia Cristo, le importa al apóstol Pablo *la andadura cristiana de los fieles* de Filipos: «Lo importante es que vosotros llevéis una vida según el evangelio de Cristo». Espiritualidad de evangelizador que se alimenta acompañando con fidelidad a todos aquellos a quienes anuncia el Evangelio.

3. Los hay que no quieren «que Dios sea bueno» (Mt 20,1-16)

«Los de toda la vida» y *los de última hora*. Quienes iniciaron pronto el seguimiento tienen un evidente peligro: pensar que recibirán más, porque empezaron primero. Y llegan hasta enfadarse con el mismo Dios porque da la misma suerte a quienes se acercaron a él en el mismo ocaso de su vida. Se portan como quienes han «soportado un peso» y consideran injusta la paga a quienes no sopor-taron nada.

Pero, ¿es que puede ser considerado el seguimiento como carga? ¿Puede la vida cristiana entenderse como «obligación externa» que se lleva con desgana resignada? Muchos así lo pensaron y lo piensan. Creen haberse ganado el salario a base de cumplimiento; y se enojan con el amo que, *con su amor*, recompensa con la misma paga a los últimos. No se han acostumbrado a la *extraña gratuidad* de los caminos y planes de Dios.

Nuestro soneto recoge bien *la «ilógica» del Dios bueno*: «Quiero ser en tu viña jornalero/ desde el amanecer hasta el ocaso,/ aunque premie igualmente tu dinero/ el tiempo breve y el trabajo escaso/ pues no busco otra cosa en el salario/ que el amor contenido en tu denario».

Los planes de Dios desconciertan, en efecto, cuando uno se ha salido de la «ilógica del amor»..., cuando no se percibe ya que el amor es capaz de llegar hasta el extremo.

Un denario de amor

¡Regresar a la Tierra prometida,
gustando en el deseo tu cercanía...,
contemplar la aurora de la Parusía...
ganar tu intimidad, perder la vida...!

Porque en Ti mi esperanza está escondida,
vivo, mientras te busco, la alegría
de la misericordia y la amnistía
que tu largueza eroga sin medida...

Quiero ser en tu viña jornalero
desde el amanecer hasta el ocaso,
aunque premie igualmente tu dinero

el tiempo breve y el trabajo escaso,
pues no busco otra cosa en el salario
que el amor, contenido en tu denario.

Vigésimosexto domingo

1. Conversión y salvación (Ez 18,25-28)

El perdón de Dios es tan «ilógico» que a muchos escandaliza «No es justo el proceder de Dios» Y es que hay gente que no puede tolerar a un Dios *perdonador* que, recreándolo, iguala al pecador con el justo

Pero, ni santidad ni pecado son dos realidades estáticas, como fijas. Puede la vida seguir un progresivo camino positivo (santidad) o un camino negativo (pecado). Pero estos caminos que parecen tan trillados, pueden sufrir un *cambio de dirección* «Cuando el justo se aparta de su justicia, comete la maldad, y muere» Es buen aviso para navegantes «Quien se cree seguro, tenga cuidado, no sea que caiga» Y «cuando el malvado se convierte de la maldad que hizo, y practica el derecho y la justicia, él mismo salva su vida» Un buen *panorama de esperanza* «Volved al Señor y viviréis»

El contexto de la enseñanza de Ezequiel es la *responsabilidad personal*. No puede uno refugiarse en el comportamiento del grupo. El grupo ayuda para bien o para mal, pero no sustituye el camino. Puede, sin embargo, hacerse

una *opción personal* para el bien desde una conciencia clara de la propia vida de injusticia: «Si el malvado recapacita y se convierte de los delitos cometidos, ciertamente vivirá y no morirá»: Dios trabaja en lo íntimo del corazón el camino que lleva hacia él.

2. Despojarse del rango (Flp 2,1-11)

Al deseo de «ensalzarse» por encima de los otros, «en-diosándose»; al afán de aparentar un rango que no se tiene; a la codicia de estar encumbrado por todos... se contraponen la actitud de Jesucristo. Es un himno primitivo al *abajamiento del Verbo* que Pablo encontró ya hecho... Pero es muy ilustrativo el contexto en que lo inserta, escribiendo a los filipenses.

El Apóstol les ha pedido una vida de humildad: «No obréis por envidia ni por ostentación; dejaos llevar por la humildad y considerad siempre superiores a los demás». Justo todo lo contrario de lo que es tendencia humana. Una *vida alternativa*, como alternativo es no andar buscando el propio interés, sino el interés de los demás.

¿Es de locos este salir radical de uno mismo? Es el llegar a tener en nosotros «los mismos sentimientos de una vida en Cristo Jesús». El ser y el obrar «en Cristo Jesús» trastocó la vida del Apóstol y trastoca la vida del creyente.

Y modelo no le falta a san Pablo: El «despojarse del rango» es la *entraña de la encarnación* de quien tiene la condición divina. Un despojo que al Verbo le hace «pasar por uno de tantos». Un despojo que lo lleva hasta la expropiación de la muerte. Y, para más abajamiento, hasta

una muerte de cruz Un auténtico «descenso» hasta la miseria humana Pero un *abajamiento fecundo* hay un «por eso» que une «el despojo de su rango» con la exaltación de su nombre «Por eso, Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre»

3. Conversión en las obras (Mt 21,28-32)

«De buenas intenciones están los infiernos llenos», dice nuestro refrán Y no le falta razón las bonitas palabras y las buenas intenciones no tocan el corazón

La parábola de Jesús no puede ser más sencilla y expresiva cumple la voluntad del padre quien *hace realmente lo mandado*, a pesar de su espontánea y negativa respuesta Y se queda sin cumplirla quien todo lo dejó en palabras Fueron realmente «de las que se llevó el viento», porque no hizo lo mandado

El ambiente que la parábola deja es un contexto excelente para que Jesús proclame *quién tiene la precedencia* en el Reino Los publicanos y prostitutas, que creyeron el mensaje de Juan, llevan la delantera en el camino hacia el Reino Es en verdad paradójico A pesar de haber dicho «no» ellos, al final, sí acudieron, mientras que los que habían dicho «sí», no dieron nunca después el paso definitivo «Vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis»

Ya nos lo había dicho Ezequiel ni la santidad ni el pecado son realidades estáticas Y ahora añade Jesús Tampoco son realidades de palabras, se trata de realidades de obras

¿Vas o no vas al tajo?

Tú eres quien peca y quien se arrepiente,
pues sólo la persona es responsable;
la razón de tu obrar abominable
no está en los avatares o en la gente.

Para Dios la mejor «cuenta corriente»
no es tu mérito ruin y deleznable:
lo pasado no es bien ni mal contable,
le importa tu actitud en el presente.

¿Vas o no vas al tajo de la viña?
Es el *ir* no el *decir* lo decisivo.
Si en la mentira asientas la rapiña

de tu bien parecer, serás un «vivo»,
pero no lo estarás..., pues solamente
resurge, tras morir, el obediente.

Vigésimoséptimo domingo

1. Los cuidados..., y la ingratitud de la viña (Is 5,1-7)

Una deliciosa alegoría..., y una lección magistral sobre la *ingratitud*. Un labrador íntimamente afectado por la poca relación entre el cuidado ofrecido y los frutos cosechados. Una imagen certera de «*la frustración de Dios*» frente a la ingratitud del pecado.

Una descripción detallada de *los cuidados*: el lugar de la plantación, el cuidado de la tierra y su labranza, el guarda para vigilarla y el lagar ya preparado a la espera de unos frutos que se convirtieran en vino...; *los detalles del cuidado aumentan la frustración*: «Esperó que diera uvas, pero dio agrazones». El corazón destrozado de un viñador cuidadoso...

Se le agolpan en su mente los «porqués» hasta que llega a *una dolorosa decisión*: «Quitar la valla para que la viña sirva de pasto..., destruir su tapia para que la piso-teen». En lugar de frutos, desolación y sequedad, zarzas y cardos... Y, sin embargo, el labrador esperaba, porque «*la había cuidado*»

Era fácil adivinar en la alegoría *la relación de Dios con su*

pueblo. Pero Isaías la explicita: «La viña es la casa de Israel..., los hombres de Judá, su plantón preferido»... Una preferencia mostrada en toda la historia de la salvación. Por eso, por la ingratitud, impresiona la constatación del profeta: «Esperó de ella derecho, y ahí tenéis: asesinatos; esperó justicia, y ahí tenéis: lamentos».

2. **Confiados, en las manos de Dios** **(Flp 4,6-9)**

Intento de Pablo de llevar a los filipenses a la raíz misma del *abandono en las manos de Dios*: «Nada os preocupe» (podría añadir santa Teresa: «Sólo Dios basta»).

Con la vida puesta en la presencia de Dios (la oración, las súplicas, la acción de gracias...), podemos esperar, seguros, *el don de la paz*. Una paz tan fuera de serie que «sobrepasa todo juicio», todo aquello que pudiéramos pensar o esperar.

Una *paz* que hará de «*guardián*» en la vida. Guardián para no dejar entrar la agitación en el corazón o la turbación en el pensamiento... Una paz, árbitro de comportamientos, para realizarla con los demás, haciéndonos sus artífices. Una paz que, desde el corazón, se vuelca hacia toda situación de violencia y de guerra, empujando fuerte hacia la fraternidad.

Puede así obrar el creyente, incluso con quienes no comparten su fe. Dentro de su corazón ha ahondado *un humanismo profundo*: «Lo verdadero, lo noble, lo justo, lo amable, lo laudable, todo lo que es virtud o mérito» no le puede ser ajeno a un cristiano .. Es el «nada humano lo considero ajeno».

Y no le asusta a Pablo ponerse él mismo de modelo

para su comunidad de Filipos. Parecería una osadía, pero es un sencillo acto de fidelidad paterna: «Lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis y visteis en mí, ponedlo por obra».

3. Unos viñadores ingratos (Mt 21,33-43)

El tema de la viña une la lectura evangélica con la primera lectura. Sólo que allí la referencia es la viña como conjunto del pueblo, aquí son los viñadores, sus jefes, arrendatarios (que no propietarios) del pueblo. En las dos lecturas también el tema de *la ingratitud*: la viña misma (el pueblo) es ingrata; los viñadores arrendatarios (sus jefes) llevan la *ingratitud al extremo*: la muerte del hijo-heredero.

La viña que es Israel no tiene más amo que a Dios. Él es quien la ha confiado en arriendo... y, siempre, a la espera de los frutos. A recoger esos frutos mandó Dios sus *mediadores* en toda la historia del pueblo. Los profetas, sobre todo, exigieron con vehemencia a aquellos arrendatarios los frutos que no eran suyos... La historia se repetía: hacerlos desaparecer, para apropiarse del pueblo. Es tentación permanente para quien cambia su vocación de servicio por la opresión y el dominio.

La parábola culmina con *el envío del «hijo»*; él ya no es emisario; por derecho, es heredero. ¿Cambiarían así las cosas en el nivel de los frutos? Así lo esperaba el «padre». Y así lo esperaba el «Padre»: que el envío de Jesús cambiara el corazón de los viñadores ingratos y, finalmente, rindieran la cuenta de los frutos esperados...

El Padre «esperaba» ...; pero la reacción de aquellos arrendatarios es llevada hasta el extremo del *linchamiento del Hijo*. Los dirigentes que oían a Jesús entendieron hacia

quien iba la parábola. Entendieron, pero no reaccionaron, pretendiendo continuar en posesión de la viña. Sólo que, desde entonces, pesó sobre sus cabezas la sentencia de Jesús: «Se os quitará a vosotros el reino de Dios, y se dará a un pueblo que produzca sus frutos»

La viña del Señor

¡Señor! dale a mi viña de agrazones
el cultivo tenaz de tu paciencia;
llueve el agua lustral de tu clemencia,
que empape la aridez de sus raigones;

cólmala de tus mimos y atenciones:
el cálido fluir de tu querencia
ablandará el rigor de su conciencia,
trocando en gratitudes las traiciones.

La cepa que tu diestra poderosa
plantó y cavó hasta hacerla vigorosa,
se olvidó de tu amor entre amoríos...

Desciende desde el cielo a visitarla,
porque, si Tú te cansas de cuidarla
tornará a sus antojos y desvíos.

Vigesimal octavo domingo

1. Un banquete «a lo grande» (Is 25,6-10a)

¿El motivo?: «Festejar y gozar la salvación». El *banquete* es, por lo tanto, *festivo*, sin lágrimas, sin duelos y sin muerte, que ya estará aniquilada para siempre. Es un festín de alegría encima mismo del monte Sión.

Es *banquete de abundancia* de manjares y de vinos de solera. «Enjugadas las lágrimas de todos los rostros», la abundancia del gozo de la salvación.

Es *banquete de presencia*: «Aquí está nuestro Dios». El poder de su mano salvadora sobre el monte: «La mano del Señor se posará sobre este monte». Y el mismo Señor que prepara el banquete, como generoso anfitrión. En aquella comida da Dios todo lo que tiene y lo que es. La comida, acercando a Dios y a su pueblo en experiencia gozosa de salvación.

Es *banquete abierto* a las naciones. Quitado su oprobio, el Israel del banquete de Dios volverá a ser la medicación para su acción salvadora. *Todos los pueblos* podrán sentarse a la mesa, en una *comunión universal*: el Señor «arrancará el velo que cubre a todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones».

Se rompen las barreras que mantenían a los gentiles

apartados de la salvación. Se abre generosamente el círculo de los invitados: no unos pocos privilegiados; es un banquete abierto para todo el que quiera saciar su hambre en la mesa preparada por el Señor.

2. Un buen entrenamiento (Flp 4,12-14.19-20)

La evangelización exige siempre entrenamiento. Lo exigió a Pablo, lo ha exigido en la historia y lo exige hoy: estar bien *entrenados para todo y en todo*.

Desde una nueva *jerarquía de valores*, la ofrecida por la vida de Jesús y su evangelio, todo se hace relativo. Y llega a que dé lo mismo estar hartos que hambrientos, nadar en la abundancia o estar privados de todo. La tendencia natural nos lleva a la satisfacción, que quisiéramos colmada. Pero la experiencia diaria es distinta. El evangelizar cada día nos confronta con frecuencia con una insatisfacción marcada por la propia *debilidad* y por la debilidad humana del evangelio ofrecido.

Pablo apunta hacia fuera de sí mismo, cuando habla del origen de su *fuerteza*: «Todo lo puedo en aquel que me conforta». En Él experimenta el fundamento de la gracia que sostiene. Pero, los propios filipenses no son tampoco ajenos a esta fortaleza del Apóstol: «Hicisteis bien en compartir mi tribulación». En *el mutuo compartir* los «duros trabajos del evangelio» se expresa la fortaleza en la misma debilidad.

Así lo expresa nuestro soneto de hoy: «Sobrevivir en copia y en pobreza./ Me dio tu providencia gozo y duelo/ yo te di la pobreza de mi celo/ y el mezquino calor de mi tibieza».

3. Un banquete para todos (Mt 22,1-14)

Los israelitas se consideraban los únicos comensales del banquete del Señor. El resto de las naciones había quedado excluido de la mesa. No consideró Israel su oficio de *mensajero*, escogido para invitar. Le pareció y defendió que sólo él era el invitado.

Tomando pie de la tradición bíblica (primera lectura), Jesús compara la realidad consumada del Reino con *un banquete de bodas*. Pero es un banquete extraño. Y en su extrañeza, encierra el banquete la lección.

Los convidados no quisieron asistir. Y, sin embargo, habían sido ellos los *primeros llamados*: «Mandó criados para que avisaran a los convidados». La invitación se hace *insistente*: «Mandó a enviar criados para comunicarles: "Todo está a punto, venid a la boda"»... Toda una *historia de llamadas* a su pueblo, que culmina con la invitación a este banquete final, el banquete del Mesías... Pasada la preparación, ha llegado la etapa final: «Venid», son las bodas del Cordero.

Pero Israel busca pretextos para no incorporarse al banquete. Y desde ese rechazo y la cólera del rey («son un pueblo de dura cerviz») se produce la apertura a la *invitación universal*. Una invitación que llega a todos los excluidos. Los primeros invitados no fueron dignos de la gratuita invitación. Habrá, ya desde ahora, *otros nuevos invitados* con otro «merecimiento», el fundado en la gratuidad de la llamada y no en los méritos propios para ser los invitados: «A todos los que encontréis, invítadlos a la boda». Por los caminos del mundo invitando, por la gracia, hasta que el salón de bodas se llene de comensales.

Sólo hay *un traje de fiesta*. El traje de quien es invitado por la gracia. El traje de los méritos propios es un traje tan indigno que no vale para sentarse en la mesa de invitados.

Banquete universal

¡Invítame al festín de tu largueza
y que la salvación colme mi anhelo;
arranca de mis ojos este velo,
que les hurta el color de tu belleza!

Supe vivir en copia y en pobreza.
Me dio tu Providencia gozo y duelo.
Yo te di la torpeza de mi celo
y el mezquino calor de mi tibieza.

Mi traje no es lujoso ni adecuado,
pero mi corazón se ha despojado
de cualquier apetencia o atadura...

Pon Tú lo que le falta a mi atalaje,
pues no tengo otro hatillo o equipaje
que el afán de gozar de tu ventura...

Vigesimonoveno domingo

1. **Ciro, instrumento de Dios** **(Is 45,1.4-6)**

El mensaje bíblico de hoy gira en torno a la «*división de poderes*»: lo del César y lo de Dios.

Pero la primera lectura quiere subrayar que «el poder del César» no ocurre al margen de Dios. De ahí la reflexión de Isaías sobre la relación del Dios de Israel con un monarca extranjero. Nunca a ningún rey de afuera se le había dado el *título de «ungido»*, que era título mesiánico. Y nunca, con ningún rey extranjero, se había «aliado» Dios de tal modo que llegase a considerar sus hazañas como propias.

Ciro es el monarca del retorno del exilio. Su nueva política con los desterrados, les permitió volver a la tierra que dejaron. Aquella acción del monarca, que se tradujo en su beneficio, hace que, en todo Israel, Cyrus disfrute de una especial estima. Se da *la llamada*: «Te llamé por tu nombre». Una llamada extraña: «Aunque tú no me conocías». Expresión de una soberanía de Dios, que se extiende a las naciones. Y una extraña *entronización*: «Te pondré la insignia, aunque no me conoces». Es frecuente

en la teología del Antiguo Testamento: Dios cumple sus designios, sirviéndose de instrumentos ajenos a la mediación propia de Israel. El Dios de Israel no es un Dios confinado.

Pero, tampoco la vida de los pueblos gentiles es ajena a la providencia de Dios. Incluso sin saberlo ni confesarlo, todos los pueblos y sus dirigentes no son ajenos a los proyectos de Dios sobre la historia de los hombres y, muy en concreto, sobre la historia del Israel de la alianza.

2. Palabras y convicciones (1 Tes 1,1-5b)

Comienza, hoy, la lectura de la primera Carta de Pablo a los tesalonicenses. Nos va introduciendo ya en la *dimensión escatológica* de los últimos domingos de este tiempo ordinario.

Es una comunicación cercana y entrañable con los cristianos de Tesalónica: «Damos gracias por vosotros y os tenemos presentes en nuestras oraciones». Una descripción de la vida cristiana de la comunidad fundada por Pablo. En torno a *las tres virtudes teologales*, un breve, pero significativo apunte: *una fe activa, un amor esforzado y una esperanza con aguante*. En el cuerpo de la carta, desarrollará Pablo lo que aquí sólo enuncia. Y, sobre todo, desarrollará el tema de *la esperanza*: ella será la clave de la espera de la segunda venida del Señor.

Recuerda a los tesalonicenses *su elección*. No son una comunidad formada por casualidad. Ellos se deben a un designio amoroso de Dios que llama. La construcción de la comunidad tuvo una base: la *proclamación del Evangelio*.

Interesante la descripción paulina de la acción evangelizadora, origen de la comunidad: *palabras y convicción profunda*. Y en ambas, *la fuerza del Espíritu Santo*. Un enunciado breve de todo esfuerzo evangelizador.

3. Dios y el César (Mt 22,15-21)

Astuta tentación para poner a prueba a Jesús. Intento de que *confronte a los dos poderes* en juego: el de Dios con el del César; el del César con el de Dios.

La respuesta de Jesús se ha utilizado siempre para *distinguir esferas*: la civil y la religiosa. Cuando no hay tal distinción, se siguen las confusiones y funcionan los atropellos. Las dos esferas son independientes. Pero, es Dios mismo quien instituye a la autoridad civil, incluso en el caso de aquellos que aún no lo reconocen (primera lectura). Pero, aun procedente de Dios, tiene esta autoridad su *ámbito y sus propios fines*, que es preciso respetar: «Dad al César lo que es del César».

Pero tampoco puede el César invadir *el espacio que corresponde a Dios*: «Dad a Dios lo que es de Dios». Dios no puede quedar arrinconado. Ni la historia puede cortar el «cordón umbilical» que la une al origen y a la meta de las cosas.

Los caminos son distintos, y ambos gozan de su justa autonomía. Pero ambos tienen *en Dios el origen*, dirigiéndose los dos a una única *meta*.

En un lenguaje actual, podríamos hablar de que es preciso no confundir secularidad con secularismo, ni laicidad con laicismo. Y, con el Concilio, hablaríamos de la legítima autonomía de las realidades temporales –in-

cluida la política—. Pero una autonomía –diríamos– que no corta el cordón umbilical que a toda realidad humana la liga con el Creador.

Dios y el César

Entre el César y Dios no hay competencia.
Tiene cada nivel su autonomía.
Todo en la creación es armonía,
que condice poder y omnipotencia.

La fe no invade el campo de la ciencia,
pues el valor no quita cortesía;
no humilla a ningún ser la jerarquía
ni empaña el albedrío de la obediencia.

Ciro es ungido, pese a ser pagano,
y el mismo Dios lo lleva de la mano
–liberando a Israel– a la victoria.

No le importa la fe en ningún momento:
lo elige como dócil instrumento
de su amor en el curso de la historia.

Trigésimo domingo

1. «Los» preceptos del amor (Éx 22,20-26)

Gran parte del Código legal del Éxodo se refiere a las *relaciones interhumanas*. Una aplicación concreta de la *relación horizontal* que produce la alianza. La alianza con su Dios no hace que el pueblo mire tan sólo hacia arriba, para ser fiel a lo pactado. La alianza le hace también *mirar hacia el prójimo*. En el hombre se defiende o se maltrata la causa del mismo Dios.

Ni opresión ni vejación al forastero..., subrayando la razón: «También vosotros fuisteis forasteros en Egipto». Gratuitamente recibieron la mirada y la visita del Dios liberador. Ahora les toca a ellos expresar la misma actitud liberadora.

Nada de explotar a las viudas y a los huérfanos (expresión para señalar a las clases más débiles del pueblo) ¡Que no se puede repetir hacia dentro la humillación que ellos mismos sufrieron causada por los de fuera!

Nada tampoco de usura ni cualquier aprovechamiento de la debilidad económica del prójimo. No se puede «comprar» al débil, aprovechando sus necesidades para el interés personal.

En todo comportamiento con el prójimo es Dios mismo quien está puesto en causa: «Si gritan a mí, yo los escucharé, porque soy compasivo».

2. La alegría de la Palabra acogida y anunciada (1Tes 1,5c-10)

Continúa el diálogo de Pablo con la Iglesia de Tesalónica. La mayor alabanza del Apóstol. que *acogieron la Palabra*. Una acogida que se realiza en medio de dificultades: «Entre tanta lucha». Pero también la actitud imprescindible para acogerla como Buena Nueva: «Con alegría del Espíritu Santo».

La Palabra acogida se convierte en los tesalonicenses en *Palabra anunciada*. Y anunciada, ante todo, con la vida: «Llegasteis a ser un modelo para todos los creyentes». Es toda la comunidad la que se ha hecho misionera... ¡y a lo grande! «Desde vuestra comunidad, la palabra del Señor ha resonado no sólo en Macedonia y en Acaya, sino en todas partes».

Ha sido una *tarea misionera cercana*: Pablo no tiene que explicar nada, «porque su fe en Dios ya ha corrido de boca en boca». Y ha sido una *evangelización testimonial*. Ellos han contado su propia experiencia a los demás: Han abandonado los ídolos para seguir al Dios vivo y verdadero.

Marcada por la esperanza escatológica, la comunidad de Tesalónica añade a su predicación su *mirada hacia el futuro*: viven «aguardando la vuelta de Jesús, el Hijo, desde el cielo». Apertura a la Parusía, fundada en el núcleo de la fe: aguardan «a que se manifieste quien ha resucitado a Jesús de entre los muertos».

3. «El» precepto del amor (Mt 22,34-40)

Gracias a aquel fariseo que quiso poner a prueba a Jesús, tenemos de sus propios labios el *resumen de todos sus preceptos*.

A Jesús le preguntaron por *el precepto primero* y el más fundamental del conjunto de la Ley. Responde con la recitación cotidiana de todo piadoso israelita: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser». El mismo Jesús recitaría a diario el «shema», el «escucha, Israel», con el que se introduce el mandamiento del amor a Dios.

Pero, en labios de Jesús, hay otro mandamiento que, aunque segundo, «es semejante al primero». Tanta es la semejanza que no se puede dar el uno sin el otro. «Estos diez mandamientos se encierran en dos», aprendimos ya desde niños en el catecismo, que se inspiraba en esta respuesta de Jesús.

La *semejanza de amores* eleva el amor al prójimo, dándole un *rango teológico*... Las expresiones de este amor enunciadas en la primera lectura, las que jalonaron la vida de Israel y han embellecido la vida de la Iglesia son, en definitiva, expresiones de un mismo amor a Dios, unido por voluntad expresa de él de manera indisoluble al amor a nuestro prójimo.

Lo resume así nuestro soneto: «Amar es convivir sin hacer daño./ dialogar sin trastienda y sin engaño./ rendir con humildad las sinrazones.../ compartir la escasez o la abundancia/ y dejar a tu paso la fragancia, de la Ley encarnada en tus acciones».

Ama y haz lo que quieras

«*Ama y haz lo que quieras...*». ¡Qué evidencia suma san Agustín al Mandamiento!
Porque el amor es más que sentimiento...,
es fuego que transforma la querencia.

Amar es eficacia, no apariencia
o ensoñación sin quicio ni cimiento...,
es obrar con sentido y argumento
a la luz cenital de la conciencia.

Amar es convivir sin hacer daño,
dialogar sin trastienda y sin engaño,
rendir con humildad las sinrazones...,

compartir la escasez o la abundancia
y dejar a tu paso la fragancia
de la Ley, encarnada en tus acciones.

Trigésimo primer domingo

1. La ley convertida en un tropiezo (Mal 1,14b-2,2b.8-10)

Puestos para guiar, los sacerdotes se convierten en tropiezo. Acusación de Malaquías de una dureza implacable. A los sacerdotes de Jerusalén les falta *obediencia y disponibilidad* ante el nombre del Señor. Recibirán de Él la maldición.

Los guías se han apartado del camino; los acompañantes hacen tropezar a muchos; los custodios de la alianza, la invalidan... ¡Sombrío panorama! Los *pecados de los sacerdotes* se resumen en «no haber guardado mis caminos». Pero se destaca uno de ellos: «Os fijáis en las personas al aplicar la Ley». La *injusta acepción de personas* que tanto sufrimiento y dolor causó siempre en los humildes.

Y es que, con la *acepción de personas*, se ofende al Padre de todos. La pregunta retórica de Dios a estos parciales sacerdotes es convincente y tierna: «¿No tenemos todos a un mismo Padre?». Ya apuntaba Malaquías a la *común filiación* para urgir fraternidad. La imagen y semejanza impresas por el Creador a todos nos alcanza, sin exclu-

siones parciales: «¿No nos creó el mismo Señor?».

Y la impresionante *implicación de Dios* en las ofensas al prójimo. Es el mismo nombre de Dios el que queda profanado, «cuando un hombre despoja a su prójimo».

2. El rostro materno de la acción pastoral (1 Tes 2,7b-9.13)

Desahogo personal de Pablo con la Iglesia de Tesalónica... Un desahogo realizado con exquisita ternura. Los ha tratado, en efecto, «como una madre cuida de sus hijos». Un «oficio materno» que subraya toda la fuerza oblativa del cariño. Él es el motor de una *entrega sin reservas*. Era un cariño tan grande, «que deseábamos entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias personas» (iqué diferencias con «los guías» de la primera lectura).

Y es un *cariño acreditado por las obras*: los trabajos por el Evangelio. A los esfuerzos y fatigas, añade Pablo el *gesto de la gratuidad*: «Trabajando día y noche, para no serle gravoso a nadie».

El cariño es recíproco. Pablo ve recompensado su trabajo por una *respuesta generosa* por parte de los tesalonicenses «que le habían ganado su amor».

La respuesta tiene que ver con *la acogida de la Palabra*. En medio de tanto y tan fiel recíproco cariño, la acogida no se refiere a la palabra de Pablo («no la acogisteis como palabra de hombre»), sino a la misma palabra de Dios (la acogisteis, «tal cual es en verdad, como palabra de Dios»).

El *recíproco cariño* entre Pablo y la comunidad encuentra una referencia última: «La palabra de Dios que permane-

ce operante en vosotros, los creyentes»... Una Palabra que es más grande que Pablo y que la comunidad de Tesalónica.

3. La ley convertida en fardo (Mt 23,1-12)

No es menos dura la denuncia de Jesús contra los líderes, comparada con la de Malaquías (primera lectura). Ambas tienen en común *una queja*. Ponen ambas en el punto de su mira a aquellos que agobian a los demás con cumplimiento de leyes, quedándose ellos al margen: «Dicen, pero no hacen». Estos no se merecen la escucha: «Porque no hacen lo que dicen». «No hagan lo que ellos hacen».

Son muchos los motivos de la *queja de Jesús*: imponen a otros las cargas que ellos mismos no están dispuestos a llevar; obran por ostentación: «Para que los vea la gente»; les gusta hacer las cosas con boato y son ambiciosos a la hora de escoger los puestos: «Les gustan los primeros puestos en los banquetes y los puestos de honor en las sinagogas»; disfrutan con que otros se humillen ante ellos: «Que les hagan reverencias por las calles y que la gente los llame "maestros"».

No deben de ser nunca así los *líderes cristianos*. Su calidad es de hermanos y no de padres ni jefes... Del propio Jesús han aprendido la norma: «El primero entre vosotros sea vuestro servidor». Podemos rogar con nuestro sone-to: «Guarda mi alma, Señor, de la arrogancia;/ de la ambición mezquina y traicionera;/ que la unción, entendida a tu manera,/ me aleje del boato y la jactancia».

Predicar y dar trigo

Guarda mi alma, Señor, de la arrogancia,
de la ambición mezquina y traicionera;
que la unción, entendida a tu manera,
me aleje del boato y la jactancia.

Ayúdame en cualquiera circunstancia
a henchir de su presencia cada espera,
a encender con tu luz cada ceguera
y aliviar la escasez con tu abundancia.

Que al decir con rigor el Padrenuestro,
te aclame como el jefe y el maestro,
situado al nivel de mis hermanos.

Que en senda abrupta o en jornada larga
ayude a todos a llevar su carga
hasta dejar sus vidas en tus manos...

Trigésimo segundo domingo

1. La vela y la madrugada para encontrar la Sabiduría (Sab 6,12-16)

Cercanos ya al final del año litúrgico, la liturgia nos confronta con la *espera vigilante*. Una vigilia y espera que tienen su recompensa en *el encuentro* anhelado.

En la primera lectura es *la Sabiduría* la que nos sale al encuentro: «La ven fácilmente los que la aman, y la encuentran los que la buscan». Ella misma toma la iniciativa... y se muestra. Y espera, paciente, a todos los que la buscan

Hay quienes la desean y hasta *madrugan por ella*. Allí «la encuentran, sentada a la puerta». Los hay que *velan* por ella y, en su vigilia, «pronto se ven libres de preocupaciones»

Aunque no todos velan ni madrugan... Pero, también para ellos, ella misma se convierte en *buscadora* del encuentro «Va de un lado para otro, buscando»; eso sí, buscando «a quienes la merecen». Con benignidad, ella anda por los caminos, «y les sale al paso en cada pensamiento»

Una hermosa descripción de *la «inquieta Sabiduría»* a

toda costa, quiere el encuentro para comunicar todo aquello que ella es y todo lo que posee. Hacemos la súplica de nuestro soneto: «¡Oh Dios, Tú eres mi Dios, por ti madrugo!/ Anhela mi alma tu Sabiduría./ Lluève sus aguas sobre mi sequía...,/ pon sabor en mis labios con su jugo».

2. La «suerte» de los difuntos (1Tes 4,13-17)

Lo que toca a los difuntos es su «suerte». ¿Mirarla con aflicción y honda desesperanza? Es duro el que nuestra vida venga a *acabar en la tumba*. Una brecha queda abierta en lo más hondo del hombre. Para cerrar esa brecha escribe Pablo a los cristianos de Tesalónica. No los quiere afligidos ni desesperados ante el misterio de la muerte, como ocurría con tantos a su alrededor. Como ocurre y ocurrirá siempre: confrontados con el misterio del fin.

La clave hay que buscarla en la *resurrección de Jesús*. Creída por la fe, la resurrección no es un «acontecimiento» que afecte tan sólo a Jesús. Ella abarca mucho más: «A los que han muerto en Jesús, Dios los llevará con él». Nuestra unión sacramental en el bautismo con Jesús crucificado es también una *unión con Jesús resucitado*: «Unidos con él con una resurrección como la suya»

Queda fuera de lugar la preocupación por la «suerte» de los muertos. Se trata de una «buena suerte»: ser los primeros en estar con el Señor, aventajando a los que quedamos vivos. Llegar antes a la meta; ser, por tanto, *los primeros vencedores*.

3. La vela para encontrar al Señor (Mt 25,1-13)

La exhortación final da el tono a todo el texto: «Velad, porque no sabéis ni el día ni la hora». Se trata también de *un encuentro*. Un encuentro que es seguro, pero incierto. Su espera puede producir pereza y hasta sueño.

Dos *actitudes frente a la espera*, reflejadas en dos grupos de doncellas. La parábola sólo se fija en su vela. No se trata de juzgar si las doncellas sensatas fueron poco generosas con las necias. Es una imagen sencilla con la simple intención de comparar un *encuentro logrado* con un *encuentro fallido*.

El secreto está en el *aceite sobrante*. En el aceite llevado por si la espera era larga. Las unas se provieron; las otras se descuidaron. La *previsión o el descuido* de llenar con buenas obras el largo tiempo de espera.

El *encuentro se realiza*, si es que el aceite rebosa; pero cuando el aceite falta no puede lucir la lámpara que permita el poder reconocerse: «Os aseguro, no os conozco». No puede darse una mayor frustración para quien esperaba el encuentro. Les vino a faltar aceite para poder «alumbrarlo».

Cuando llegue el Esposo

«¡Oh Dios, Tú eres mi Dios, por ti madrugo!».

Anhela mi alma tu Sabiduría.

¡Llueve sus aguas sobre mi sequía...,

pon sabor en mis labios con su jugo!

Quiero nutrir mi fe con un mendrugo

de su pan succulento, cada día...,

vocear por las plazas su valía

tras rumiarla en la sombra de mi ostugo...;

ir a su luz urdiendo la esperanza

y el amor radical con que se alcanza

la vida en la fontana de su centro....,

y aderezar con su óleo generoso

mi lámpara, aguardando a que el Esposo

llegue, resucitado, hasta mi encuentro.

Trigésimo tercer domingo

1. Para saber trabajar en la espera (Prov 31,10-13.19-20.30-31)

Un canto al trabajo honrado y bien hecho. Se concreta en el ejemplo de una mujer hacendosa y con gracejo. Una cascada de alabanzas que vienen a terminar en un verdadero canto «por el éxito de su trabajo».

Ese canto al trabajo resuena en la primera lectura de la liturgia de este domingo. La espera en la venida del Señor nunca podrá convertirse en una *esperanza pasiva*. Para una *esperanza activa*, esta mirada a la exaltación del trabajo en el Antiguo Testamento.

Más allá de la referencia utilitarista que la mujer trabajadora reporta a su marido, hay en el texto afirmaciones hermosas sobre el trabajo, concretado en este ejemplo de una mujer hacendosa.

Es un trabajo que da a la persona *más valor que las perlas*. Y es de más consistencia que el gracejo y la hermosura. Es fruto del temor de Dios, y da lugar para *poder compartir*: «Abre sus manos al necesitado y extiende el brazo al pobre». Es causa de la mejor pública alabanza de la gente: «Sus obras se alaban en la plaza».

Retenemos este *valor del trabajo* con el que el ser humano (hombre/mujer) multiplica los bienes recibidos para ser administrados, los comparte y, por su gran actividad, recibe la alabanza.

2. Como un ladrón en la noche (1 Tes 5,1-6)

Las especulaciones sobre la venida gloriosa del Señor hacían las delicias de muchos en la Iglesia primitiva (...y la siguen haciendo en grupos religiosos cristianos de cuño apocalíptico). Tesalónica fue testigo de muchas de estas especulaciones. El anuncio de una llegada inminente del Señor desactiva la *esperanza activa*. Introduce al creyente o a la entera comunidad en una pasividad perezosa y culpable.

Pablo apela a lo que los tesalonicenses «saben perfectamente». Él lo habría repetido con frecuencia: «Que el día del Señor llegará como un ladrón en la noche». Y saca las consecuencias: será un día repentino y de improviso. Es inútil hacer cálculos. Y a muchos los sorprenderá desprevenidos...

Pero hay otro tipo de espera: quien no vive en la noche ni en las tinieblas no debe temer nada... Para ese, no hay sorpresas de los ladrones nocturnos, porque ha hecho toda su vida una experiencia del día. Y en el día ha establecido su existencia. Una *permanente vigilia* con una preparación que nunca el sueño interrumpe. Así lo recuerda nuestro soneto: «Alejado de necias fantasías/ realiza tu deber aquí y ahora/ como si al sol de la siguiente aurora/ fuera a ocurrir la vuelta del Mesías».

3. La encomienda de un trabajo permanente (Mt 25,14-30)

La parábola de los talentos cierra el pequeño ciclo de los últimos domingos del tiempo ordinario. Y nos fija la mirada en el *compromiso con la tierra*. Son domingos de sabor escatológico. Pero, bien lo sabemos ya, la escatología *no nos saca de la historia*.

No importa lo que hayamos recibido. Lo que importa es recibirlo «con gratitud» y *trabajarlo «con empeño»*. Nuestros bienes no son nuestros. Nos han sido encomendados. Pero están en nuestras manos. No para ser cautelosamente guardados; lo están para ser multiplicados; y, aumentados en un serio compromiso, ser de nuevo devueltos a las manos que los dieron.

¡Que no podemos ser en la vida «empleados negligentes y holgazanes»! Quedarnos sin realizar la tarea significa no llenar nuestra existencia de la obediencia a la herencia y al mandato: «Llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes». Nos viene a la memoria el encargo del *cuidado de la tierra* que, al principio, hizo Dios a los humanos... Y la espera se nos llena así de un *empeño permanente* en devolver al Señor los bienes multiplicados.

Negociar los talentos

¡Vendrá el Señor! No gastes energías
especulando el cómo, el día o la hora...
Vendrá sin adelanto ni demora.
¡Negocia los talentos y los días!

Alejado de necias fantasías,
realiza tu deber aquí y ahora
como si al sol de la siguiente aurora
fuera a ocurrir la vuelta del Mesías.

Teme al Señor y sigue su camino:
te nutrirá, sabroso el pan y el vino
de tu trabajo y de su Eucaristía.

Medrarás en los hijos..., y tu esposa
será parra fecunda y vigorosa
en al cálido hogar de la alegría.

Cristo, rey del universo

1. El Rey-Pastor (Ez 34,11-12.15-17)

Culmina el año litúrgico con la solemnidad de Cristo Rey. La *gloria universal* que supone su Reinado realiza la profecía de Ezequiel sobre un *futuro pastoreo universal* de Dios.

Frente a la ineficacia de todos los reyes-pastores de su pueblo, el mismo Señor se auto presenta como el futuro Rey-Pastor: «Yo mismo en persona buscaré mis ovejas, siguiendo su rastro». La iniciativa es una búsqueda que parte de Dios. Una búsqueda que es *liberadora*: «Las libraré, sacándolas de todos los lugares donde se dispersaron». *Dispersión y alejamiento* son un mal para las ovejas. Acontecieron en «un día de oscuridad y nubarrones».

El Señor ofrecerá también *nuevos pastos*, y con sus cuidados podrán las ovejas descansar. Un *pastoreo ideal* que, en Israel, esperaba al mediador que algún día lo hiciera realidad.

En el pastoreo de Dios hay *una preferencia*: los débiles y perdidos, los enfermos y descarriados...; todas aquellas ovejas que los reyes-pastores de Israel no habían sabido o no habían querido cuidar.

Tal cuidado de Dios engendra *responsabilidad*. No pueden las ovejas quedarse indiferentes. Ya no pueden poner el pretexto de estar abandonadas, como si no tuvieran pastor. Por eso, el Rey-pastor va a pedir la respuesta: «Voy a juzgar entre oveja y oveja; entre carnero y macho cabrío».

2. «Cristo tiene que reinar» (1Cor 15,20-26.28)

La resurrección de Jesús como «*primicias*» desencadena una corriente de resurrección y de vida que alcanza a todo el universo. En las primicias, en efecto, ya quedaba consagrado el conjunto de la cosecha. Hubo una «primicia» de muerte en el primer hombre, Adán; y hay una «primicia de vida, en Cristo», el hombre nuevo y definitivo.

El primero, por tanto, Cristo. Con él, todos los cristianos, «cuando Cristo devuelva a Dios Padre su reino». Antes, habrá acontecido «la aniquilación de todo principado, potestad y fuerza». Liquidación que es *liberación de todas las fuerzas* que someten y esclavizan. Sobre ellas, *el reinado de Cristo* como salvación, gracia y verdad... Un reino «que sufre violencia»... «hasta que Dios haga de sus enemigos estrado de sus pies» y se vea aniquilado el último enemigo: la muerte.

El reinado de Cristo habrá consistido, pues, en aquel proceso de gracia que reconduce todo lo creado a la meta que estuvo también en su origen... Será el momento final y el gran comienzo: «Dios lo será todo en todos». Impresionante «recapitulación» de todas las cosas en Cristo. En él todas ellas retornan al Padre.

3. El juicio del Rey-Pastor (Mt 25,31-46)

Terminaba el texto de Ezequiel (primera lectura) con el anuncio del juicio entre oveja y oveja... El evangelio de Mateo ve ese juicio realizado por Jesús, el Hijo del Hombre a quien Dios le dio el poder de juzgar.

La escena es *impresionante y conmovedora*. Impresionante por su solemnidad; conmovedora por su contenido. La solemnidad hace de Jesús el Rey que discierne entre los suyos. Lo sienta en su trono y lo rodea de todos sus ángeles. Señal y expresión de que algo importante está por suceder.

Importante es el juicio. *Sorprendente*, el contenido. El discernimiento se juega en el trato otorgado o negado a los débiles. El acento sobre el Rey-Pastor de Ezequiel, buscador de débiles y descarriados, pasa en Mateo a la oveja débil y necesitada: «Tuve hambre, estaba desnudo, enfermo y encarcelado, fui forastero...». Es la densidad que tiene la *especial encarnación* de Jesús en los pobres.

El trato compasivo a los pobres no es un simple mandato del Pastor-Rey; es la misma relación con el Pastor la que está en juego. Identificación que hará decir a Juan Pablo II que estamos «frente a una página de cristología y no simplemente de moral».

Lo sorprendente es, en efecto, que uno no se encuentra con un simple mandato cumplido, sino con una relación especial con el Señor asumida u omitida. Por eso, el «estar» futuro con Cristo será también diferente: «en Cristo», con Dios; «sin Cristo», el castigo eterno.

El redil es tu Reino

¡Ven, ven, Señor Jesús! Tu pueblo espera.
ven a dar plenitud a tu reinado.
El rebaño que el lobo ha dispersado,
husmea los rastros de tu cabañera.

¡Ven, ven, Señor Jesús, pronto a su lado!
Remedia su extravío y su cojera;
condúcelo al festín de tu pradera...,
a la fuente lustral de tu cuidado.

Haz que por la fe vea en lontananza
el soñado redil; guía su esperanza
por rizales, quebradas y recodos...

El redil es tu Reino..., la certeza
de una grey, ensamblada a su Cabeza,
para que Dios lo sea todo en todos.

SOLEMNIDADES Y FIESTAS

*«Con todos tus santos,
cantamos para ti»*

La Presentación del Señor (2 de febrero)

1. Una entrada purificadora (Mal 3,1-4)

La entrada del «mensajero» en el santuario es subrayada con especial intención por el Profeta. Hay una invitación apremiante: «Miradlo entrar». Porque no es una entrada cualquiera. El Mensajero llega al templo para purificarlo.

Las imágenes no pueden ser más expresivas. Designan una purificación a fondo: *fuego y lejía*. El fuego del fundidor que separa los metales de la ganga; la lejía del lavandero que arranca la suciedad más pertinaz.

La finalidad de la entrada es, pues, *la purificación del templo y de su culto*. Se habían deteriorado las ofrendas y quedaba para Dios lo que ya nadie quería ni para su propio uso. Esa es la preocupación de este profeta posexílico. Es verdad que ha cambiado «el motivo» de la preocupación profética por el culto, comparado con la profecía clásica. Pero, en el fondo, se mantiene la misma insistencia: a Dios no se le da cualquier cosa; Él pide siempre «la ofrenda como es debido» (la ofrenda «como Dios manda»).

2. Jesús, «sumo sacerdote en lo que se refiere a Dios» (Heb 2,14-18)

La presentación de Jesús en el Templo inaugura su relación con esta central institución del pueblo judío. Con fina sensibilidad, la liturgia de la Iglesia introduce en este contexto la enseñanza de Hebreos sobre el sacerdocio de Cristo. Sacerdocio y templo son realidades que se reclaman mutuamente.

Pero, con la lectura de Hebreos, se quiere subrayar la *originalidad* de esa relación en el caso de Cristo. Entra al Templo quien dirá de sí mismo ser el nuevo templo de Dios. Se somete a un acto de culto quien inaugurará el «culto en espíritu y en verdad».

La indicación va, pues, en la línea del *nuevo culto*: aquella nueva relación con Dios que parte del compartir solidario con los hermanos que han de ser relacionados: «Tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote compasivo y fiel». La expiación de los pecados pedía de Jesús *solidaridad* con los pecadores.

Una solidaridad llevada hasta el extremo. Hasta un amor entregado y dolorido. Un paso a través del dolor que es la credencial de Jesús para poder realmente auxiliar... El Templo y el culto han sido realmente purificados por el fuego y la leña de la entrega de Jesús a una muerte de cruz.

3. «Una espada te atravesará el alma» (Lc 2,22-40)

En el día de la presentación de Jesús en el Templo, la mirada se nos va también a la Madre. Para ella fue el día

de su «purificación». Y a ella se dirigió también el anciano Simeón.

De manera sencilla, nos dice Lucas: «Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño». Una admiración frecuentemente referida por Lucas en el evangelio de la infancia. Como si nos quisiera expresar un conocimiento progresivo de sus padres acerca de la identidad más honda de Jesús. En la Presentación, de su identidad como *luz y salvación* para todas las naciones y para gloria de Israel.

No será, sin embargo, un espectacular camino de gloria el que le espera. Será una «*bandera discutida*» en un discernimiento de corazones. En muchos, la actitud de su corazón será tan contraria a Jesús que se deja entrever lo que será su muerte y pasión.

Ese contexto de pasión da una «*densidad dolorosa*» a la bendición de Simeón: «Simeón los bendijo, diciendo a María: y a ti, una espada te traspasará el alma». Comunicación de la Madre en una luz que alumbra desde la oscuridad del sufrimiento, transformado en necesario paso a la gloria.

Llega a su casa mi Señor

Llega a su *Casa* mi Señor, ungido
luz de fe para todas las naciones...,
prenda y rescate de los corazones,
que el pecado de Adán había rendido.

Fuego de fundidor enardecido
será el amor que impulse sus acciones...,
lejía de lavadero a borbotones
su sangre, cuando sea suspendido...

Llega a su *Casa* mi Señor... Proclama
Simeón el consuelo que derrama
sobre Israel el Hijo prometido

Ana, la profetisa –anciana y rica
en oración y ayunos– testifica
la salvación de Dios, que se ha cumplido.

San José, esposo de la Virgen María (19 de marzo)

1. Una sencilla expresión de la fidelidad de Dios (2Sam 7,4-5a.12-14a.16)

Dios es fiel y cumple sus promesas. Lo hace, sin embargo de manera tan sencilla que para muchos son cumplimientos que pasan desapercibidos. La importante profecía de Natán sobre la solidez y firmeza del trono de David tiene en José *un eslabón tan importante como sencillo*.

Importante, porque a través de José, Jesús queda arraigado en la historia concreta de su pueblo. Y queda arraigado «como la descendencia que saldrá de tus entrañas», para que la realeza quede definitivamente consolidada. El futuro Rey esperado; aquel tan cercano a Dios que se podrá decir de su mutua relación: «Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo». Aquel que hace que «el trono de David permanezca para siempre».

Sencillo, porque el último eslabón de este arraigo, José, no tiene la espectacularidad del ensueño. Tiene el cercano cumplimiento de un humilde carpintero. Sencillez que causa extrañeza, y corrige expectativas grandiosas. De la «descendencia anhelada» se preguntarán muchos con escepticismo: «Pero, ¿no es este el hijo de José, el carpintero?».

2. La promesa asegurada para la descendencia (Rom 4,13.16-18.22)

El texto de la Carta a los romanos sirve para situar a José en el contexto de la promesa gratuita de Dios a Abrahán. Uno de los aspectos de la promesa fue *la descendencia*. Y, recuerda Pablo, «no sólo para la descendencia legal, sino también de la que nace de la fe de Abrahán».

Paternidad, descendencia, promesa, gracia, fe... es el contexto en que se mueve la respuesta del creyente. La *paternidad por la fe* y la *descendencia de gracia* son el ámbito específico de José... También él «creyó contra toda esperanza», superando las dudas de su paternidad singular. No según la carne, pero sí según la fe, puede ver José realizada en su historia personal la promesa hecha a Abrahán: «Así será tu descendencia».

3. Los reparos de José y su fidelidad obediente (Mt 1,16.18-21.24a)

No disimula Mateo *la zozobra de José* ante un hecho inesperado y, para él, inexplicable: «Antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo». Hasta ahí, la experiencia de José. Que fuera «del Espíritu Santo» se le revelará después.

Desde *una duda real*, toma la decisión José: «Decidió repudiarla en secreto». Una delicadeza humana del esposo que Mateo atribuye a su integridad: «Como era justo y no quería denunciarla...». Con justicia bondadosa supera la legalidad. Le interesa más su esposa que la ley.

Y en la misma duda se hace la luz. Mediante el sueño revelador le llega la claridad. No se encuentra ante una

falta que se merezca el repudio; está ante *el misterio que le pide adoración*: «La criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo».

Y, desde entonces, a él se le encargan *las funciones de padre*. Le corresponderá a él ponerle el nombre. Un nombre que le es dado; José recibe una orden: «Y tú le pondrás por nombre Jesús». Pero le tocará a él como padre aquel acto importante de dar nombre al recién nacido. José acogió, nombró y acompañó desde una fidelidad obediente. Así lo llama nuestro soneto: «¡José! Luz de silencio clamoroso/ Fidelidad tallada en la obediencia./ Atalaya de fe. Flor de paciencia».

Custodio fiel

¡José! Luz de silencio clamoroso.
Fidelidad tallada en la obediencia.
Atalaya de fe. Flor de paciencia.
Chortal de amor continuo y pudoroso.

Regostadero del dolor gozoso.
Abrigo en el acoso y la inclemencia.
Sin par testigo de la trascendencia.
Artesano del gozo doloroso.

Honesto hasta dejárselo de sobra,
oye en sueños a Dios y al punto obra,
ahogando en la piedad su lucha interna...

Ni una de sus palabras hizo historia;
bastaba su impecable ejecutoria...
¡Custodio fiel de la Palabra eterna!

Anunciación del Señor (25 de marzo)

1. La virgen está encinta (Is 7,10-14; 8,10)

Prevaleció en la liturgia de occidente el tiempo biológico de la concepción y engendramiento de Jesús (25 de marzo: nueve meses hasta el 25 de diciembre) sobre el sentido de celebración de adviento que conserva en la liturgia oriental.

Sea cual sea su colocación temporal, la celebración tiene un hondo sentido y arraiga de una manera definitiva al Verbo de Dios en *la carne humana* de la Virgen.

El oráculo de Isaías al desconfiado rey Acáz es sólo una *señal*. Aquella señal que el rey no quería pedir, pero que el mismo Señor se da: el *nacimiento de un niño*, con tal fuerza salvadora, que su nombre es ya una descripción de su misión: «Le pondrá por nombre Enmanuel, que significa "Dios con nosotros"».

La angustia de saber si realmente Dios estaba con su pueblo acompañó siempre la experiencia histórica de Israel. Nacido como pueblo de Dios, no fue siempre el pueblo fiel que mereciera su presencia. Pero, en medio incluso de la infidelidad y por la fuerza salvadora de

su promesa, Dios va a estar «llegando» continuamente en todas las etapas de su historia. Isaías refleja una de esas llegadas, en tiempos de la monarquía, y anuncia una *descendencia salvífica* próxima. Pero la profecía queda abierta a una descendencia salvadora más plena, a través del engendramiento de una doncella-virgen y de un Hijo que será en verdad «Dios con nosotros», por ser el Verbo encarnado.

2. La carne del Verbo: el nuevo sacrificio (Heb 10,4-10)

Desde la encarnación misma, *Jesús es el nuevo y definitivo sacrificio*. Él es sacerdote, víctima y altar. De su «*aquí estoy yo para hacer tu voluntad*» arranca la totalidad de una vida que es ofrenda y sacrificio salvador para todos.

La intención de todos los sacrificios y holocaustos del Antiguo Testamento era unir al hombre con Dios. Una intención que se cumple totalmente en la unión realizada por Cristo y en Cristo. En el cuerpo (la vida entera) que Dios le ha preparado y que él ofrece, en *obediencia total* y salvadora.

El *misterio de la encarnación* es la realización del «cuerpo preparado» a través de la Virgen-Madre. Su seno, ofrecido por ella misma («*hágase en mí según tu palabra*») da carne a quien va a ofrecerla como sacrificio de reconciliación.

La Anunciación es la fiesta de *la carne del Verbo*. De la carne preparada, recibida y entregada: «*Todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo*». Frente a todos los gnosticismos que niegan o minimizan la *importancia de la carne* para la salvación, ya desde las pri-

meras reflexiones de los Santos Padres se afirmaba: «*Caro salutis est cardo*» («la carne es el quicio de la salvación»).

3. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo (Lc 1,26-38)

«Concebir, engendrar y dar a luz»: misterio de una maternidad real, de un hijo de carne y hueso como nosotros. Concebido, sin embargo, al estilo de la grandeza y omnipotencia de Dios: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra».

Anuncio de la encarnación del Verbo que se da entre la alegría, la zozobra, la promesa, la certeza y la esperanza. La *alegría* del saludo del ángel; la *zozobra* de la tímida Virgen que se atreve, no obstante, a «pedir explicaciones»; la *promesa* de una intervención especial de Dios en el seno virginal de la doncella; la *certeza* de que Dios cumple su promesa; y la *esperanza* encerrada ya en el mismo nombre de Jesús: «Yavé salva».

La Anunciación es *fiesta de cumplimiento*: «Dios está con nosotros»; es «Enmanuel», compartiendo la misma carne y viviendo la misma historia de los hombres; «Dios está con nosotros» porque «es uno de los nuestros», «de nuestra carne y sangre», dirá el autor de Hebreos. El «hágase en mí» de la Virgen y la omnipotencia de Dios realizaron el misterio. Un misterio de «llamada/respuesta/misión» que nos hizo a Dios tan cercano. Nos lo hizo para siempre uno de los nuestros.

Siempre hay una señal

Siempre hay una señal: no la que niega
querer pedir a Dios tu cobardía...;
siempre hay una señal: la que querría
lograr en el aprieto tu fe ciega.

Enmanuel, que se ofrece..., que se entrega,
es la señal de Dios, la garantía
de que al cargar tu cruz de cada día,
tendrás el Cireneo que siempre llega.

«Sé realista y cree lo imposible...».
Si un Arcángel afirma lo indecible,
una Virgen será doncella y Madre.

El Verbo que hizo todo de la nada,
al tiempo de buscarse una posada,
podrá elegir la que mejor le cuadre.

Natividad de san Juan Bautista
(misa de vigilia y del día)
(24 de junio)

1. «En las entrañas maternas, pronunció mi nombre» (Jer 1,4-10 –vigilia–; Is 49,1-6 –día–)

La vocación de Jeremías y la vocación del Siervo dan el contexto bíblico a la Natividad de Juan, el Bautista.

El «antes de nacer» es insistencia en *la gratuidad de la elección*: elección, consagración y misión (en las dos primeras lecturas): *llamada*: «Antes de formarte en el vientre te escogí» (Jeremías); «estaba yo en el vientre, y el Señor me llamó» (Siervo). *Misión*: «Te nombré profeta de los gentiles» (Jeremías); «me nombró siervo suyo... para que trajese a Jacob, para que reuniese a Israel» (Siervo).

En los dos casos, también *el temor*: «Ay, Señor, mira que no sé hablar, que soy un muchacho» (Jeremías); «en vano me he cansado: en viento y nada he gastado mis fuerzas» (Sierva)... Y, en los dos casos, *la confianza* que procede de la presencia salvadora de Dios: «Yo estoy contigo para librarte» (Jeremías); «mi derecho lo llevaba el Señor, mi salario lo tenía mi Dios..., mi Dios fue mi fuerza» (Siervo).

Hermoso contexto bíblico para encuadrar la aparición del Bautista. La *absoluta iniciativa de Dios* en la elección de

Jeremías y del Siervo abre el horizonte para «atender» a la acción de Dios, «*apartando para sí*» y para el anuncio de la presencia del «Cordero de Dios» al «más grande de nacido de mujer», ya desde el vientre mismo de Isabel, su madre.

2. El tema que investigaron y escudaron los profetas (1Pe 1,8-12 –vigilia–; He 13,22-26 –día–)

La primera Carta de Pedro se dirige «a los que no vieron a Jesús, y lo aman; a los que no lo ven ahora y creen en él». El apoyo de su amor y de su fe: *la gozosa experiencia de la salvación*.

Una salvación *anunciada*, investigada y escudada (los profetas); una salvación *esperada* y ansiada para el propio tiempo; pero una salvación *realizada* sólo en Cristo Jesús. Y, por tanto, «no para su tiempo» (el de los profetas), sino para el nuestro; una salvación *predicada* por quienes son heraldos del Evangelio. En todo ese proceso de salvación anunciada y realizada, encaja la figura de Juan el Bautista (Vigilia).

En esta «sincronización de tiempos», la figura de Juan el Bautista, *anunciador*, pero *testigo* de la realización: «Yo no soy quien pensáis; viene uno detrás de mí a quien no merezco desatarle las sandalias».

Él es ya el *precursor* del cumplimiento: «A vosotros –a través de Juan– se os ha enviado este mensaje de salvación». Comienza ya el «tiempo vuestro», contrapuesto al de aquellos que simplemente lo esperaron con no menor intensidad (Día).

3. La promesa y el cumplimiento del nacimiento de Juan (Lc 1,5-17 –vigilia–; Lc 1,57-66.80 –día–)

Al nacimiento de Juan le precede su «anunciación». El anuncio lo recibe Zacarías, su padre, mientras oficiaba en el Templo. Como en la anunciación de Jesús (en la casa y no en el templo), *el miedo* y la turbación. Es la reacción ante la intensa presencia de lo divino presente (expresado en la presencia del ángel). Y, frente a ese miedo, *la confianza*: «No temas, Zacarías». Y *el anuncio*: «Tu mujer, Isabel, te dará a luz un hijo».

El ambiente se llena de *júbilo y esperanza*. Para el propio Zacarías y para todo el pueblo: «Te llenará de alegría y muchos se alegrarán de su nacimiento». Con ocasión de la imposición del nombre, al anuncio de *la misión*: convertir a muchos israelitas al Señor... Ir delante del Señor, «preparando para el Señor un pueblo bien dispuesto». Juan es señal y referencia del que viene (Vigilia).

El evangelio del Día se detiene en el nacimiento y el nombre del Bautista. Con gran sencillez, anuncia Lucas el nacimiento como «*la gran misericordia*» que Dios había hecho con Isabel. Y con una cercanía que tiene el sabor de los acontecimientos del pueblo: «Todos la felicitaban».

Pero el relato se centra en *el nombre*: no es cuestión de simple denominación externa; se trata de «resumir en el nombre la misión». Por eso la reiteración de que se llamará Juan («Dios se compadece»).

Como el de Jesús, era ya un *nombre dado*. Por eso Isabel y Zacarías insisten: «Juan es su nombre». Poco importa que nadie en la familia se haya llamado así. Hay figuras, como Juan, que no son un simple acontecimiento familiar. Está de por medio *la misión*: El «anuncio de la com-

pasión de Dios». De aquel Dios, que ya desde el vientre materno, «estaba con él». El Dios que lo elegía como precursor.

Testigos como Juan

Si el que en la eternidad te conocía
antes de que estuvieras concebido
te nombra su profeta, de corrido
acude a la misión que te confía.

Si tus ojos no han visto todavía
su rostro, no le cierras el oído;
si para el sacrificio te ha elegido,
une tu sangre con su Eucaristía.

Anega tu corazón en sus razones,
si quieres convertir los corazones
a la luz de tu propio atestamiento.

Juan, que anuncia a Jesús en su bautismo,
ofreció el holocausto de sí mismo
aunque era justo ya en su nacimiento.

San Pedro y san Pablo
(vigilia y día)
(29 de junio)

1. «Te doy lo que tengo»
(He 3,1-10 –vigilia–; He 12,1-11 –día–)

Los apóstoles han salido a cumplir la misión encomendada por Jesús. Pedro declara lo que sabe tener para poderlo transmitir: no es ni oro ni plata. No es tan sólo una doctrina. Es *salvación viva* y total: «En el nombre de Jesús Nazareno, echa a andar». La transmisión de Jesús fue y sigue siendo *salvadora*, liberadora de todos los impedimentos que impiden al hombre caminar. Una salvación que produce *la alegría*: el paralítico sanado entró con ellos en el templo: «Dando brincos y alabando a Dios» (Vigilia).

Salvación integral experimentada por el propio Pedro, liberado de la cárcel. La narración relata su dinámica; casi todo se hace corriendo: «Levántate, échate el manto... sígueme». Tan aprisa que tan sólo después reflexiona Pedro sobre lo ocurrido: «Era verdad; el Señor ha enviado a su ángel para *librarme* de las manos de Herodes y de la expectación de los judíos» (Día).

Liberado, para *seguir él liberando* en el nombre de Jesús: con el anuncio del Evangelio y con *las señales* que a ese

anuncio acompañan. Llamada a cumplir la dinámica de la misión: Liberados, para liberar; evangelizados, para evangelizar... Es verdad..., «El Señor nos ha liberado»; apostólicamente, lo ha realizado para hacernos instrumentos de salvación para los demás.

2. Me envió el que me escogió desde el seno de mi madre (Gál 1,11-20 –vigilia–; 2Tim 4,6-8.17-18 –día–)

La liturgia de la Vigilia y del Día de la solemnidad de hoy centran la segunda lectura en la figura de Pablo; en la primera lo hacen en la de Pedro.

En la Carta a los gálatas, Pablo hace una especie de confesión, centrada en su *elección como apóstol*. Con evidente cuño profético, remonta su vocación hasta el seno de su madre. Subrayada así *la iniciativa divina*, echa una mirada a su pasado personal y señala sin ambages: «Perseguía a la Iglesia de Dios y la asolaba»: Y, además, lo hacía «con saña».

La descripción de su pasado no puede ser más sombría por su parte. Reconocido su error y su maldad, prepara lo *admirable del cambio*. De perseguidor se convierte en misionero. ¿Cuál es la clave del cambio? La *vocación reveladora*: «El que me llamó, se dignó revelar a su Hijo en mí». El mismo Pablo será revelación del Hijo para los demás en su actividad misionera... Porque no podía faltar: a la vocación sigue *la misión*: «Para que yo lo anunciara a los gentiles» (Vigilia).

El comienzo y el final. En la Carta a Timoteo, una especie de testamento de Pablo. Entre los dos momentos, la vida dura y entregada del Apóstol «a los trabajos del

Evangelio». Ahora, se siente ya en la meta. Y resume la experiencia de su apostolado: «He combatido bien el combate..., he mantenido la fe». Parecería una «auto alabanza». Pablo se da cuenta, y apunta al origen y sustento de toda su experiencia misionera: «El Señor me ayudó y me dio fuerzas». Y, ahora, la mirada hacia el futuro: un premio que es *liberación total* y definitiva: «El Señor me salvará y me llevará a su Reino del cielo» (Día).

3. El primero, desde el amor (Jn 21,15-19 –vigilia–; Mt 16,13-19 –día–)

Las lecturas evangélicas vuelven a centrarse en la figura de Pedro. La del cuarto evangelio es de gran calado ministerial respecto a la figura de Pedro... A él se le encomienda de una manera especial el *pastoreo del rebaño*... Y es significativa la insistencia de Jesús en que este ministerio sea un «*amoris officium*», un ministerio de amor.

Antes de la *triple encomienda*, Jesús saca del corazón de Pedro una triple *confesión de amor*... La tercera insistente pregunta pone en el rostro de Pedro la tristeza y las lágrimas en sus ojos... Es tristeza de arrepentimiento... Recuerdo seguro de las tres veces de las negaciones... Percibía ahora el contraste. Él negando, y Jesús amando... Pero, también él, desde la negación, pasa ahora a un incondicional amor: «Tu sabes que te quiero»... en el aire queda: «A pesar de aquello». Sólo entonces, una *reiteración de la llamada*: «Sígueme» (Vigilia).

El destino de Pedro lo había ya predicho Jesús, cuando la confesión de Cesarea. Si en el cuarto evangelio la confesión se refiere al amor, en Mateo se centra en el cabal conocimiento de *la identidad de Jesús*: ni Juan Bautista, ni

Elías, ni un simple profeta: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». Confesión que, también en Mateo, prepara *la encomienda*. En el cuarto evangelio, el pastoreo; en Mateo, la firmeza a la construcción de la Iglesia naciente. Para ella, Pedro será roca y, en ella, podrá cerrar y abrir, porque se le entrega «el poder de las llaves».

Pero ni el pastoreo del cuarto Evangelio, ni el cimientto de la construcción en Mateo, describiendo el «oficio de Pedro», suprimen *la insustituible presencia de Jesús* en su Iglesia: Jesús seguirá siendo siempre el Buen Pastor que conduce al rebaño; y la piedra angular que da consistencia a la construcción de la Iglesia (Día).

Proclamar el mensaje

Proclama el firmamento tu mensaje
e inunda su pregón la tierra entera.
Habla cada profeta a su manera
y da Dios eficacia a su mensaje.

Susurra el viento, el agua y el paisaje...,
grita el día su luz al día y se entera...,
cada noche en su noche es pregonera
con los mudos destellos de su encaje...

Llora Pedro sus torpes negaciones
y su dolor golpea en los rincones
de cada corazón arrepentido.

Ciega Pablo sus ojos a la ciencia
de su origen y extiende la presencia
de Jesús por un mundo pervertido.

Santiago, apóstol (25 de julio)

1. Cuando las prohibiciones no valen (He 4,33; 5,12.27-33; 12,2)

El libro de los Hechos subraya de la vida de los apóstoles, «el valor», la «parresía» con la que estos hombres, transformados por la fuerza del Espíritu, «daban testimonio de la resurrección del Señor»... Y su *testimonio* iba acompañado de *señales*; aquellas que el Señor ponía en sus manos, para confirmar su doctrina.

Pero hay una *señal mayor*, la del *martirio*. En ella, el anuncio se convierte en «martiría»: cuando la vida, ya hecha ofrenda y entrega en la misión apostólica, se da incluso materialmente. Se ha llegado hasta el límite: «perderla», para recuperarla sin reservas.

Y, en medio de la entrega y el martirio, una *obediencia a Dios*. Frente a ella no valen las cortapisas, aunque vengan de los que tienen poder para hacer callar a los profetas: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres», por muy importantes que estos sean. La obediencia a Dios es aquí *proclamación*: «Dios resucitó a Jesús»..., y es *acusación*: «A quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero», y es *salvación*: «Haciéndolo

jefe y salvador, para otorgarle a Israel la conversión con el perdón de los pecados».

Santiago, que con Juan y Pedro, se había adentrado con frecuencia en la intimidad de Jesús, es el primero que convierte la *intimidad en testimonio* público y martirial: «Herodes lo hizo pasar a cuchillo».

2. La fuerza de Dios y no nuestra (2Cor 4,7-15)

Una alabanza de Pablo al *ministerio apostólico*. Una insistencia del Apóstol: es *la fuerza de Dios* la que le da consistencia dentro de la debilidad de la propia vasija, que en su debilidad expresa la fuerza que ha recibido (el martirio de Santiago). El martirio en la debilidad se convierte en expresión de *la mayor fortaleza*.

El martirio final y el *martirio de cada día*: el de la persecución y el acoso que van dejando en el apóstol las huellas de la misma muerte de Cristo. Pero el apóstol lo sabe: la participación en su muerte será también comunión en su gloria. El «ser entregado continuamente a la muerte» no es el final. Su fe y su predicación se fundamentan en la resurrección del Señor... Y en ella está la fuerza de su vida... Es un fundamento con *fuerza salvadora*: «Quien resucitó a Jesús, también con Jesús nos resucitará a nosotros».

Testigo de la Resurrección para poder ser apóstol, Santiago lo es también *desde su propio martirio*. A su vida y muerte se aplica la dinámica del misterio de la Pascua: el grano de trigo que muere para llevar mucho fruto.

3. El puesto y el cáliz (Mt 20,20-28)

En el martirio de Santiago se cumple la inversión que hizo Jesús, cuando le fue presentado por su madre. el puesto de honor se convierte en comunión de sufrimiento y dolor.

Los hermanos habían dado una respuesta decidida: «Somos capaces de beber el cáliz». Sólo que el honor que de ahí se derive no lo otorga Jesús; se lo reserva el Padre. Con Jesús, *el apóstol es sufriente*: «El cáliz que yo he de beber». Es *acompañante* dolorido de su «via crucis». La «via lucis», tanto Jesús como su apóstol la reciben de su Padre. La reciben como recompensa y premio que nunca se marchitará.

No vale la indignación del resto de apóstoles, porque tampoco ellos habían entendido. También andaban pensando en lo del «puesto» y poco les importaba lo del «cáliz que habían de beber». Aquella *falta de comprensión* arranca de Jesús la hermosa exhortación sobre la «nueva» *autoridad*. No será ya la autoridad de «los puestos»; será para siempre la autoridad del «servicio»... El servicio a los otros, expresión de la nueva autoridad. Y, de nuevo, la referencia al ejemplo: «Igual que el Hijo del Hombre». Al estilo de Jesús, que no vino «para que le sirvan, sino para servir y dar la vida en rescate por muchos»

¡Abre España, Santiago!

¡Abre España, Santiago, a los valores,
no a las lacras y errores de otras gentes...;
llévala de tu mano hasta las fuentes
que apagaron tu sed y tus ardores!

Apacienta su fe con los mejores
pastos de su doctrina..., los patentes
ejemplos de tu vida..., los fluentes
cuidados de tu celo y tus amores...

Abre esta España, Apóstol –que cerrada
al Islam, siguió el brillo de tu espada
por la calzada real del Cristianismo–,

a la misión, sin tregua ni frontera,
de alumbrar una nueva primavera
de su fe ante el creciente paganismo.

Transfiguración del Señor (6 de agosto)

1. Miles y miles le servían (Dan 7,9-10.13-14)

La Transfiguración es anticipo de la gloria del Resucitado. Aquel «entrever» lo definitivo de quien estaba conviviendo con los suyos, en la asumida condición de «ser uno de tantos».

Se nos presenta la visión de Daniel. Aquella figura misteriosa, como hijo de hombre, como ser humano elevado a la gloria del Altísimo, no es una figura en solitario. La escena tiene sabor y expresión de multitud. Todo da a entender que alguien «adviene» al lugar que le es propio, en medio de una *multitud de redimidos*.

El poder y la gloria se le otorgan en medio de los *miles y millones* que servían y adoraban al anciano en el momento de celebrar Consejo. Y el poder no será solamente sobre aquellos; lo será sobre «todos los pueblos, naciones y lenguas». Se inaugura el Reino universal y sin fin de quien está llamado a dominar las naciones.

Más allá del lenguaje imaginativamente apocalíptico de Daniel, se adivina la llegada del Hombre (el hijo del hombre) a la morada de Dios, en un acontecimiento de *comunión divino-humana*.

2. El anuncio de la última venida (2Pe 1,16-19)

La mirada del autor de la segunda Carta de Pedro se orienta a la última venida del Señor. La venida en gloria, distinta de aquella venida humana, que al mismo Verbo de Dios lo había hecho «uno de tantos, pasando como un hombre cualquiera».

La confesión de *la gloria vivida* (Resurrección), y de *la gloria esperada* (Parusía) formó parte de la experiencia apostólica del Jesús de la historia: al hablar de la venida en gloria, dice la Carta, «no nos fundábamos en fábulas fantasiosas, sino que habíamos sido testigos oculares de su grandeza».

El autor recurre a la transfiguración, y no a la resurrección, para poner a Jesús en la lista de testigos que confirman las palabras de los profetas. Es a él, con su humanidad aún terrena y no glorificada, a quien «Dios Padre le da honra y gloria», proclamándolo Hijo.

Se cumple así el anhelo profético ya en el hombre-Jesús. Él es ya *luz de lámpara...*, pero será *pleno día*, «cuando el lucero nazca en vuestros corazones». Cuando la humanidad glorificada y exaltada del Verbo encarnado haga nuevas todas las cosas.

3. «Levantaos, no temáis» (Mt 17,1-9)

La experiencia de la gloria de Jesús produce en los apóstoles la experiencia bíblica del *miedo*. El miedo que no habían tenido ante Jesús transfigurado, lo tienen ahora ante la voz que los invita a entrar en el misterio: «Este es mi Hijo, el amado».

Jesús, transfigurado, había provocado en los apóstoles testigos una alegría no exenta de ingenuidad. La refleja la reacción de Pedro: «Señor, ¡qué bien se está aquí!; si quieres, haré tres tiendas». Quiere buscar albergue para Jesús y para Moisés y Elías... (en los tres personajes: la experiencia del Antiguo Testamento culminada). ¿Ellos? En realidad, no cuentan, son más espectadores que actores (no necesitan la choza).

Lo que les provoca turbación es *la voz que viene de la nube* (imagen de la presencia de lo alto) y el imperioso «Escuchadlo»: «Los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto». De nuevo, es Jesús quien se acerca, para «aproximar» *lo divino en la realidad de lo humano* compartido: «Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo». Su palabra no es aterradora. Es la palabra cercana de quien ha humanizado el misterio: «Levantaos, no temáis».

Al bajar del Tabor

¡Subir al monte de la Eucaristía,
contemplarte en el trigo y en el vino,
unir a tu misterio mi destino
como anticipo de la Parusía...!

Séame tu Palabra norte y guía,
antorcha en las tinieblas del camino,
mientras rastreo tus huellas, peregrino,
antes de despuntar la luz del día.

La realidad es gris y rutinaria...
Quiero mostrar, Señor, la luminaria
de tu presencia en signos salvadores.

Y, al bajar del Tabor de cada Misa,
ofrecer a los hombres tu sonrisa,
ya que no tus gloriosos resplandores.

La Asunción de la Virgen

(vigilia y día)
(15 de agosto)

1. Arca de la nueva Alianza

(1Crón 15,3-4.15-16; 16,1-2 –vigilia–;
Ap 11,19a; 12,1.3-6a.10 –día–)

Las dos primeras lecturas (Vigilia y Día) hacen referencia al arca. Encerrada en su interior, la voluntad expresada por Yavé para su pueblo. Algo tan propio del Señor, sus «quereres», en el seno de aquella arca venerada.

No fue difícil encontrar el paralelismo entre *el arca y su contenido* con *María* y la fecundidad divina de su seno. En la piedad popular, así la llamamos en las letanías: «Arca de la nueva alianza».

El *traslado del arca* al lugar que Dios le había asignado es causa de una *especial alegría*: cantos festivos, instrumentos, arpas, cítaras, platillos... Y el arca fue colocada *en el centro de la tienda*. Se nos va la mirada hacia el definitivo lugar: *María*, colocada como arca de la nueva alianza en el corazón mismo de la morada de Dios, el cielo (Vigilia).

Ligada con el arca de la alianza, *la mujer*, «figura portentosa», rodeada de todos los atributos de majestad y belleza: vestidos, diademas... Lo creado está a su servi-

cio: su vestido, el sol; su corona, doce estrellas; como pedestal, la luna.

Pero el Apocalipsis subraya más *la misión de la mujer*: Dar a luz un niño. Niño esperado, pero amenazado; niño, suyo, pero entregado: «Arrebataron al niño y lo llevaron junto al trono de Dios». Una vez en su lugar, la mujer desaparece discretamente. huyó al desierto, después de haber dejado para todos el fruto de sus entrañas.

2. «La muerte ha sido absorbida en la victoria» (1Cor 15,54-57 –vigilia–; 1Cor 15,20-27a –día–)

Dos textos de la primera Carta a los corintios girando en torno a la misma temática: *la resurrección de Jesús*. Y es que la ascensión de María no es sino una *participación anticipada* en la gloria del Resucitado. El marco de la Ascensión es la Resurrección de Jesús.

Para María, «esto corruptible» se «ha revestido ya de inmortalidad» y se ha cumplido en ella de manera definitiva la afirmación de san Pablo: «La muerte ha sido absorbida en la victoria».

Una victoria que nos es dada a todos: «Dios nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo». Por él también se la dio a María Sin él nada hubiera sido posible. Ella es *la primera incorporada al triunfo* total de Jesús. Pero, nosotros no somos meros espectadores y cantores de aquella obra de la gracia. Somos también «implicados»: «Dios nos da la victoria». Con sus ritmos, pero la ascensión de María es también «nuestra victoria» (Vigilia).

Porque, igual que para María, también para nosotros, Cristo resucitado es *primicias*. En esas primicias ya estamos todos consagrados. María ya ha obtenido la pleni-

tud; nosotros estamos aún en camino hacia la meta. Pero lo que en ella ya se dio como *fruto*, es en cada uno de nosotros *semilla* de una cierta esperanza. Para nosotros y para la entera humanidad tenemos una seguridad: «El último enemigo aniquilado será la muerte». Será ciertamente el último, pero será aniquilado (Día).

3. Una dicha que es la nuestra **(Lc 11,27-28 –vigilia–; Lc 1,39-56 –día–)**

Respecto a María recorre en el Evangelio una permanente dialéctica: Ella es, pero ella es remitida. Incluso su propia maternidad es remitida a todos los creyentes: «Mejor, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen». Y es que, en la escucha y cumplimiento de la Palabra, ocurre una verdadera *maternidad espiritual*. Maternidad ésta tan importante que María misma es antes Madre en la fe que en la biología; tan participada que en el proceso de nuestra respuesta de fe encarnamos una «especial maternidad» respecto a Jesús (Vigilia).

Por eso, la bendición de Isabel a María se hace bendición para quienes «escuchan la palabra de Dios y la cumplen». Cumpliéndola, «engendran y dan a luz» a Jesús para el mundo. Un agradecimiento de *maternidad indecible*.

De su maternidad, arranca *el canto de María* a la grandeza de Dios y a su desconcertante intervención salvadora. Un canto que se convierte en *nuestro propio canto*. Con María, somos testigos de que «el Poderoso hace obras grandes en nosotros». No «para» nosotros, sino «a favor de Abrahán y su linaje para siempre». A favor de todos los hombres y mujeres (la numerosa descendencia del Patriarca) que pueden así ver que los creyentes «damos

a luz» a Jesús Hay un testimonio, en efecto, que tiene toda la fuerza de la maternidad (Día).

Da de lo que te falta

Contemplas la Asunción de la Señora,
envidiando su cuerpo en gloria plena...,
acontecer final de tu condena
cuando el final del tiempo sea un «ahora»;

porque el tiempo que pasa y se desflora
de intento en decepción, de gozo en pena,
dejará en ese «ya» de ser cadena
y se transformará en perenne aurora.

Entre tanto, prepara tu arribada
sueño a sueño, jornada tras jornada
con una vida fértil y espartana...

Da de lo que le falte a tu pobreza
y notarás al punto cómo empieza
a brotar en tu cuerpo carne sana.

Exaltación de la santa Cruz (14 de septiembre)

1. El desierto y la muerte (Núm 21,4b-9)

El desierto es símbolo de la *aridez de la muerte*. Inmersos en su experiencia extenuante, aflora en labios de los hebreos una queja dolorida: «¿Por qué nos has sacado de Egipto?». Se produce el «miedo a la libertad», cuando conseguirla se hace una tarea difícil.

Pero, también es el desierto *lugar privilegiado de presencia salvadora* del Señor. En el fondo, el reproche: «¿Por qué teméis?» y la apremiante llamada a la confianza: «Yo estoy con vosotros». Esta vez la presencia tiene *una señal*, símbolo de la futura señal de una cruz que será elevada como enseña para todas las naciones.

Elevada en medio del campamento, la serpiente de bronce, es *señal de salvación*: «Los mordidos de serpientes quedarán salvos al mirarla». Mirada que es una petición suplicante, que nos recuerda, de nuevo, la mirada al «traspasado»: «Mirarán al que traspasaron».

«Mirar a la serpiente de bronce», signo de curación y restablecimiento exterior. «Mirar a la cruz», para reflexionar con san Pablo: «Me amó y se entregó a la muerte

por mí». ¡Cuántas mordeduras de serpientes venenosas curadas en esa mirada serena y confiada!

2. «... y una muerte de cruz» (Flp 2,6-11)

El himno del «abajamiento del Verbo», lo lleva hasta el fondo del compartir humano: hacerse solidario no sólo con el hecho «natural» de la muerte...; la solidaridad llega hasta «una muerte de cruz». Muerte en comunión con todas las víctimas de la violencia y del odio. Con la cruz, *el abajamiento llega solidariamente hasta el fondo.*

En la encarnación del Verbo existen dos movimientos: el tomar realmente la carne (en-carnarse) y el tomar la condición de esclavo («fue contado entre los malhechores»). No sólo hacerse hombre, sino colocarse, como hombre, en la fila de los últimos. Y, con los últimos, llegar hasta el fondo de la miseria: *una muerte de cruz.*

Después de siglos de venerarla, la cruz es para todos nosotros no sólo el signo que nos distingue; es también orgullo y hasta ornato. La «cruz a secas» fue para Jesús instrumento de suplicio y de humillación. Pero, ¡qué paradoja! La cruz es el nuevo leño de donde brota la salvación. En contraste con aquel primer árbol del paraíso de donde vino la condena... ¡Los caminos irrastreables de Dios!

3. «Tanto amó Dios al mundo...» (Jn 3,13-17)

Comenta san Pablo acerca de la cruz que es locura. Es verdad, pero *una «locura de amor»*. La locura de un Dios enamorado de su mundo: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su único Hijo». Y, una vez «entregado» (la «entrega» es sacrificial), todo va discurriendo según la «lógica» de la donación, tan contraria a la lógica del acaparamiento de sí mismo.

Jesús no acapara su vida, para hacer de ella un «disfrute personal»; la da y, dándola, la comunica en abundancia: «Para que tengan vida abundante».

La cruz es un *misterio de donación*. Un darse que suscita la alegría de la fe: el Hijo del Hombre «elevado», «para que todo el que cree en él tenga vida eterna».

Elevado en la doble perspectiva de Juan: clavado en alto, en la cruz, como la antigua serpiente de bronce en el desierto; pero «elevado» como exaltado por el Padre que da así razón al estilo de vida entregada de Jesús.

La comunión de esa vida no puede dejar de ser *eterna*, la plenitud de quien la «encuentra justamente en la medida en que la ha ofrecido». La cruz como camino hacia la vida en plenitud: «*per crucem ad lucem*».

Señal en cada encrucijada

El Árbol de la cruz es la bandera
del triunfo del Señor sobre el pecado,
de su presencia viva a nuestro lado,
del dichoso final de nuestra espera.

En la nobleza fiel de su madera
tuvo lecho nupcial el Hijo amado,
patíbulo cabal nuestro pasado,
aurora original nuestra ceguera.

Señal en cada humana encrucijada,
acompaña el anhelo y la jornada
de nuestro corazón por el destierro

del mundo hacia la Tierra Prometida
y es prenda de perdón y de acogida
tras el pesar veraz de cualquier yerro.

Todos los Santos (1 de noviembre)

1. «De toda nación, raza, pueblo y lengua...» (Ap 7,2-4.9-14)

La *universalidad de la santidad* La proclama el Apocalipsis como signo de un Dios que no hace distinciones. Ha subrayado el autor la «inmensa multitud que nadie podría contar». ¡Lástima que algunos se queden y especulen con los ciento cuarenta y cuatro mil! Quienes así piensan hacen de la bonita hipérbole que ve a Dios, rodeado «de todos sus santos» una reducción matemática. Nada que ver con el Dios que «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad».

La *abundancia de santidad* es «una victoria de nuestro Dios». A pesar de todo, es verdad que «donde abundó el delito, sobreabundó la gracia». La gracia que hace el pequeño milagro de una bondad encarnada en hombres y mujeres de todos los tiempos y de todas las condiciones. En medio de «la gran tribulación» son, en efecto, muchos «los que han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero».

Ellos merecen, hoy, *nuestro recuerdo agradecido*. Para no-

sotros, ellos son el testimonio y también signos de bondad. Podemos ser contados entre «la multitud que nadie podría contar». Anónimos pero «nombrados». «Vuestros nombres están inscritos en el cielo»

2. «Lo veremos tal cual es» (1Jn 3,1-3)

«Ver a Dios» en el Antiguo Testamento equivalía a morir. La presencia de lo divino provocaba aquel interior respeto y miedo que provocaba una pretendida lejanía.

San Juan, sin embargo, pone en la «visión cara a cara de Dios» la meta del camino «Lo veremos tal cual es». Y la razón no puede ser más «escandalosa»: «Porque seremos semejantes a él». Lo que en el relato del pecado original había sido tentación y caída «Seréis como Dios», se convierte en Cristo nuestra meta de la gracia «Ser semejantes a Dios». Una restauración de la intención original de Dios Creador «A semejanza de él los creó».

Con la salvación en Cristo, la semejanza adquiere hondura. No se trata solamente de la relación criatura-creador. Con Cristo y en Cristo, media la *filialidad*. «¡Qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos!» Y ¿qué alegría mayor que «parecerse al Padre»? Ese es el *camino de la santidad*: parecerse al Padre-Dios.

3. El parecido, por caminos desconcertantes (Mt 5,1-12a)

En la redacción de Mateo, el *camino de las bienaventuranzas*, es el programa de vida del discípulo para «parecerse a su

Dios». Bienaventuranzas transmitidas ya por Mateo en un ambiente eclesial.

Quien quiera «parecerse a Dios» debe tener un proyecto: el de Jesús, nuevo Moisés, proclamando «las leyes» de la Nueva Alianza. Unas leyes «desconcertantes». Atrás queda todo espíritu de revancha; todo deseo de «pagar con la misma moneda». El discípulo que resulta de la vivencia de las bienaventuranzas, se convierte en hombre o mujer «de otra manera».

En definitiva, *la santidad es una vida alternativa*. Se cambian «los valores», para «gozar» los nuevos (gozarlos, porque de dicha se trata). En ese contraste vital, se ofrece al mundo un nuevo modo de ser «dichosos»: la pobreza, el sufrimiento, la limpieza de corazón, la misericordia, la paz... Valores nuevos para una esperanza nueva: «Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo».

Candelas de verdad

¡Santos de Dios, esencia de su tarro,
excerpta de prolíferos amores,
encarnación gozosa de valores
frente a los viles ídolos de barro!

¡Santos de Dios, gracioso despilfarro
el bien obrar! ¡Legión de perdedores!
¡Espejo de prudentes soñadores!
¡Pauta elocuente del vivir bizarro!

Fueron en cada tiempo y cada trance
candela de verdad, vida al alcance
de cuantos la esperanza tiene alerta.

Fueron sabios, labriegos, menestrales,
pobres, ricos, artistas, industriales...,
mujeres y hombres con la fe despierta.

Todos los Fieles Difuntos¹ (2 de noviembre)

1. «Aniquilará la muerte para siempre» (Is 25,6-10a)

El **gozo** es el fondo para medir las dimensiones más difíciles del «tránsito». Así lo muestra la relación que establece Isaías entre la aniquilación de la muerte para siempre y la alegría del banquete de la salvación... Alusión velada al banquete de la Eucaristía y la vida eterna que en él se genera.

La *certeza de la salvación* arranca todos los signos de duelo y de dolor. Certeza fundada en una presencia dinámica: «Aquí está el Señor, de quien esperábamos que nos salvara».

Sin esa esperanza, es vano cualquier intento de explicar «razonablemente» la muerte. Las resistencias internas a «terminar para siempre» son el suelo nutricio de la esperanza anunciada: «Aniquilará la muerte para siempre». En la promesa se juntan *el anhelo y la realización*. Anhelo de no terminar en «el absurdo de la fosa». Realización de quien «tiene poder para resucitar a los muertos».

La muerte no será la «pesadilla» en el *banquete de la*

¹ De entre las lecturas que se pueden escoger para este día, se han elegido estas dos. Pueden elegirse otras

vida. Aniquilada, «el Señor enjugará las lágrimas de todos los rostros». ¿Utopía? ¿Ilusiones proyectadas? Jesucristo Resucitado es la garantía y quien ha abierto el camino.

2. «¡Que los que me confiaste estén conmigo!» (Jn 17,20-26)

El deseo de Jesús es *garantía de esperanza*. Una esperanza metida en el discurso de despedida. Jesús lo está preparando antes de su partida al Padre. Extiende su mirada a todos los que creerán, afectando también a nosotros: «Los que crean en mí por la palabra de ellos».

Para todos quiere Jesús la unidad de vida y la unidad de destino final: *Dios en el origen y en la meta*: «Yo en ellos y tú en mí, para que sean completamente uno». El amor mismo del Padre como origen de esta unidad: «Los has amado como me has amado a mí».

Desde ese amor, ninguno de los discípulos queda fuera de ese *retorno al Padre*. Todos llamados a «contemplar la gloria que Jesús recibió del Padre». No sólo para contemplarla, también para participarla: «Les he dado a conocer y les daré a conocer tu nombre». Conocimiento del nombre de Dios que es entrada en su intimidad de amor: «Para que el amor que me tienes esté en ellos, como también yo estoy en ellos».

No pidas no morir

No pidas no morir, porque la muerte
te hermana al Redentor que te ha salvado.
Pide volver a ver resucitado
a Quien cambió el sentido de tu suerte.

Pide que el lastre de tu carne inerte,
cómplice en la aventura del pecado,
se quede, vuelta al polvo, de este lado
y ocupe su lugar otra más fuerte.

En la añoranza de los que se fueron
envidia la alegría que tuvieron,
al pisar los umbrales de la gloria,

pues no hay muerte, aguijón, aprieto o duelo
capaces de privarte de ese cielo,
que conquistó el Señor con su victoria.

La Inmaculada Concepción (8 de diciembre)

1. «Me he escondido» (Gén 3,9-15.20)

El pecado es un «esconderse» de Dios y «esconderse de uno mismo». El pecado nos deja «desnudos». Pone así de manifiesto lo peor que llevamos dentro. *El pecado y la desnudez*. La desnudez y la inmadurez de quien no le ha sacado a la vida todo lo que ella ofrece para cubrir y enriquecer.

Aquel percibir «la desnudez» desencadena *la huida* y el hombre intenta esconderse de su Dios. Así es la realidad del pecado: desnudos y avergonzados. ¿El futuro? La posibilidad de un nuevo «enriquecimiento», de una nueva vestidura desde la que pueda el hombre, cubierta su desnudez, ser interlocutor de Dios.

Entre presente y futuro, el camino de una *nueva descendencia*. La que vestirá de gracia a quien el pecado había dejado en su vergonzosa desnudez. Y, para la realidad de la prometida descendencia, la mirada hacia una *nueva mujer*. Ella dará un fruto bendito de su vientre. La descendencia en la que, de nuevo, serán benditas todas las generaciones.

2. «Nos eligió en la persona de Cristo» (Ef 1,3-6.11-12)

El proto-evangelio del Génesis (primera lectura) había dejado abierta la elección y los momentos. La seguridad era cierta: la promesa habría de cumplirse. En la tensión entre promesa y cumplimiento, la *elección y la misión*. También, y de modo principal, la *elección de María*, la primera entre los creyentes. En ella se cumple de una manera especial «el intento»: «Para que fuéramos santos e irrepachables ante él por el amor».

María-madre y María-hija, destinada, como todos los creyentes, «en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos». Hijos de Dios en el Hijo Jesús... Y tan buenos hijos que pudiéramos ser «gloria de su gracia». La «llena de gracia» es la mayor gloria de Dios en la humanidad redimida. Ella es verdadera «alabanza de Dios». La heredera fiel del querer salvífico del Padre.

Pero, *como María, todos*. Ella es de nuestra raza de creyentes. Y «la alabanza de la gloria de Dios», que es su vida, es también la vocación de todos los que creemos. Ser también nosotros «inmaculados y santos por el amor».

3. «No temas, María» (Lc 1,26-38)

El esquema bíblico de *llamada y de misión* se cumple también en el anuncio del ángel. Así como se cumple también la *turbación*, que se traduce en el miedo. También necesita María la seguridad de la *confianza*: «No temas, María».

«No temas», porque Dios te ha hecho «la llena de gracia». *Tan llena*, que no ha quedado ni una sola dimensión de tu vida mancillada por el pecado; *tan llena*, que llevas en tus entrañas al dador mismo de la gracia; *tan llena*, que cuando lo des a luz lo vas a derramar sobre el mundo como gracia; *tan llena*, porque «El Espíritu del Señor te cubrirá con su sombra»; *tan llena*, porque «el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios».

«No temas, María». Tu plenitud nos sabe a *utopía*... Y nos equivocamos, «porque lo imposible para el hombre es posible para Dios»... Y esa vocación de una plenitud de gracia también es vocación que al creyente se propone... Nosotros vamos aún caminando... Pero imitamos en nuestra vida el *misterio de tu ser madre*: concebimos a Jesús por la Palabra; lo gestamos, cuando en el corazón va creciendo; lo damos a luz, mediante nuestro testimonio cristiano de vida. «Bendita tú, que has creído –benditos nosotros, que creemos–, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá».

Jirón de cielo azul

«¡Jirón de cielo azul!» dijo que eras
un poeta de raza, mi Señora...,
aunque yo te prefiero valedora
del marchito vergel de mis afueras...

¡Blanca flor de infinitas primaveras!,
en Ti se cumplió el tiempo, el día, la hora.
Eres..., fuiste..., serás mi intercesora
en todos mis naufragios y quimeras.

«¡Jirón de cielo azul!». Cabal doncella.
Ideal de santidad. Vívida estrella,
en que prende su luz la luz del día.

Arca de la Palabra y la Alianza.
Torre en que se hace fuerte mi esperanza,
«¡jirón de azul...!» ¡Virgen María!

Índice

	<i>Págs</i>
Introducción	5
ADVIENTO	
Primer domingo de Adviento	11
1 Un camino abierto a la utopía	11
2 Una noche abierta a la mañana	12
3 Una vida abierta a la vigilia	12
Vayamos al encuentro	13
Segundo domingo de Adviento	14
1 El anhelo de utopía	14
2 La utopía realizada	15
3 Una utopía que pide conversión	16
Retoño salvador	17
Tercer domingo de Adviento	18
1 Lo nuevo que va a germinar	18
2 Esperando con firmeza	19
3 Lo nuevo que ha germinado	19
El Señor está cerca	21

Cuarto domingo de Adviento	22
1 «Dios-con-nosotros» la promesa	22
2 «Dios-con-nosotros» el Hijo de Dios humanado	23
3 «Dios-con-nosotros» el cumplimiento	23
La Virgen está encinta	24

NAVIDAD

Navidad (Misa de medianoche)	27
1 «Un niño nos ha nacido»	27
2 «Ha aparecido la gracia de Dios»	28
3 «Os ha nacido un Salvador»	28
Envuelto en pañales	30

La Sagrada Familia	31
1 Una autoridad que es amor	31
2 En torno al amor, las virtudes familiares	32
3 El cuidado paterno, manifestación de amor	33
Amor de esmero	34

Santa María, Madre de Dios	35
1 Bendecidos en el Hijo	35
2 nacido de una mujer	36
3 y anunciado a los sencillos	36
Latido de eternidad	38

Segundo domingo de Navidad	39
1 La sabiduría de Dios arraiga en su Pueblo	39
2 Bendecidos antes de la creación del mundo	40
3 La Palabra de Dios habita entre nosotros	40
Germinó la Palabra	42

Epifanía del Señor	43
1 Todos vienen a ti	43
2 Coherederos de la promesa	44
3 para adorar al que ha nacido	44
Caminar tras la estrella	46

Bautismo del Señor	47
1 La investidura del Siervo	47
2 La investidura de Jesús	48
3 «Se presentó a Juan para que lo bautizara»	48
El siervo es el Hijo	50

CUARESMA

Miércoles de Ceniza	53
1 «La bendición del Señor, nuestro Dios»	53
2 «Ahora es el tiempo de la gracia»	54
3 La salvación, recompensa del Padre	54
La ceniza no es muerte	55

Primer domingo de Cuaresma	56
1 «Se dieron cuenta de que estaban desnudos»	56
2 «No hay proporción entre la culpa y el don»	57
3 «Al Señor tu Dios, adorarás»	57
Vivir en el desierto	59

Segundo domingo de Cuaresma	60
1 La llamada «original»	60
2 «Nos llamó a una vida santa»	61
3 Una llamada con meta la transfiguración	61
Desde Ur al Tabor	63

Tercer domingo de Cuaresma	64
1. El agua de la roca	64
2. «La esperanza no defrauda»	65
3. El agua que salta hasta la vida eterna	65
El agua que no cesa.....	67
Cuarto domingo de Cuaresma	68
1. Ver con los ojos de Dios	68
2. Las tinieblas y la luz.....	69
3. «Era ciego y ahora veo»	70
De la noche a la luz	71
Quinto domingo de Cuaresma	72
1. «Os infundiré mi espíritu y viviréis»	72
2. Dios «vivificará también vuestros cuerpos mortales»..	73
3. «Yo soy la resurrección y la vida».....	74
La esperanza enamorada.....	75

SEMANA SANTA

Domingo de Ramos	79
1. La ayuda del Señor	79
2. «Dios lo levantó sobre todo».....	80
3. ¿No ha confiado en Dios?	80
¡Callen las piedras!.....	82
Jueves Santo (en la Cena del Señor)	83
1. «Celebraréis la fiesta del Señor»	83
2. «Pronunciando la Acción de Gracias».....	84
3. «Los amó hasta el extremo»	85
Ungidos del Señor.....	86

Viernes Santo	87
1 Varón de dolores	87
2 El acceso confiado al trono de la gracia	88
3 «Todo está cumplido»	89
Sin aspecto ni figura	90

Vigilia Pascual	91
1 Noche de vela (<i>el recorrido por la historia de la salvación en la extensa liturgia de la Palabra</i>)	91
2 Una resurrección «compartida»	93
3 «Impresionadas y llenas de alegría»	93
Soledad y silencio	95

TIEMPO PASCUAL

Domingo de Resurrección	99
1 «Nos lo hizo ver y nos encargó predicar»	99
2 «Buscad los bienes de allá arriba»	100
3 La primera testigo María Magdalena	101
Los bienes de allá arriba	102

Segundo domingo de Pascua	103
1 Una comunidad de vida	103
2 Un nuevo nacimiento y una esperanza viva	104
3 Una comunión de experiencia	105
Presente en la esperanza	106

Tercer domingo de Pascua	107
1 Una resurrección «atestiguada»	107
2 Una resurrección «creída»	108
3 Una resurrección «experimentada»	109
¡Camina con nosotros!	110

Cuarto domingo de Pascua	111
1. La apertura de la comunidad del Resucitado	111
2. «El Pastor y guardián de vuestras vidas»	112
3. Jesús, «puerta de las ovejas»	112
El buen pastor	114
Quinto domingo de Pascua	115
1. Los nuevos compañeros de misión	115
2. Todos somos piedras de un único edificio	116
3. En Jesús, camino, verdad y vida	117
Camino, verdad y vida	118
Sexto domingo de Pascua	119
1. Se rompen las fronteras	119
2. El Espíritu y la vida	120
3. El desamparo y la vuelta	120
La fuerza del Espíritu	122
Ascensión del Señor	123
1. Misión y testimonio	123
2. La Iglesia es su cuerpo	124
3. La misión hasta el fin del mundo	124
Vivir en la misión	126
Pentecostés	127
1. Las maravillas de Dios en la propia lengua	127
2. Diversidad de dones, pero un mismo Espíritu	128
3. Resurrección y Pentecostés	129
De Babel a Pentecostés	130
La Santísima Trinidad	131
1. Dios, compasivo y misericordioso	131
2. El Dios del amor está con nosotros	132

3	El Dios que ama al mundo	132
	Vivir en tu misterio	134

	El Cuerpo y la Sangre de Cristo	135
1	El pan para el camino	135
2	El nuevo pan para construir la unidad	136
3	El pan para la vida eterna	137
	La fuerza del pan vivo	138

TIEMPO ORDINARIO

	Segundo domingo	141
1	Presentación del Siervo y de su misión	141
2	La hondura de un saludo	142
3	Presentación de Jesús y de su misión	142
	Luz de las naciones	144

	Tercer domingo	145
1	La «sospechosa» Galilea de los gentiles	145
2	El «acuerdo comunitario»	146
3	«La cosa empezó en Galilea»	147
	Una luz les brilló	148

	Cuarto domingo	149
1	La dicha de caminar humildemente junto al Señor	149
2	La dicha de poner la gloria en el Señor	150
3	La dicha de la otra manera de ser	150
	La pobreza integral	152

	Quinto domingo	153
1	Una luz que alumbraba hacia abajo	153
2	La debilidad y el miedo	154

3. Una luz que alumbr a todos	155
Sal y luz del servicio	156
Sexto domingo	157
1. La libertad y la ley.....	157
2. La libertad y la sabiduría	158
3. La libertad del corazón	159
Saber elegir	160
Séptimo domingo	161
1. Amar al prójimo «amigo»	161
2. Los creyentes, nuevo templo de Dios, son santos..	162
3. Amar al prójimo «enemigo»	163
La razón del amor	164
Octavo domingo	165
1. El abandono en manos de Dios	165
2. La alabanza de Dios, respuesta a la fidelidad.....	166
3. ¿A quién me he abandonado?.....	166
La angustia del mañana	168
Noveno domingo	169
1. «Poner por obra todos los mandamientos de Dios»	169
2. Una salvación sin distinciones	170
3. «Obras son amores, y no buenas razones».....	171
Los dos caminos	172
Décimo domingo	173
1. «Misericordia quiero y no sacrificios».....	173
2. La fe se hace confianza	174
3. La misericordia en la mesa compartida	175
Su lluvia siempre llega	176

Undécimo domingo	177
1 «Vosotros seréis mi propiedad personal»	177
2 Poner el orgullo en Dios	178
3 La nueva propiedad personal elección y misión de los Doce	179
Ungidos, salvados, enviados	180
Duodécimo domingo	181
1 Confianza «El Señor está conmigo»	181
2 La desproporción entre el pecado y la gracia	182
3 Confianza «No tengáis miedo»	183
Más que los gorriones	184
Decimotercer domingo	185
1 La generosidad se hace fecunda	185
2 <i>Del bautismo recibido al bautismo existencialmente vivido</i>	186
3 La generosidad se hace don	187
Ser agua en cada sed	188
Decimocuarto domingo	189
1 Por los caminos de la sencillez	189
2 Nuestra deuda es con el Espíritu	190
3 Los sencillos conocen el misterio de Dios	191
Un rey manso y humilde	192
Decimoquinto domingo	193
1 Una Palabra eficaz	193
2 Todos y todo, salvados	194
3 La palabra eficaz y la tierra buena	195
La semilla del Reino	196
Decimosexto domingo	197

1	Dar lugar al arrepentimiento	197
2	El Espíritu y nuestra debilidad	198
3	Frente al pecado la espera de Dios y la impaciencia del hombre	199
	¡Esperad a la siega!	200

Decimoséptimo domingo 201

1	Donde está tu tesoro	201
2	Una salvación en cascada	202
3	allí está tu corazón	203
	Discernimiento	204

Decimooctavo domingo 205

1	Algo más que pan	205
2	El amor seguro	206
3	<i>El pan de la abundancia salvadora</i>	207
	Panes y peces	208

Decimonoveno domingo 209

1	La presencia de Dios en el susurro	209
2	Las raíces del Mesías	210
3	La presencia de Dios en la calma y el silencio	211
	Caminar sobre el agua	212

Vigésimo domingo 213

1	Un Dios, abierto al extranjero	213
2	La misericordia de Dios es para todos	214
3	Enviado a Israel, para salvación de todo el que cree	214
	Los hijos y los perros	216

Vigesimoprimer domingo 217

1	El poder de las llaves	217
2	Dios origen, guía y meta del universo	218

	<i>Págs</i>
3 Las llaves del Reino	218
Las llaves del Reino	220
Vigesimalsegundo domingo	221
1 El camino difícil del profeta la Palabra, oprobio y desprecio	221
2 La vida ofrecida como culto	222
3 El camino difícil de Jesús	223
Negarse a sí mismo	224
Vigesimaltercer domingo	225
1 El profeta atalaya para el pueblo de Israel	225
2 Amar es cumplir la ley entera	226
3 El cristiano guardián de su hermano	227
La corrección fraterna	228
Vigesimalcuarto domingo	229
1 El imposible perdón, sin humana compasión	229
2 Vivir y morir para el Señor	230
3 Quien no perdona no puede ser perdonado	231
Perdonar Ser perdonado	232
Vigesimalquinto domingo	233
1 Nuestro Dios es rico en perdón	233
2 El dilema de partir o de quedarse	234
3 Los hay que no quieren «que Dios sea bueno»	235
Un denario de amor	236
Vigesimalsexto domingo	237
1 Conversión y salvación	237
2 Despojarse del rango	238
3 Conversión en las obras	239
¿Vas o no vas al tajo?	240

Vigesimoséptimo domingo	241
1. Los cuidados..., y la ingratitud de la viña	241
2. Confiados, en las manos de Dios.....	242
3. Unos viñadores ingratos (Mt 21,33-43).....	243
La viña del Señor	244
Vigesimoctavo domingo	245
1. Un banquete «a lo grande».....	245
2. Un buen entrenamiento.....	246
3. Un banquete para todos.....	247
Banquete universal.....	248
Vigesimonoveno domingo	249
1. Ciro, instrumento de Dios	249
2. Palabras y convicciones.....	250
3. Dios y el César	251
Dios y el César	252
Trigésimo domingo	253
1. «Los» preceptos del amor.....	253
2. La alegría de la Palabra acogida y anunciada	254
3. «El» precepto del amor	255
Ama y haz lo que quieras	256
Trigésimo primer domingo	257
1. La ley convertida en un tropiezo.....	257
2. El rostro materno de la acción pastoral	258
3. La ley convertida en fardo	259
Predicar y dar trigo.....	260
Trigésimo segundo domingo	261
1. La vela y la madrugada para encontrar la Sabiduría	261
2. La «suerte» de los difuntos	262

3	La vela para encontrar al Señor	263
	Cuando llegue el Esposo	264

Trigésimo tercer domingo	265
---------------------------------	-----

1	Para saber trabajar en la espera	265
2	Como un ladrón en la noche	266
3	La encomienda de un trabajo permanente	267
	Negociar los talentos	268

Cristo, rey del universo	269
---------------------------------	-----

1	El Rey-Pastor	269
2	«Cristo tiene que reinar»	270
3	El juicio del Rey-Pastor	271
	El redil es tu Reino	272

SOLEMNIDADES Y FIESTAS

La Presentación del Señor	275
----------------------------------	-----

1	Una entrada purificadora	275
2	Jesús, «sumo sacerdote en lo que se refiere a Dios»	276
3	«Una espada te atravesará el alma»	276
	Llega a su casa mi Señor	278

San José, esposo de la Virgen María	279
--	-----

1	Una sencilla expresión de la fidelidad de Dios	279
2	La promesa asegurada para la descendencia	280
3	Los reparos de José y su fidelidad obediente	280
	Custodio fiel	281

Anunciación del Señor	282
------------------------------	-----

1	La virgen está encinta	282
2	La carne del Verbo el nuevo sacrificio	283

3. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo	284
Siempre hay una señal.....	285

Natividad de san Juan Bautista (misa de vigilia y del día)	286
1. «En las entrañas maternas, pronunció mi nombre».	286
2. El tema que investigaron y escrutaron los profetas	287
3. La promesa y el cumplimiento del nacimiento de Juan	288
Testigos como Juan.....	289

San Pedro y san Pablo (vigilia y día)	290
1. «Te doy lo que tengo»	290
2. Me envió el que me escogió desde el seno de mi madre	291
3. El primero, desde el amor	292
Proclamar el mensaje.....	293

Santiago, apóstol	294
1. Cuando las prohibiciones no valen	294
2. La fuerza de Dios y no nuestra.....	295
3. El puesto y el cáliz	296
¡Abre España, Santiago!	297

Transfiguración del Señor	298
1. Miles y miles le servían	298
2. El anuncio de la última venida	299
3. «Levantaos, no temáis».....	299
Al bajar del Tabor.....	301

La Asunción de la Virgen (vigilia y día)	302
1. Arca de la nueva Alianza	302
2. «La muerte ha sido absorbida en la victoria».....	303

3	Una dicha que es la nuestra	304
	Da de lo que te falta	305

Exaltación de la santa Cruz 306

1	El desierto y la muerte	306
2	« y una muerte de cruz»	307
3	«Tanto amó Dios al mundo »	308
	Señal en cada encrucijada	309

Todos los Santos 310

1	«De toda nación, raza pueblo y lengua »	310
2	«Lo veremos tal cual es»	311
3	El parecido por caminos desconcertantes	311
	Candelas de verdad	313

Todos los Fieles Difuntos 314

1	«Aniquilará la muerte para siempre»	314
2	«¡Que los que me confiaste estén conmigo!»	315
	No pidas no morir	316

La Inmaculada Concepción 317

1	«Me he escondido»	317
2	«Nos eligió en la persona de Cristo»	318
3	«No temas, María»	318
	Jirón de cielo azul	320